CUARENTONAS DESBOCADAS



MÓNICA BENÍTEZ

Contents

CUARENTONAS DESBOCADAS

MÓNICA BENÍTEZ

Safe creative: 2312086345080

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Tik Tok: @mbenitez_escritora

Capítulo 1

—Hombre, menos mal, la diosa se ha dignado a honrarnos con su presencia —exclama Isi levantándose de la silla cuando suena el timbre de su casa.

Amelia, Teresa y Paula, sus otras tres amigas que han llegado puntuales a ese café que todos los viernes toman en casa de alguna de manera rotativa, se ríen ante la exasperación de su compañera, que pone el grito en el cielo porque Toñi llega dos minutos después de las cuatro.

—Si la supervivencia humana dependiera de tu puntualidad, la raza ya estaría extinguida hace tiempo —brama en cuanto abre la puerta.

—No me agobies, Isidora —suelta Toñi tal y como entra.

Las mejillas de Isi arden de rabia mientras las otras tres amigas se muerden los carrillos para no reírse del ataque repentino de Toñi. Isi no soporta que la llamen por su nombre completo, a sus cuarenta y seis años todavía les guarda rencor a sus padres por haberla llamado así.

Toñi Pizarro, de cuarenta y cuatro años, es la renegona y malhumorada de ese extraño y variopinto grupo de amigas cuarentonas y lesbianas que se formó cuando a Amelia, dueña de un bar de ambiente nocturno llamado Melis, se le ocurrió que podía sacarle algo de provecho al establecimiento por las tardes y formó un club de lectura que fue un fracaso de proporciones épicas. La primera semana solo acudió Toñi, que se sentó alrededor de la pequeña mesa redonda que Amelia dispuso y miraba el libro escogido como si le diera asco. Amelia no sabía si preguntarle si lo había leído u ofrecerle un encendedor para que lo quemase. En el fondo la comprendía, el libro era insufrible y ella misma no había sido capaz de pasar del tercer capítulo.

La segunda semana se sorprendió cuando Toñi volvió a cruzar la puerta, y con una diferencia de dos minutos entre ellas, entraron Isidora Mateo y Teresa Prado. En esa ocasión, la cosa fluyó mejor porque Teresa habla hasta por los codos, pero habló del libro los tres primeros minutos, después empezó a bombardearlas a todas con preguntas para conocerlas y terminaron contándose la vida. La tercera semana se les unió Paula Carro y durante las siguientes ya no entró nadie más.

Así que se quedaron ellas cinco, un grupo de edad muy parecida pero con personalidades muy distintas. Amelia trataba con esfuerzo de hacer de moderadora, pero con aquellas mujeres era imposible, hablaban de todo menos de los libros que elegían para leer, así que decidió cancelar el club de lectura, aunque las reuniones entre ellas han continuado semanalmente sin falta. Hoy en casa de Isidora.

—Eres muy desagradable —dice Isi volviendo hacia la mesa de la cocina donde todas están reunidas.

—Y tú muy pesada —gruñe Toñi—, dos minutos y ya me estás dando la vara.

—Si quedamos a las cuatro, quedamos a las cuatro, que nuestro tiempo no vale menos que el tuyo.

—Bueno, vale ya —interviene Paula, la más noble del grupo y también la más joven con cuarenta y dos años—. Ahora ya estamos todas, tengamos la fiesta en paz.

Toñi se gira hacia Isi y le da un beso en la mejilla antes de ocupar la silla que han dejado para ella, zanjando así el asunto.

—Podrías haber hecho eso desde el principio —parlotea la anfitriona mientras coge la cafetera italiana y la coloca en el centro de la mesa.

—Es más divertido ver cómo te pones roja de rabia —dice Toñi y de nuevo todas se aguantan la risa porque tiene razón.

Isi decide ignorarla y sirve el café en las tazas al gusto de cada una porque parece que ya se conocen más que a sí mismas.

—Joder, ¿qué mierda es esto? —protesta Amelia cuando da el primer sorbo a su café.

La mueca de disgusto provoca la risa de todas, incluida Isi.

—Ya está la delicada —se burla Teresa, la mayor del grupo con cuarenta y nueve y también la más sensata, aquella a la que acuden todas cuando se sienten perdidas. Es la confidente de todas, y también la más ligona—. Desde que compraste esa cafetera para el Melis te has vuelto insoportable con el café.

—Con la pasta que me ha costado ya puede hacerlo bueno, pero independientemente de eso, esto no es café, ¿qué has echado aquí, Isi? —insiste Amelia.

Amelia Ordóñez, cuarenta y cinco años, extrovertida y simpática para las clientas del Melis, hermética y enigmática para los demás, incluidas sus cuatro amigas, que no logran que se abra del todo.

—Tampoco será para tanto —dice Paula.

En ese momento Toñi ha dado un sorbo y la mueca de asco ha sido inevitable.

—Gracias —dice Amelia al verla, aplaudiendo no ser la única que lo ha notado.

—Bueno, quizá sea porque no la he cerrado bien —confiesa Isi—,

cuando hervía el agua chorreaba por los lados —añade con una sonrisa traviesa.

—Serás perra, has intentado envenenarnos —la acusa Teresa—. Dame, ya lo hago yo.

Teresa se levanta y prepara una nueva cafetera mientras todas parlotean sobre sus vidas. Paula, Isi y Teresa divorciadas, las dos primeras de hombres, la segunda de una mujer. Toñi una eterna lesbiana solterona y Amelia negándose a volver a estar con nadie desde que se dejó con su última pareja hace cuatro años.

—En lugar de montar un club de lectura deberías montar un club de cuarentonas lesbianas —dice Paula con un nuevo café entre las manos.

—Cuarentonas lesbianas y cachondas —añade Isi.

—Y desbocadas —dice Teresa.

Todas se ríen y saborean sus cafés.

—Esto es otra cosa —aplaude Amelia.

—No me ignores, lo digo en serio —dice Isi divertida dirigiéndose a la dueña del Melis.

—¿Y de qué sirve un club así? Además, ya lo tienes, somos nosotras.

—Eso es verdad, aunque no nos comemos una rosca —dice Toñi.

—Mira quién habla, la remilgada que se le acerca una mujer y brama hasta que la espanta —contesta Teresa—. Tú no estás con nadie porque no quieres, siempre con tu mala leche.

—Si no te gusta, te jodes —responde Toñi sin inmutarse.

—La que te jodes eres tú, que debes tener eso de ahí abajo más seco que un desierto —añade Paula.

—Dice la que lleva cuatro meses de sequía —murmura Toñi.

—Sois peores que las niñas —interviene Teresa—. Lo que hay que hacer es ir al Melis con otra mentalidad, que siempre vamos allí y nos sentamos en el sofá del rincón para despotricar de toda la que entra, ¿así cómo vamos a ligar?

—Menos mal que te has dado cuenta —dice Amelia dando otro sorbo a su café.

—Tú te callas, que con la tontería de que tienes que servir copas, también dejas de lado tu vida privada. ¿Cuánto hace que no follas? —pregunta Teresa a bocajarro.

—Follo cuando tengo que follar —responde Amelia clavándole la mirada.

—Eso no responde mi pregunta.

—Ni pienso responderla, lo que folle o deje de follar, no es asunto tuyo.

—Lo suponía, no follas desde hace meses. Muy bien, esto ha de cambiar o al final tendremos que hacer rondas para follar entre

nosotras —dice Teresa y a Toñi se le descompone el rostro.

—Yo no pienso follar contigo, que seguro que me dejas seca —protesta mientras todas se ríen.

—No voy a decirte cómo te dejaba yo a ti, bonita, pero seguro que querrías repetir. En fin, a lo que iba, esta noche cuando vayamos al Melis, nada de sentarse en el rincón a cuchichear. Hoy toca bailar y tocar carne. ¿Votos a favor?

Todas alzan la mano al instante, todas menos Amelia, que las mira con media sonrisa divertida.

—Tú no nos mires así, bonita, hoy sales de detrás de esa barra y te unes a nosotras.

—No puedo y lo sabes. Ando justa de camareras y los viernes siempre estamos hasta arriba.

—Siempre con excusas —rezonga Toñi con el gesto tan serio que no saben si es una reprimenda o solo un comentario inocente.

Amelia no contesta y sonríe, a ella le gusta estar ahí, detrás de su barra observándolo todo, viendo cómo todas las mujeres disfrutan en ese bar de copas que puso en marcha con tanto mimo. A ella le basta con eso para ser feliz, al menos eso es lo que se dice a sí misma cuando se despierta sola cada día, que no necesita a nadie.

—Bueno, os dejo que tengo que ir preparándolo todo para esta noche. Nos vemos allí —dice poniéndose en pie.

Todas se levantan disolviendo la reunión semanal. Se despiden con dos besos y algún abrazo y quedan en que se reunirán esta noche en el bar de Amelia.

—Recordad, nada de sentarse —dice Teresa cuando Isi les abre la puerta.

—Nada de sentarse —repite Paula convencida, no es que esté desesperada por tocar carne, pero sí porque la toquen a ella, que tiene sus necesidades.

Toñi asiente y no dice nada, sabe que con su carácter insufrible ella lo tiene muy difícil y que está condenada a seguir soltera, pero al menos no se aburrirá viendo a esa panda de cuarentonas desbocadas intentando pillar cacho.

Capítulo 2

Son poco más de las once de la noche cuando Toñi, Paula, Isi y Teresa llegan a la puerta del Melis, encabezadas como siempre por la última, que además de ser como la madraza de todas, parece la líder nata del grupo sin que ninguna lo discuta porque todas se sienten cómodas dejando que sea ella la que tome las riendas. Toñi porque Teresa es tan decidida, que se contagia de su determinación y se envalentona, Isi y Paula porque es tan suelta y deslenguada, que a su lado saben que siempre será mucho más fácil tocar carne. Todas la siguen menos Amelia, que es un alma libre e indomable que prefiere volar sola.

—¿Por qué hay cola? —gruñe Toñi frotándose los brazos tras sentir un escalofrío.

Las cuatro amigas se han pegado a la pared como los perros cuando llueve y no quieren mojarse, y han hecho una piña para darse calor.

—Ya te estás quejando y todavía no hemos entrado —dice Paula muy cerca de su oreja.

—De eso me quejo, de que no puedo entrar, y no me toques la oreja con la punta de la nariz que la tienes mojada.

—¿Quieres un pañuelo? —le ofrece Isi a Paula mientras Teresa, que es la más alta, estira el cuello como una jirafa intentando descubrir el motivo de la cola.

—¿Ves algo? —le pregunta Isi muerta de curiosidad.

La cola avanza y ya casi les toca. Paula se suena los mocos con tanta fuerza, que asusta a Toñi.

—Parece que dan algo en la entrada —comenta Teresa.

—Esa rata de Amelia seguro que ya nos quiere sangrar con alguna excusa, como haya que pagar entrada, me largo —vuelve a protestar Toñi.

—Desde luego, si te esforzases por ser un poco más simpática, te las llevarías a todas de calle con lo resultona que eres —le dice Isi—, pero abres la bocaza esa que tienes y es como si te poseyese un orco.

—Haya paz, que ya nos toca —anuncia Teresa con voz cansina, poniendo orden como siempre.

En cuanto el grupo de treintañeras que tienen delante y a las que Teresa ha estado escaneando detenidamente, pasan al interior, las cuatro amigas se detienen ante dos de las camareras que Amelia contrata para las noches de los viernes y los sábados.

—¿Qué hay, bonitas? —pregunta Teresa, que siempre coquetea con

ellas, sobre todo con Marta.

Las dos sonríen divertidas mientras Isi y Paula observan a su amiga con un deje de envidia sana.

—Podrían ser tus hijas, ¿eso lo tienes en cuenta o te da igual? —la voz de Toñi sale desde atrás, cerrando el grupo y provocando la risa de todas, incluida la de Teresa.

—Lo importante es que no lo son, ¿verdad, amores? —Teresa les guiña un ojo y las dos se ruborizan.

—Por el amor de Dios —resopla Toñi.

Las camareras les muestran tres pegatinas de colores a las que asignarán un número cuando ellas escojan. Se trata de un juego que les explican por encima pensando que saben de qué va, pero ninguna se entera de nada y ponen cara de circunstancias.

Las dos camareras se ríen y una le hace un gesto a la otra para que aparte al grupo y dejen de bloquear el paso.

—A ver, os lo explico yo —dice Marta para regocijo de Teresa—. Hemos organizado un juego dentro para que ligar sea más divertido —dice y le guiña un ojo a Teresa.

—Mira la mocosa, anda que se corta —suelta Toñi en voz alta.

La joven la mira sin ruborizarse ni un poco, decidida a seguir ligando con la cincuentona.

—Cada color significa una cosa y sois libres de escoger el que queráis.

—A ver, nena, cuéntame más —se interesa Teresa colocándose muy cerca de ella.

Las otras tres amigas forman un coro alrededor de la muchacha y centran toda su atención en lo que explica. Si es para ligar, hay que enterarse bien.

—Color rojo significa que tenéis pareja o que por el motivo que sea, no buscáis nada.

—Aleja eso de mí —dice Paula simulando un crucifijo.

Todas se mueren de la risa, incluidas las mujeres que esperan cerca de ellas y aprovechan para enterarse de qué va la cosa.

—Ese descartado —corrobora Toñi—, que estamos todas muy necesitadas.

Todas se giran hacia ella sorprendidas por su comentario.

—¿Qué? Si cierro la boca a lo mejor me como algo, ¿no?

—Exacto, solo si la cierras —confirma Paula ante la mirada divertida de Marta, que siempre que vienen las amigas de la jefa, se lo pasa bomba.

—La naranja es que buscáis algo que no solo sea pasar un buen rato y la verde es que solo os interesa echar un polvo —al decir eso último, Marta clava la mirada en Teresa, que nota un calambrazo sacudirle la entrepierna.

—Vale, ¿y los números para qué son? —pregunta intentando recuperar la compostura.

—Dentro hay un cubo. A cada etiqueta se le asigna un número y si os interesa alguien, podéis entrarle directamente o hacerlo más emocionante y dejarle alguna nota dentro de ese cubo dirigiéndoos a ella con su número. Sobre la una y media repartiremos lo que haya dentro.

—¿Y qué sentido tiene eso? —pregunta Isi.

—Eso, yo tampoco lo pillo —añade Toñi.

—Es para añadirle morbo, si os interesa alguien podéis citarla en algún sitio a una hora concreta. No sé, en el baño, vuestro coche o aquí fuera. Recordad que esa persona no sabe quién sois, podéis darle algún detalle para que os reconozca o simplemente no decir nada y comprobar si está decidida a arriesgarse. Obviamente, nadie está obligado a nada, si alguien te cita y después no te gusta, pues te vas y ya está.

—Interesante este juego —dice Teresa—. A mí me das la verde.

Marta se muerde el labio, anota un número en la etiqueta y se la pega a Teresa por encima del pecho derecho con mucho mimo.

—Y a mí —dice Isi.

—Yo quiero la naranja —añade Paula ganándose la mirada de todas, pero ninguna dice nada.

—Yo también, naranja, pero a mí me la pones más arriba, nada de tocar carne como a esa —dice Toñi señalando a Teresa.

—Qué disfrutéis —dice Marta cediéndoles el paso al interior.

Teresa le dedica una última mirada antes de que Paula la coja del brazo para arrastrarla dentro. Las cuatro amigas dejan los abrigos en el guardarropa y van directas a la barra que se extiende por todo el lateral izquierdo en busca de Amelia, a la que hacen una señal con el brazo para hacerse notar.

La jefa termina de cobrar unas copas y se acerca a ellas comprobando divertida el color de las etiquetas.

—¿Por qué no nos has dicho nada de esto esta tarde? —le pregunta Isi.

—Porque no tenía ni idea, ha sido cosa de las chicas. Me lo han propuesto al llegar y no me ha parecido mal, eso sí, me está dando un trabajo tremendo porque las dos están ahí y aquí no damos abasto. Les doy media hora más repartiendo etiquetas, después tendrán que hacerlo desde aquí para quien las pida.

—¿Y la tuya? —pregunta Teresa entornando los ojos.

—¿La mía? Yo no tengo tiempo para eso, Tere. Venga, ¿os pongo lo de siempre?

—Sí, que me muero de sed —gruñe Toñi tratando de encontrar alguna pegatina naranja entre las mujeres del local.

—Si solo piensan en follar, es difícil encontrar pareja —dice Paula, que parece que le ha leído el pensamiento.

—Todavía es pronto —se escucha decir a Amelia.

Durante la siguiente hora, las cuatro amigas alternan momentos en la barra que comparten con Amelia con otros ratos que dedican a bailar. Hablan con varias mujeres, algunas de su edad y otras más jóvenes que coquetean con ellas en función de las pegatinas que llevan, pero ninguna parece encontrar lo que busca.

—Esa te está devorando con la vista, Toñi —dice Teresa aprovechando un rato tranquilo en la barra.

—¿Esa solo? —pregunta Amelia, que ha salido de la barra para tomarse una copa con ellas y darse un respiro.

—Tú, cállate, que podrías escoger a dedo y ninguna te diría que no, pedazo de guarra —le reprocha Teresa a la dueña del bar—. De verdad que no te entiendo, Amelia. ¿Qué malo tiene que te diviertas un poco?

—¿Quién te dice a ti que no me divierto?

—Tu cara de estreñida y mal follada —opina Toñi.

—Madre mía, el día que te muerdas la lengua te envenenas.

—Dice la Isidora —contesta Toñi desbocada, el alcohol no es buen compañero para esa lengua de por sí ya suelta.

Su amiga le suelta un sopapo en la nuca que se escucha incluso por encima de la música, pero Toñi no se queja, consciente de que se lo ha ganado.

—¿Qué decías de la Antonia? —pregunta Isi devolviéndosela, solo que a Toñi le da igual que la llamen Antonia y no le afecta como a ella.

—Que aquella no le quita el ojo de encima —vuelve a decir Teresa—, podrías aprovechar esto del juego, Toñi. Le dejas una nota y la citas en el baño, no tienes que abrir la bocaza, solo la esperas allí y te muestras dispuesta, ya verás como ella hace lo demás.

—¿Dispuesta? —repite Toñi confundida.

—Pegas la espalda a la pared, pones morritos y sacas pecho —se burla Amelia.

Esta vez el centro de todas las risas es Toñi, que rezonga varias palabras que ninguna entiende, aunque mira de reojo a la mujer, que no está nada mal.

—Paso, si me da plantón no creo que lo supere.

Todas saben que ese carácter malhumorado de su amiga es pura fachada, un muro de defensa para protegerse de esa sensibilidad extrema que sufre. A Toñi las cosas le afectan más que a ninguna de las presentes, por eso, a pesar de ese carácter a veces insufrible, todas la quieren de un modo especial.

—No te va a dar plantón, Toñi —opina Amelia mirándola de arriba abajo con un descaro que le saca los colores—, ninguna mujer con ojos en la cara lo haría. Estás buena a rabiar, so perra.

Todas se ríen, incluida la propia Toñi que en su mutismo piensa que de poco le sirve ese buen cuerpo si no es capaz de sacarle provecho.

—Venga, mujer, atrévete —la anima Paula.

—Qué no.

Toñi da un trago a su bebida y todas comprenden que no hay nada que hacer justo en el momento que Marta se acerca a su jefa y le susurra algo al oído. Amelia asiente sonriente y la joven camarera vuelve detrás de la barra. Teresa siente un poco de envidia al verlas, Amelia Ordóñez no tiene ese atractivo resultón de Toñi, pero tiene otro que es incluso peor, ese que te atrae sin que sepas el motivo. Es una mujer magnética, de esas que resultan interesantes y despiertan curiosidad en cuanto cruzas la mirada con ella. Por un momento, se pregunta si entre ella y Marta habrá habido algún escarceo, pero rápido se siente mal por ello y lo sacude de su mente. Aunque podría, Amelia no es de esas, es una mujer demasiado encerrada en sí misma, tan centrada en el trabajo que parece que se olvida de que los días pasan y no vuelven, el tiempo no perdona. Además, a ella Marta solo le interesa para pasar un buen rato, jamás se plantearía nada con una chica a la que casi dobla la edad.

—Marta va a repartir todas las notas que se han dejado en el cubo —explica dando el último trago para apurar su copa—, y no son pocas.

Amelia se despide de ellas y se dirige hacia el rincón donde una DJ llena de piercings y tatuajes marca el ritmo de la noche. Le dice algo al oído y de inmediato la joven corta la música y anuncia lo que Amelia acaba de decirles. El local, lleno hasta las trancas a esa hora, estalla en aplausos y vítores de mujeres que solo quieren divertirse.

Marta se sienta sobre la barra, muy cerca de donde están las cuatro amigas de la jefa, y con un micrófono en la mano, va sacando notas y diciendo el número y el color de la etiqueta a la que corresponden.

Las mujeres se van acercando entre risas y cogiendo sus misivas con gesto intrigado y de emoción. Las leen al lado de sus amigas, en coro, y muchas ríen poniendo cara de sorpresa mientras que otras se quedan pasmadas ante el descaro de lo escrito.

—Diecinueve naranja —anuncia Marta.

—Esa eres tú —dice Isi emocionada, señalando a Paula, que se mira la etiqueta sin salir de su asombro.

—¿Yo?

Se la arranca y lo comprueba porque no la ve bien, en efecto, es ella.

—Toma —dice Marta entregándole una nota.

Paula la coge entre los dedos como si le quemara, sin atreverse a leer lo que pone.

—Después decís que yo soy una remilgada, pero tú eres tonta. Dame eso —suelta Toñi quitándosela de las manos.

Abre el sobre y saca la nota poniéndosela delante de los ojos a su amiga, que la tiene tan cerca que las letras se le mezclan. Titubeando, Paula coge la nota y la aleja para poder leerla.

—¿Qué dice? —pregunta Isi como si fuera suya.

—Que le gusto, que ella también lleva una etiqueta naranja y que si me interesa conocerla, me espera en la ronda de citas del jueves —dice confusa.

—¿Qué ronda de citas? —pregunta Toñi sin entender nada.

Teresa, que aprovecha cualquier excusa para hablar con Marta, se vuelve hacia ella y espera a que entregue la siguiente nota.

—Nena, ¿tú sabes a qué pueden referirse con la ronda de citas? ¿Has montado otro juego?

—Ah, eso es para el jueves —dice y mira hacia la barra—. ¿Amelia no os ha dicho nada?

Las cuatro clavan la mirada en la dueña del bar mientras que Marta canta el siguiente número.

—¡Amelia! —gritan al unísono haciendo que la mujer se gire de golpe.

—Ven aquí ahora mismo —exige Teresa arrancando media sonrisa de Marta con su tono autoritario.

Capítulo 3

—¿Qué os pasa? —pregunta Amelia con gesto preocupado.

—¿Qué carajo es eso de la ronda de citas del jueves? —exige saber Teresa.

—Ah, eso.

—¿Ah, eso? ¿A ti qué te pasa hoy? Hemos estado juntas por la tarde y no nos cuentas nada, y no digas que esto no lo sabías porque la niña dice que es cosa tuya —dice señalando a Marta, que sigue repartiendo notas completamente ajena a la conversación de las cuarentonas.

—Tenía prisa, y si os hubiera hablado de ello, me hubierais acribillado a preguntas —se excusa Amelia, aunque la realidad es que lo ha olvidado por completo.

—Pues te acribillamos ahora, habla —le pide Toñi.

—Setenta y cuatro verde —anuncia Marta.

Las cuatro mujeres están demasiado pendientes de la explicación de Amelia, pero los ojos de la dueña del Melis bailotean por el pecho de sus amigas porque el número le suena mucho.

—Setenta y cuatro verde —repite Marta alzando un poco más la voz.

Es entonces cuando su mirada se clava sobre el pecho de Teresa haciendo que Amelia esboce media sonrisa socarrona.

—Es el tuyo —le dice y le clava un dedo en la etiqueta.

Teresa se estremece por un momento al no esperarse el contacto, Amelia siempre le ha parecido una mujer muy deseable y, por un momento, se ha puesto algo nerviosa.

—¿El mío? —repite algo confusa y cuando alza la mirada, se encuentra con los ojos de Marta, que la miran brillantes mientras extiende un sobre hacia ella.

La joven camarera se centra de nuevo en el cubo y Teresa saca la nota que contiene el sobre. Ella no duda como Paula y sus ojos se abren con sorpresa cuando lee el contenido. Amelia, que ha apoyado los brazos en la barra provocando que su busto se alce acaparando demasiadas miradas sin ser consciente, la mira y le hace un gesto con la cabeza a modo de pregunta.

—No sé quién es, me cita en el baño dentro de veinte minutos, en la puerta del medio.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Paula.

—¿Esta guarra? Vaya pregunta —dice Toñi.

Teresa se ríe mirando a su amiga la gruñona y la achucha contra su cuerpo estampándole un beso en la mejilla que Toñi no se espera.

—Voy a hacer lo que deberías haber hecho tú, presentarme allí y ver qué pasa.

—¿Y si no te gusta la mujer que te espera? —pregunta Isi.

—Pues me largo y me busco a otra.

A Amelia le da mucha envidia la capacidad de su amiga para tomar ese tipo de decisiones. A veces le gustaría ser capaz de actuar así, de no pensar, de ceder ante cualquiera de las muchas propuestas que le hacen y dejarse llevar, pero le cuesta horrores. Cuando alguna mujer le gusta se queda bloqueada o acaba respondiendo con alguna excusa tonta que hace perder el interés a su pretendiente.

—Bueno, mientras esperamos, háblanos de esas rondas de los jueves —pide Paula, a quién le interesa más que a ninguna después de la nota que ha recibido.

—Voy a probar algo nuevo para darle vida al bar entre semana.

—Pues espero que tenga más éxito que el club de lectura —murmura Toñi.

—El club tuvo mucho éxito, de él surgió nuestra amistad —la reprende Teresa—. ¿Por qué no te tomas otra copa y te relajas un poco, Toñi? A lo mejor te animas y le entras a la morena que te come con los ojos, ella podría quitarte las telas de araña del chumino.

Toñi siente un escalofrío cuando se gira y encuentra a la mujer mirándola.

—¿Y qué es eso de las rondas? —vuelve a encarar la conversación Paula.

—Rondas de citas rápidas. Todas las que se apunten rotarán por las mesas en citas de cinco minutos con todas las participantes. Cuando se cumpla el tiempo, sonará una alarma y habrá que moverse para conocer a la siguiente.

—Ostras, qué interesante —comenta Isi.

—Eso espero —dice Amelia.

—¿Y qué pasa si conoces a alguien y te gusta mucho? —pregunta Toñi, también intrigada por el juego.

—Si las dos estáis de acuerdo, podéis retiraros del juego y sentaros en otra mesa para continuar con vuestra cita.

—¿Y si la persona que tienes delante es insufrible desde el minuto uno? No sé, imagina que te sientas y aparece Toñi —dice Isi.

—Pues te jodes y aguantas los cinco minutos hasta que suene la alarma, tampoco es tanto tiempo —responde Amelia.

—Me voy a apuntar solo para joderte, Isidora —suelta Toñi.

—Cuento con vosotras, será un desastre si no viene nadie —suspira la dueña del local.

Teresa mira su reloj y comprueba que solo faltan cinco minutos

para la hora de su cita.

—A Paula la han citado para el jueves en ese juego —le explica Isi a Amelia—. Así que parece que no somos las únicas que lo encontramos interesante. Ya verás cómo funciona.

—Claro que sí —dice Teresa, aunque su mente ya está en otra parte—. Bueno, deseadme suerte.

La mayor del grupo se dirige hacia los baños ante las risas divertidas del resto de las amigas. Marta acaba de terminar de repartir notas y el ambiente del Melis vuelve a ser el habitual en cuestión de un par de minutos. Amelia vuelve a la barra y las tres amigas restantes deciden mover el esqueleto mientras esperan a que vuelva Teresa.

Cuando la mayor del grupo entra en el baño está nerviosa, no ha querido reconocerlo delante de sus amigas, pero a su edad, las cosas ya no están donde deben y últimamente le da bastante apuro desnudarse delante de sus amantes por si no les gusta lo que ven.

Se encuentra la puerta del medio cerrada y eso la pone nerviosa, ¿el baño está ocupado por la mujer que la ha citado o simplemente es casualidad? Comprueba en su reloj que faltan dos minutos y cuando se libera el de la derecha, decide entrar para vaciar la vejiga y que eso no sea un impedimento si llega a suceder algo.

Sale enseguida y se planta frente al espejo para retocarse el pelo cuando la puerta del baño central se abre. De él sale una mujer que ni siquiera la mira, se limita a lavarse las manos a su lado y después se marcha. Otra chica de unos treinta y pocos que esperaba turno aprovecha para entrar y Teresa le clava la mirada mientras piensa que ese juego es una mierda. ¿Será ella? ¿Estará esperando a que Teresa entre?

Su agitación va en aumento. ¿Y si le están tomando el pelo? Teresa se coloca al lado de la puerta y con los nervios desbocándole el corazón, trata de girar el pomo, pero lo encuentra bloqueado y frunce el ceño apartándose a un lado. La chica sale y ella no se lo piensa, entra en el habitáculo y se queda mirando el pestillo interior que bloquea el pomo. No sabe qué hacer, su cita no le ha dado más instrucciones que la de esperar ahí, pero hay más gente fuera y teme que entre otra y ella no pueda justificar por qué se encuentra allí dentro sin hacer nada. Decide que es mejor cerrar y que si su cita aparece, llame a la puerta, pero su mano no ha llegado al pomo cuando la puerta se abre y Marta se cuela dentro, cerrando con el culo y echando el pestillo en un movimiento tan rápido, que Teresa apenas puede parpadear.

Teresa la mira pasmada cuando la joven camarera le sonríe.

—¿Qué haces aquí, Martita?

—Yo prefiero que me llames nena —susurra la camarera recortando la poca distancia que hay entre ellas.

Teresa la mira horrorizada. Marta le gusta mucho, tiene un cuerpo esbelto con las carnes muy prietas y una mirada profunda en la que la cincuentona del grupo no encuentra límite, pero Toñi tiene razón, podría ser su madre y eso la inquieta mucho.

—¿Me has citado tú? —pregunta tontamente, intentando mostrar una serenidad que no siente.

Está excitada, tener a esa muchacha tan pegada a ella la tiene con todo el cuerpo tenso. Su olor fresco la embriaga y esa voz entre gamberra y socarrona, le deshace las entrañas.

—Claro.

—Pero Marta…

Marta la interrumpe con un beso húmedo que deja a Teresa con la espalda pegada a la pared y el cuerpo temblando de excitación. Ni siquiera ella es capaz de comprender de dónde saca las fuerzas para que sus manos, que se han aferrado a la cintura de la joven, la empujen lentamente para separarla de ella.

—Espera, Marta.

—¿Qué? —la joven exhala la pregunta como si no pudiera respirar.

—¿Cuántos años tienes, bonita?

—¿Importa eso?

—A mí sí.

Marta pega la espalda en la pared opuesta con gesto contrariado y cruza los brazos sobre el pecho sin ocultar su disgusto.

—Veinticuatro.

Teresa arquea las cejas realmente sorprendida por la revelación, ella no le echaba más de veinte y, aunque sigue siendo muy joven, le produce algo de alivio.

—¿Veinticuatro? —repite incrédula.

—¿Te enseño el carné de conducir? —pregunta molesta.

Dos golpes en la puerta las hacen botar del susto cuando otra chica les exige que salgan de una vez.

—¡Un momento! —grita Marta furiosa.

Teresa se acerca a ella mirándola como si fuera un caramelo.

—Eres preciosa, nena —le susurra acunando sus mejillas con las manos—. Un bombón irresistible.

—¿Pero…? —pregunta Marta sin apartar la mirada de sus ojos.

—Yo tengo cuarenta y nueve, cariño. Podría ser tu madre.

—A mí eso no me importa. Tú me gustas y sé que te gusto, ¿qué problema tienes con la edad? Es solo un maldito número.

Teresa la mira incrédula, sin saber cómo manejar una situación por primera vez en su vida. No se esperaba semejante declaración de Marta, ni le parece que sea la rabieta de una cría encoñada con la madura de turno.

Ante el pasmo de Teresa, Marta abre la puerta y sale del baño con

la decepción dibujada en el rostro.

—¿Sales o qué? —le pregunta otra chica a ella.

Teresa sale de los baños sin terminar de creerse lo que le acaba de pasar, maldiciéndose por no haberse atrevido a aprovechar la ocasión.

A sus amigas las ve de nuevo en la barra hablando con otro grupo de mujeres y ella duda si acercarse porque por detrás de ellas, comenzando a servir copas, está Marta con el gesto más serio que le ha visto desde que la conoce.

—¡Tere! —el grito de Isi cuando repara en ella, acaba con sus opciones de salir huyendo y no le queda más remedio que acercarse a ellas.

—Por la cara que tienes, no parece que haya ido bien —dice Paula preocupada—. ¿No se ha presentado o qué?

Sus amigas se vuelven hacia ella ignorando a las mujeres que las acompañaban, las cuales se marchan de inmediato.

—Sí que se ha presentado —dice clavando la mirada en Marta por encima del hombro de su amiga.

—¿Y? ¿Era un callo? ¿Por qué tienes esa cara de susto? —pregunta Toñi, tan poco delicada como siempre.

—Al contrario, era preciosa —responde Teresa turbada.

Los ojos de Marta la atraviesan hasta provocarle un escalofrío.

—¿Qué edad tiene Marta, Amelia? —le pregunta a su amiga.

Amelia se gira hacia la camarera y no le cuesta atar cabos. Le ha pedido ir al baño poco después de marcharse Teresa y ha vuelto hace un momento.

—¿Tu cita era Marta? —pregunta en voz baja, comprendiendo la turbación de Teresa.

—Sí, ¿me dices su edad?

—Veinticuatro —confirma Amelia.

Teresa siente alivio al saber que no le ha mentido, porque nada le quita esa inquietud que se le ha quedado en el cuerpo ante el disgusto de la joven.

—Pues no veas con la viejales —dice Toñi—. ¿Habéis…?

Teresa niega sin mediar palabra, y todas comprenden que lo que ha pasado le ha afectado y que ese coqueteo tonto que siempre tiene con la camarera, se le ha vuelto en contra ante el evidente interés mostrado por Marta.

—Pero vamos a ver —interviene Amelia cuando se recupera de la sorpresa producida por la noticia—. Marta tiene novio —declara dejándolas a todas boquiabiertas.

A Teresa la noticia le cae como un jarro de agua fría y se lamenta por no haber aprovechado la ocasión. Ahora tiene claro que sí, que es un capricho, un encoñamiento de la niña que quiere probar cosas nuevas con una cuarentona, casi cincuentona.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Paula.

—Nada, es una cría que se ha encaprichado, daba por hecho que tendría lo que quería y la negativa le ha molestado, ya se le pasará —responde quitándole la copa a Toñi de las manos para intentar calmar sus nervios.

Lo que bebe su amiga no le gusta, pero se lo termina de un trago y después se dirige a Vanesa, la otra camarera, para que le ponga una cerveza. Amelia se gira y mira a Marta sin terminar de creerse lo que ha pasado, una cosa es el tonteo con su amiga y otra muy distinta que esté dispuesta a engañar al novio por un calentón.

—Pero a ti te gusta, siempre andas tonteando con ella —dice Isi sin comprender el repentino desinterés de Teresa.

—Claro que me gusta, pero trabaja aquí, con Amelia, y no quiero que un polvo tonto me cueste un disgusto después.

—Gracias —dice Amelia aliviada.

Que entre Teresa y Marta haya un escarceo no tiene porqué significar nada, ambas son adultas y ninguna de las dos son su problema, pero agradece la prudencia de su amiga, porque con esas cosas nunca se sabe.

Capítulo 4

Marta Puertas vuelve junto a su compañera de barra a su apartamento después de cerrar el Melis. Las dos comparten piso desde que comenzaron la carrera, Marta de Criminología, Vanesa de Derecho.

Ambas hacen el camino de vuelta en un silencio espeso, caminando a pasos rápidos para que el frío no les cale los huesos y les ponga mal cuerpo.

—¿Qué ha pasado con Teresa? —pregunta Vanesa en cuanto entran por la puerta de ese cuchitril que las dos comparten.

Desde que ha vuelto de los baños, Marta apenas ha abierto la boca y como Vanesa la conoce, le ha dejado espacio para que tenga tiempo de digerir lo que sea que le ha pasado.

—Nada, eso es lo que ha pasado, nada —dice tirando su bolso sobre el sofá.

Tras eso, se deja caer con cara de disgusto y clava su mirada de ojos grandes sobre Vanesa, que la mira estupefacta.

—¿Nada?

Marta encoge los hombros y suspira.

—Pero no entiendo… —balbucea Vanesa—, si se le cae la baba contigo.

—Ya, pues debe ser puro postureo con las amigas, porque cuando me ha tenido a tiro, no ha querido. Me ha saltado con el rollo ese de la edad, de que puede ser mi madre y toda esa mierda —protesta ofendida.

—Bueno —dice Vanesa sin contener una sonrisa divertida que provoca un resoplido de su amiga—. En eso hay que darle la razón, Marta, de hecho, tu madre es más joven.

—¿Y eso qué más da? Teresa no es mi jodida madre, es la mujer más interesante que he conocido nunca. Es guapa, es divertida y atrevida. Pensaba que no le importaría ni tendría tantos prejuicios.

—Quizá la mujer no se lo esperaba, Marta. Una cosa es el tonteo y otra abrir la puerta de un baño y encontrarse contigo —opina Vanesa sin disimular que se divierte imaginando la cara de Teresa—. Además, quizá sea lo mejor. Como se entere Dani, tendrás problemas.

—La he besado, ¿sabes? —confiesa Marta y se toca los labios rememorando ese instante.

Que Vanesa haya mencionado a su novio no le importa ni le afecta en absoluto, si Vanesa no se va de la lengua, él no tiene por qué

enterarse, y las ganas que tiene Marta de acostarse con una mujer como Teresa, son cada vez más fuertes.

—Ha sido solo un momento, pero sé que le ha gustado, lo he notado —explica con la mirada encendida.

—¿Y qué ha pasado después? —pregunta Vanesa intrigada.

Marta se levanta y las dos se dirigen hacia el baño para desmaquillarse, están cansadas y quieren acostarse.

—Que me ha apartado y ha comenzado con ese rollo de la edad. Joder, Vane, me ha dejado con un calentón de los gordos. Cuando he salido del baño hasta tenía ansiedad —confiesa provocando una carcajada de su amiga.

—¿Y qué vas a hacer?

—No pienso rendirme, tengo que encontrar el momento para hablar con ella y convencerla de que no va a ir al infierno por pasar una noche conmigo. Quería hacerlo cuando hemos vuelto del baño, pero estaba demasiado cabreada con ella, además, me he dado cuenta de que se refugiaba en las amigas para evitarme. Necesito saber qué se siente, Vane —añade frustrada.

—Pues si tan decidida estás, la acorralas —concluye Vanesa poniéndose el pijama.

—¿Acorralarla? —Marta la mira a través del espejo con gesto interrogante.

—Es amiga de Amelia, seguro que irá a la ronda de citas del jueves para apoyarla y hacer relleno, que se vea que la idea funciona, ya sabes. Preséntate allí, tendrás cinco minutos garantizados con ella. Aprovéchalos para convencerla.

Marta se gira hacia su amiga con una sonrisa tonta en los labios.

—Eres la mejor y la más lista, no sé qué haría yo sin ti —dice al mismo tiempo que le estruja los mofletes antes de darle un beso en los labios.

—Serías una desgraciada —se ríe Vanesa—. Eso sí, si vas a ir, asegúrate de que Dani esté ocupado.

Ahora Marta sí que piensa en su novio y por un segundo se siente un poco mal, pero ¿qué daño puede hacerle a él si no se entera? En su opinión, está haciéndole un favor, porque desde hace tiempo tiene esa espinita por saber lo que se siente con una mujer, y sabe que hasta que no lo pruebe, su relación con él estará en un suspense extraño.

Capítulo 5

Carmen Tena piensa que con cuarenta y cinco años ya no está para estos trotes. Esta tarde empieza esa famosa ronda de citas en el Melis, donde ella se atrevió a citar a aquella mujer, la diecinueve naranja.

Desde que se ha levantado tiene una bola de nervios anudada en el estómago y para postre, cuando ha llegado al trabajo en la empresa de reparto donde lleva cuatro años trabajando, le han dicho que había un chico nuevo y le tocaba hacer ruta con él para que la cubra en vacaciones.

A Carmen le gusta su trabajo de repartidora, siempre le ha encantado conducir, y a falta de conseguir una licencia de taxista como sería su sueño, ser repartidora de paquetería le parece divertido. El inconveniente es que le gusta ir a su aire y cuando le ponen a personas nuevas se agobia mucho, y hoy precisamente esperaba tener un día tranquilo.

En cuanto se lo presentan, Carmen no necesita cruzar ni una palabra con él para saber que es un vago. Se le ve a la legua y no comprende que ella sea la única que se ha dado cuenta. Alguien que en su primer día no deja de bostezar y tiene las manos metidas en los bolsillos mientras el encargado le explica la sistemática antes de que se marche con ella, deja muy claras las pocas ganas que tiene de trabajar.

—Pues eso es todo, en principio y como te dijimos, será para cubrir unas vacaciones, después ya veremos. Ahora os dejo, que Carmen se pone nerviosa si no sale antes de las siete —bromea Esteban, encargado con el que Carmen se lleva bastante bien.

Los dos suben en la furgoneta con ella al volante y de inmediato, Carmen comprueba que no se ha equivocado con él. En cuanto han salido del almacén —Juanito bostezos— como lo ha bautizado ella mentalmente a pesar de que ese zángano ya pasa de los treinta, se ha alcachofado en el asiento y ha sacado el móvil para mirar sus redes sociales.

—Oye, que te tienes que aprender la ruta —le advierte Carmen.

—Para eso ya está el GPS, ¿no?

Ella lo mira espeluznada mientras se pregunta qué será de ella si son generaciones como la de este acomodado las que tienen que mantener su pensión.

—Más de la mitad de las entregas se hacen en sitios que son habituales, si te los aprendes de memoria, ahorras mucho tiempo y

puedes organizar la ruta en función de los que están más cerca y no dar vueltas como un tonto —espeta ella conteniendo las ganas de soltarle un guantazo con la mano abierta.

Juan levanta la mirada del móvil un instante para enfocar a Carmen y asiente un par de veces antes de seguir escribiendo. Ella comprende que ni siquiera la ha escuchado, por lo que decide poner la radio y por lo menos se relaja un poco.

La mañana va pasando con la misma actitud del nuevo, mientras van en la furgoneta, es como si no estuviera, no atiende a ninguna explicación de Carmen ni a ningún consejo sobre los sitios a los que conviene ir antes de ciertas horas para evitar problemas de tráfico. Al final ella se cansa y lo da por imposible, lo que no consiente es pasearlo como a un señorito, lo hace bajar de la furgoneta cada vez que llegan a un destino.

—Venga, hombre, que con tu ritmo todavía nos multan —le increpa ella cuando se detiene encima de la acera.

Los dos se bajan y van a la parte trasera. Juan no sirve ni para abrir las puertas, incluso eso debe hacerlo ella.

—Aquí hay varios paquetes que entregar —indica Carmen.

Ella misma, porque él podría lesionarse si se mueve, los amontona en dos pilas y coge la primera.

—Venga, no te quedes ahí quieto. Coge eso y vamos.

Carmen se gira y se dirige hacia la tienda de telefonía donde deben dejar los paquetes. Cruza la puerta y la mantiene abierta con el pie esperando a que el pánfilo de Juan llegue. Su compañero entra con parsimonia ante su desesperación y después de dejar los paquetes y que el dependiente le firme a Carmen conforme los ha recibido, los dos abandonan la tienda.

En cuanto pone un pie fuera y fija la vista en la furgoneta, Carmen ve horrorizada que las puertas traseras están abiertas de par en par y que hay un tipo con medio cuerpo introducido dentro mientras remueve con rapidez en busca de algo que le interese.

—¡¿No has cerrado?! —le grita indignada a Juan antes de salir corriendo.

Carmen no espera la respuesta de su compañero, y mucho menos que se mueva y haga algo, así que comienza a gritarle al intruso para que se aleje de la furgoneta. El muchacho se gira hacia atrás con cara de susto y cuando ve a esa cuarentona desbocada corriendo hacia él con cara de histérica, coge un paquete cualquiera y sale corriendo bordeando la furgoneta por el lado derecho.

La repartidora masculla algo entre dientes y aprieta el paso como puede, pero lo suyo es conducir, no correr, y a los pocos metros ya nota la tensión de los músculos en las piernas y ese resquemor espantoso en los pulmones.

—¡Que alguien detenga al chorizo…! —intenta gritar, pero le sale una frase más propia de alguien que agoniza.

Sus pasos comienzan a ser más lentos y ve con indignación cómo el muchacho se aleja sin que ella pueda hacer nada. Carmen Tena finalmente se detiene dándose por vencida. Apoya las manos en las rodillas y se centra en recuperar el aliento. Cuando se gira hacia la furgoneta, ve con espanto que no solo no ha recorrido más de cincuenta metros, es que Juan sigue donde lo ha dejado, ni siquiera se ha molestado en cerrar las puertas.

Exasperada, se da la vuelta y camina con paso militar hasta la parte trasera del vehículo. Cierra las puertas de un portazo y, antes de que Juan pueda reaccionar, se sube y se marcha dejándolo tirado.

—Joder, qué alivio —dice mirando el asiento vacío a su lado.

Busca el número de Esteban para informarle de lo que ha pasado y, mientras espera a que descuelgue, se da cuenta de que todo lo sucedido con el cacho perro ese, al menos le ha servido para no pensar en esa cita de esta tarde. El nudo vuelve a su estómago y la repartidora contiene la respiración. La situación la pone muy tensa, lo que más le preocupa no es saber si la mujer del número diecinueve acudirá a la cita o no, que también, es saber si querrá seguir sentada frente a ella una vez se identifique o se marchará corriendo.

—Vaya mierda de mañana —masculla para sí justo cuando Esteban descuelga.

—¿Qué pasa, Carmen?

—¿Qué pasa? Que me has endosado a un puto inútil, eso es lo que pasa —responde ella.

Capítulo 6

Paula dobla ropa mecánicamente mientras habla con Isi con el manos libres y el auricular en la oreja a pesar de estar trabajando en una de las muchas tiendas de moda del centro comercial.

Sabe que lo que hace no es correcto, pero está tan nerviosa por su cita a ciegas de esta tarde, que necesita hablar con alguien.

—¿Y si no se presenta?

—¿Cómo no va a ir, Paula? Te citó ella —contesta Isi, que también está trabajando.

Para su amiga no es el mejor momento para atender la llamada, porque hace poco que la han ascendido de puesto como limpiadora y, ahora, en lugar de ir con la escoba y el carro por la calle, va en un vehículo de esos que tienen escobillas giratorias y que ella no termina de controlar del todo.

—Yo qué sé, a lo mejor se ha arrepentido, ya sabes lo que dicen, por la noche todos los gatos son pardos.

La carcajada de Isi hace que Paula de un respingo y tenga que contenerse para no reír con ella.

—Eso solo sería aplicable si os hubierais acostado estando ella ebria y después te hubiera visto por la mañana sin maquillar.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Oye, tengo que dejarte, que cualquier día de estos me estrello con este trasto del demonio y la acabo liando, y no quiero que me lo quiten, que aquí no paso tanto frío ni me dejo el lomo.

—Claro, perdona. Nos vemos esta tarde en el Melis, sobre todo no faltes, ¿eh?

—Qué no, pesada.

Paula corta la llamada y de nuevo sus pensamientos vuelven a la noche del viernes. No es que tenga una memoria prodigiosa, pero desde que leyó la nota, barrió varias veces la sala en busca de alguna mujer que la mirase de más o le pareciese sospechosa de ser la autora. Desde entonces, esas caras se repiten en su cabeza poniéndola cada vez más nerviosa.

—¿Te quieres centrar? —la increpa su compañera, harta de verla perder el tiempo con la misma camiseta desde hace rato.

Paula la mira y piensa en contarle a ella también lo que le pasa, pero lo descarta porque es una cotilla muy pesada que después se pasaría los días preguntándole sin parar, o peor todavía, es capaz de presentarse en el Melis para tomar algo y descubrirla haciendo el

ridículo cuando su cita a ciegas no se presente.

—Sí, perdona, me he distraído.

—Sí, y por eso se te ha colado una choriza con cuatro prendas en el probador y ha salido con dos.

—¿Qué? —pregunta Paula escandalizada.

Su compañera, que lleva toda la vida dedicándose a lo mismo y es gata vieja en el asunto, le hace un gesto con la cabeza señalando a una quinceañera que acaba de salir del probador y disimula junto a su amiga y cómplice, que mira camisetas de un montón en oferta muy cerca de la salida.

Paula no necesita mucho para darse cuenta de que lo que dice su compañera es cierto.

—Joder, si parece una cebolla con tanta capa de ropa —dice sorprendida.

—Debe estar cociéndose la muy idiota —se ríe su compañera.

La mujer deja lo que estaba haciendo y se dirige con paso firme hacia las dos jóvenes. Paula mira al guardia de seguridad de la puerta y trata de hacerle un gesto para que esté pendiente de las adolescentes, pero no le da tiempo porque ambas se dan cuenta de que las han descubierto y después de tirar toda la ropa del montón en oferta al suelo para entorpecer el paso de su compañera, las dos salen corriendo en direcciones opuestas.

La mente de Paula, que sigue centrada en esa cita que le espera por la tarde, es incapaz de procesar la escena. Tampoco entiende la intención que tienen con ese movimiento, lo que sí que sabe, es que una de ellas va directa hacia donde está ella y que si no hace nada para intentar pararla, a lo mejor la despiden por pasar de todo.

—Me cago en la leche —masculla para ella.

En realidad, lo único que le preocupa cuando se planta en medio del pasillo para bloquearle el paso a la joven delincuente, es que no le haga nada que le impida reunirse con su cita de esa tarde, lo demás no le importa, ni siquiera cuando la cría la arrolla y la lanza sobre el montón de ropa que ha estado doblando durante toda la mañana.

Capítulo 7

Amelia Ordóñez hace unos minutos que ha llegado al Melis. Todavía falta una hora para abrir y, además de asegurarse de que todo está como debe, quiere preparar la mesa en la que ella y sus amigas se tomarán un café dentro de media hora, cuando todas lleguen y puedan disfrutar de ese rato a solas. Un par de golpes en el cristal de la puerta la sobresaltan y cuando se gira, se encuentra con la cara de Teresa Prado pegada al cristal con las dos manos a ambos lados como si tratase de ver algo que está muy lejos. A Amelia le recuerda a un gorrino y no oculta su sonrisa cuando se dirige a abrirle.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Estoy agobiada —dice Teresa entrando como un huracán.

Amelia arquea las cejas y vuelve a echar la llave de la puerta. Teresa va directa hacia la mesa de siempre y la dueña del bar prepara un par de cafés cargados antes de sentarse con ella.

—¿Qué te pasa?

—Martita, eso me pasa —dice y cruza los brazos sobre el pecho con un gesto de enfado casi infantil.

—Si no me lo cuentas, no puedo adivinarlo —dice Amelia.

—Tú sabes cuánto me pone esa niña, Amelia —explica Teresa bajando la voz como si alguien las pudiera escuchar—, y desde que me dijiste que tiene novio no paro de darle vueltas. Debí aprovechar y tirármela.

—Estás cabreada porque crees que jugó contigo —deduce Amelia.

—No lo creo, lo sé —afirma Teresa irritada—. En el baño me dijo que le gustaba, trató de convencerme de mil maneras, y yo me contuve porque es muy joven y que haya algo entre nosotras es imposible. Temía que se enamorase, partirle el corazón y esas tonterías, ya sabes cómo se ponen las jovencitas con una mujer madura. Seré idiota.

—Bueno, imposible no sería que estuvieras con ella…

—Ya, pero tú ya me entiendes, soy muy mayor para Marta, coño. Además, yo jamás estaría con alguien tan joven, menudo dolor de cabeza. En fin, lo que te decía, que me contuve a pesar de las ganas que le tengo y resulta que la muy espabilada solo desplegó sus artimañas para llevarme al huerto.

—Ella te mintió y tú la dejaste con las ganas, yo considero que es una buena venganza, Tere —opina Amelia intentando calmar la crispación de su amiga.

—Sí, el problema es que yo también me quedé con las ganas.

Teresa vuelve a cruzar los brazos sobre el pecho mientras Amelia se ríe divertida por la situación.

—Ojalá esa niña tuviera diez años más, Amelia, de ser así, te aseguro que la cambiaba yo de acera en un chasquido de dedos.

—No lo dudo —sigue sonriendo Amelia—, pero no los tiene. No le des más vueltas, Tere, probó y le salió mal, seguramente se habrá buscado a otra. Marta solo tiene curiosidad, ya sabes cómo son las heteros cuando se les despierta esa inquietud, no paran hasta que lo consiguen y después a otra cosa. Si quieres mi opinión, déjalo estar, sigue con tu tonteo con ella o no le hables más, pero no te agobies, no vas a conseguir nada.

Teresa mira al techo mientras piensa.

—Me va a costar eso de dejar el tonteo con ella, es algo que me sale solo y me divierte mucho. Además, me gusta ese tonteo —admite a regañadientes—, me hace sentir viva y deseada, Amelia, y eso a mi edad y viniendo de una chica tan joven y guapa, es un golpe de autoestima importante para el cuerpo.

—En eso te tengo que dar la razón —dice Amelia suspirando—. Los años pasan y pesan.

—Anda, mira, si la puritana se ha dado cuenta. Yo pensaba que eras ajena a todo eso. A ver si espabilas de una vez, Amelia —aprovecha Teresa para soltarle el rapapolvo—, que estás dejando escapar demasiados trenes.

Amelia se deja caer contra el respaldo de medio lado, pasando solo un brazo por detrás de la silla en una pose entre chulesca y seductora de la que es totalmente ajena. Coge su taza de café y bebe un trago mientras Teresa, que no es de piedra, la mira con la boca abierta.

—Madre mía, Amelia, haz eso dentro de un rato cuando empiecen esas rondas de citas y en lugar de rotar por las mesas, te rotarán a ti como perras en celo —dice desconcertada.

La dueña del bar la mira pasmada y después echa un vistazo a su propia pose. A su entender, es un gesto más bien masculino, pero reconoce que a ella también le llaman la atención las mujeres que actúan de ese modo tan desgarbado. Se recoloca en su silla y sonríe tratando de calmar el rubor de sus mejillas cuando otro toque en el cristal las sobresalta a ambas.

Esta vez son tres caras las que encuentran pegadas como ventosas en la puerta.

—Míralas —dice Teresa señalando a Toñi, Isi y Paula—, si parecen las tres cerditas.

—Y tú la cuarta, que entre todas me habéis dejado el cristal hecho un asco —se levanta Amelia riendo.

—¿Habéis adelantado la reunión sin nosotras? —pregunta Paula

mirando las tazas de café vacías.

—Tenía tiempo y he venido antes —justifica Teresa.

—Para criticarnos, si ya digo yo que me están pitando los oídos desde que he salido de mi casa —gruñe Toñi.

—Haya paz —pide Amelia.

—Estoy hecha un flan —confiesa Paula dejándose caer en la silla.

—Ya estamos, menuda pesadilla —rezonga Isi.

—¿Y si no viene?

—¿Y qué más te da? —pregunta Toñi—. Eres una estresada. Ni siquiera la conoces, si no se presenta, te ligas a otra y te la llevas a tu casa para que te consuele.

—Habla la que no se come un rosco desde el pleistoceno —interviene Teresa, que en lugar de calmar las aguas como suele hacer siempre, parece que está dispuesta a incrementar la discordia.

—Al menos no voy por ahí asaltando cunas.

Amelia mira el reloj y suspira rezando para que los veinte minutos que faltan para abrir pasen pronto. Si tiene que aguantarlas mucho rato así, a lo mejor se plantea marcharse y dejarlas a cargo del Melis para que se espabilen.

Capítulo 8

Cuando el Melis abre sus puertas al público, las cinco amigas quedan muy sorprendidas ante la gran cantidad de mujeres que van llenando el local. No todas se registran para participar en el juego, muchas vienen solo como acompañantes para sus amigas, pero, aun así, son muchas y Amelia se da cuenta de que va a ser un éxito.

Paula se refugia detrás de sus compañeras cuarentonas como si fuera una cría asustada mientras mira con ojos de halcón a cada hembra que entra por la puerta.

—Pareces una depravada —opina Toñi, que mira con cierto pasmo a todas las mujeres.

Amelia suspira mientras piensa que para el próximo jueves tendrá que contratar a alguna de sus camareras para que le echen una mano. Por suerte, la dinámica del juego es simple y cuando las siete mesas que tiene disponibles se completan con catorce mujeres registradas para participar, da el juego por completo, sabiendo que la semana siguiente tendrá que poner más mesas para que no se le queden tantas mujeres fuera como en esta ocasión.

Con lo que no contaba, es con que una de las que se ha registrado para participar, haya sido Marta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Amelia dirigiendo la mirada hacia Teresa, situada en la otra punta de la barra, ajena a la presencia de la camarera.

—Quiero participar.

Amelia no ha podido negarse porque le quedaban dos huecos todavía cuando lo ha pedido, pero no le ha hecho mucha gracia.

—¿Vienes por Teresa? —pregunta Amelia haciendo una mueca de severidad.

—Tú no le digas que estoy aquí, jefa, por favor —suplica Marta arrinconándose en la esquina para pasar desapercibida.

—No quiero tonterías, Marta, tienes pareja.

—Tenemos una relación abierta —miente la camarera dejando a Amelia sumida en un repentino pasmo.

Como no sabe qué responder a eso, decide que no quiere saber nada y sigue atendiendo la barra hasta que se acerca la hora.

—Empezamos en cinco minutos —anuncia Amelia alzando la voz por encima del gentío.

Paula nota que le explota el corazón y que le arden las orejas. Jamás ha estado tan nerviosa, y eso que con su edad las cosas

deberían afectarle menos.

—Venga, cada una a su sitio —dice Teresa frotándose las manos.

—¿Y qué pasa cuando nos toque entre nosotras? —pregunta Toñi con cara de asco.

—Pues nos explicamos cómo nos está yendo —dice Isi con los ojos en blanco—, es que eres tan sosa.

—Mira, Isidora… —gruñe Toñi, pero Teresa le corta la verborrea y la empuja hacia la mesa donde le toca sentarse.

La mirada de la mayor del grupo se congela cuando ve a Marta sentada en una de las mesas. Inmediatamente se gira hacia Amelia en busca de una explicación, pero la dueña del Melis está ocupada sirviendo cafés y ni siquiera la mira.

—Joder —dice irritada.

El timbrazo que anuncia el inicio de la primera ronda de cinco minutos suena con fuerza y Paula mira con incertidumbre a la mujer que tiene delante. Es mucho más joven que ella y desde el principio ya siente una incomodidad que no logra sacudirse de encima durante todo el tiempo. Las dos se saludan de manera cortés, pero la conversación no fluye y Paula ni siquiera se molesta en preguntarle si ha sido ella la que la ha citado ahí, porque si lo es, no le interesa en absoluto seguir conociéndola.

El timbre vuelve a sonar y se levanta con rapidez para ir a la siguiente mesa. Siente mucho alivio cuando la que se sienta delante de ella es Toñi, a la que le cuenta casi sin respirar lo incómoda que se ha sentido a pesar de que su amiga la mira con cara de circunstancias.

—¿Y a ti quién te ha tocado? —le pregunta Paula más relajada cuando queda un minuto.

—La buenorra del traje.

Toñi hace un gesto con la cabeza y señala un par de mesas más allá, a la mujer con melena castaña y mechas rubias casi blancas que está sentada frente a Isi.

—Ostras —dice Paula sacudiendo la cabeza, impresionada por la belleza y el misterio que desprende la mujer—. Supongo que con tu labia no le habrás sacado ni el nombre —se ríe sin poder evitarlo.

Si los ojos de Toñi fueran dos sopletes, Paula estaría calcinada.

—Se llama Verónica y es abogada —declara Toñi molesta.

—Anda —se sorprende Paula—. ¿Cuántos años tiene?

—Yo qué sé. No es muy parlanchina y yo no soy tan cotilla como vosotras.

—Madre mía, deben haber sido cinco minutos casi tan incómodos como los míos.

—No te creas —reconoce Toñi mirando a la abogada con extrañeza —, es misteriosa y solitaria, pero no es incómodo estar con ella aunque hable poco.

—Joder, debe ser que todas las guapas sois raras de cojones —piensa Paula en voz alta.

Toñi no puede contestar a eso porque el timbre vuelve a sonar y rotan. A Paula esta vez le toca una mujer algo más risueña y parlanchina, le cae bien, pero enseguida se da cuenta de que su conversación es muy pesada y que no le interesa en absoluto. Comienza a agobiarse y a mirar hacia todas las mesas mientras la mujer sigue con su monólogo como si no le importase si la escuchan. Todas las mujeres parecen disfrutar de las conversaciones de un modo u otro, todas salvo Toñi, que está sentada frente a la estirada que le ha tocado a Paula en la primera ronda. Le entra la risa al verlas y su compañera enfatiza en lo que cuenta suponiendo que ha captado la atención de Paula, pero ella en ese momento solo piensa en levantarse y salir corriendo al dar por hecho que todo eso es un error y que no debería haber ido, pero entonces vuelve a sonar el timbre y Paula rota quedando frente a una mujer cuya sonrisa la cautiva en cuanto se sienta.

—Soy Carmen —se presenta y carraspea sin saber si debe darle dos besos.

Paula no duda y se levanta acercándose a ella para besar sus mejillas. Carmen huele a flores silvestres mezcladas con el suavizante de su ropa, le gusta de inmediato.

—Yo Paula.

Las dos se miran y esbozan una sonrisa tonta que las hace sentir estúpidas y un poco de vuelta a la adolescencia. Carmen cruza las manos sobre la mesa y comienza a juguetear con los dedos mientras busca las palabras con las que poder entablar un poco de conversación sin parecer tonta.

Paula le gusta. Ya la ha visto varias noches en el Melis con sus amigas y nunca se ha atrevido a entrarle, pero el otro día con el juego de las etiquetas vio una oportunidad de oro y ahora está ahí y no sabe qué decirle.

—¿Eres de por aquí? —pregunta Paula, que se arrepiente de inmediato de empezar con algo tan simple cuando dispone de tan poco tiempo.

—Sí, del barrio —contesta Carmen—. Gracias por venir, diecinueve —dice de sopetón.

Paula la mira boquiabierta y los colores de Carmen comienzan a subir por sus mejillas hasta que las orejas se le calientan y las nota a punto de estallar.

—¿Tú escribiste la nota? —vocaliza Paula después de tragar saliva.

La boca se le ha secado y la tiene pastosa, como si en lugar de saliva tuviese gelatina.

—Sí, y no sabes la semana que he pasado preguntándome si

vendrías —suspira Carmen aliviada, después de la mañana de mierda que ha tenido con el nuevo, por fin siente que el día puede arreglarse.

—Yo he estado toda la semana agobiando a mis amigas pensando que te arrepentirías y me dejarías plantada —se ríe Paula.

Carmen arquea las cejas con incredulidad, ni en un millón de años se le ocurriría hacerlo. No la conoce, pero se siente muy cómoda y tiene buenas sensaciones con ella.

—Y ahora que estoy aquí, ¿qué piensas? —pregunta Carmen inquieta.

—¿Qué quieres decir?

—Que si quieres continuar la cita conmigo o prefieres seguir en la ronda.

El timbre suena y Paula se sobresalta, pero no tiene ninguna duda sobre lo que quiere hacer.

—Nos salimos —dice sonriente cogiendo a Carmen del brazo.

Como no queda ninguna mesa libre, las dos se dirigen hacia el final de la barra para tener algo de intimidad. Paula le pide a Amelia un par de cervezas a través de unas señas que su amiga entiende y las dos se sientan con cierto nerviosismo, la una frente a la otra.

—A estas invita la casa —dice Amelia guiñándole un ojo a Paula.

Capítulo 9

—Se va a enterar esa mamarracha —dice Teresa con la mirada fijada en Marta.

Ella está sentada con Verónica. En cuanto Teresa la ha visto, ha desplegado todos sus encantos y sus malas artes para conquistarla como han estado haciendo todas las mujeres que han estado con ella hasta ahora, todas menos Toñi, que como siempre, se ha quedado paralizada —cosa que Verónica ha agradecido y no porque no le haya parecido atractiva—, simplemente, a ella le interesa otra persona y en el primer minuto, la abogada le ha dejado claro a Teresa que está allí porque esperaba ver a alguien que no ha participado en el juego.

—¿Te ha dado plantón? —ha preguntado Teresa desconcertada, incapaz de comprender que exista alguien capaz de hacer algo así ante semejante mujer.

—No exactamente —Verónica ha sonreído por primera vez y Teresa ha comenzado a pensar que quizá los pactos con el diablo existan.

Le parece inconcebible que además de guapa, simpática y educada, también tenga una sonrisa perfecta y unas manos que ya le gustaría tener sobre su cuerpo.

—No me conoce, ni yo a ella.

—A ver si me aclaro, ¿has venido aquí porque creías que una mujer que te gusta iba a participar en las rondas?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

Verónica ha encogido los hombros y Teresa ha comprendido que no le iba a sacar mucho más. La abogada es muy misteriosa, tal y como le ha advertido Toñi a Paula.

—¿Y a ti qué te pasa con esa? —Verónica ha preguntado haciendo un gesto sutil que señalaba a Marta.

Teresa ha alucinado con la capacidad de observación de la abogada, a quien le han bastado dos minutos con ella para darse cuenta de que no para de echar miradas hacia la camarera. La casi cincuentona le ha resumido en dos minutos lo que le pasa con Marta y Verónica se ha reído divertida.

—¿Tú qué harías? —pregunta Teresa interesada en conocer su opinión.

—¿Yo? —dice Verónica con media sonrisa socarrona que pone muy nerviosa a la cincuentona—. Lo tengo clarísimo, Teresa, yo me la

follaba.

Teresa la mira con un temblor de piernas difícil de disimular y el aire contenido en los pulmones. Todavía les queda un minuto.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Volverás a probar suerte la semana que viene? —le pregunta a Verónica.

La abogada hace una mueca enigmática y encoge los hombros.

—Si no ha participado hoy, no tengo claro que vaya a hacerlo ningún otro día.

Teresa se inclina hacia delante sobre la mesa.

—A mí me pareces una mujer demasiado decidida y con un coño como la mesa. No creo que seas de las que tira la toalla tan pronto. Vente el jueves que viene, y si no está, hablas conmigo y te cuento cómo me ha ido con la lianta esa —dice señalando a Marta.

Verónica sonríe y asiente.

—Hecho —dice y le extiende la mano para cerrar el trato, como buena abogada.

El timbre suena y Teresa se levanta envalentonada. Ha hecho cálculos y sabe que la siguiente que le toca es Marta.

—Hola, Tere —saluda la camarera con una sonrisa coqueta en cuanto la tiene delante.

—¿Qué haces aquí, Martita? —responde ella clavándole la mirada.

—Pues lo mismo que tú, pasar la tarde.

—Ya. ¿Y qué tal te va? ¿Tienes ya una cita para esta noche?

Marta suspira y tuerce los labios hacia un lado.

—En realidad, esperaba conseguir una cita contigo —insiste volviendo a la carga.

—¿Tú no te rindes nunca?

—No cuando alguien me gusta.

—Vamos a ser francas, Marta, yo a ti no te gusto, solo te has encoñado conmigo. Sé que tienes novio, y me imagino que empezar a trabajar aquí en el Melis y ver a tanta bollera meterse mano y comerse la boca, te pone y eso te desconcierta y te ha despertado curiosidad. ¿Me equivoco, nena?

Marta la mira algo desconcertada en un principio, pero después encoge los hombros como si lo que dice Teresa no tuviera importancia.

—Claro que me pone, no soy de piedra. Y mi novio y yo tenemos una relación abierta —vuelve a mentir—, así que puedo hacer lo que quiera. No sé por qué te pones tan a la defensiva ni por qué le das tantas vueltas, yo te gusto y tú me gustas, ¿qué problema hay si nos acostamos?

Teresa no es de piedra y ella está de acuerdo, no ve ningún problema en echar un polvo con una chica como ella, pero nunca ha estado con nadie tan joven y está segura de que se sentirá violenta.

¿Qué pasará cuando Marta vea que su piel no es tan tersa como la suya o que ya no tiene tanto aguante en ciertas posturas?

—Eres preciosa, Marta. ¿Por qué yo? Podrías elegir a cualquiera.

—Porque eres tú la que me moja las bragas.

A Teresa se le seca la boca y mira a ambos lados sofocada con la esperanza de que nadie las haya escuchado.

—Eres una descarada —le dice con el corazón desbocado entre sus piernas.

—Pensaba que tú también, pero veo que eres igual de mojigata que tu amiga la buenorra —dice señalando a Toñi con la cabeza.

Teresa suelta un resoplido y se levanta, guiada más por la ansiedad y la excitación que siente que por su parte racional.

—Levanta y ven conmigo —ordena autoritaria, provocando una sonrisa de satisfacción en Marta.

La cincuentona camina hacia la barra en busca de Amelia, que se ha quedado quieta al verlas acercarse juntas.

—¿Qué haces, Tere? —le pregunta en voz baja cuando su amiga se inclina sobre la barra para hablarle en confidencia, Marta la espera detrás, muy quieta y sumisa.

—Déjame entrar al almacén con ella, por favor.

Amelia las mira a ambas y resopla ruidosamente.

—Por favor, Amelia —insiste Teresa con mirada suplicante.

—Voy a darme la vuelta para prepararme un café, supongo que si no os veo entrar, no puedo impediros que lo hagáis.

—Sí, eso, eso, tú hazte un café —le dice Teresa instándola con la mano.

En cuanto Amelia se gira, ella coge a Marta de la mano y casi la arrastra hasta el fondo del pasillo, donde las dos cruzan la puerta en la que pone que el acceso es solo para el personal.

—¿Ya te has decidido? —pregunta Marta pegando la espalda a la puerta, orgullosa de que su plan haya funcionado.

—Antes quiero que veas algo —dice Teresa muy seria.

La cincuentona se aparta unos pasos de ella y se desabrocha la blusa. Marta la mira desconcertada, por la mirada dura y la expresión tensa de Teresa, sabe que no es un juego de seducción, pero tampoco entiende qué pretende. La camisa se desliza por sus brazos y Teresa la deja encima de una pila de cajas de cerveza para acto seguido desabrocharse el sujetador y liberar sus pechos.

—Míralos bien, ¿esto es lo que quieres?

Teresa se los sujeta por debajo y los levanta. La gravedad ha hecho que ya no estén en su sitio y su piel se arruga con facilidad cuando la comprime. Marta se queda inmóvil, con el ceño fruncido y algo incómoda al principio. De repente comprende las reticencias de Teresa y se siente culpable por haber sido tan descarada y no haber tenido en

cuenta el modo en qué podía afectar a la amiga de su jefa que una chica tan joven se interese por ella.

—¿Lo ves? Por esto en mi opinión hay ciertos límites para la diferencia de edad —dice Teresa cogiendo el sujetador para ponérselo. Obvia mencionar que también se trata de una cuestión importante de madurez, no le parece necesario en ese momento.

Marta reacciona y se acerca a ella con una sonrisa socarrona. Le coge ambas manos y se las sujeta en la espalda mientras guía el cuerpo de una Teresa muy desconcertada hasta la puerta, donde la deja bloqueada.

—Yo solo quiero follar contigo, Tere —le susurra al oído restregando su sexo contra el suyo—. Y tus pechos me parecen un jodido manjar que estoy deseando comerme.

Tras eso, Marta se escurre hasta que su boca atrapa el pezón izquierdo de Teresa para chuparlo con ansia y ponerlo duro como una piedra. Teresa, tensa al principio y bastante alterada, logra relajarse cuando se da cuenta de que Marta va totalmente en serio. Por una vez, decide dejarse arrastrar y, al ver que la camarera parece estar ansiosa por probar muchas cosas, le entrega su cuerpo para que haga lo que quiera.

Las dos acaban desnudas en el suelo, apenas la ha penetrado con dos dedos y le ha tocado un poco el clítoris con curiosidad, y Teresa se ha corrido de manera explosiva lamentando su falta de control. A Marta le ha gustado y ha seguido la incursión por su cuerpo, follándola como ha querido y saboreando su sexo con deleite hasta quedarse satisfecha.

—¿Puedo sentarme en tu cara? —le pregunta Marta a Teresa tras el último orgasmo de esta.

—Claro, nena, ahora sabrás lo que se siente cuando te comen bien el coño.

Marta sonríe ahogando un jadeo de anticipación y se sienta sobre ella temblando de excitación.

Capítulo 10

Cuando Alejandra Mura se despierta esa mañana, lo hace con pesadez. Son las cinco y cuarto como cada día y se queda sentada en la cama observando el amplio paraje oscuro que se extiende ante sus ojos a través de la ventana. Solo están iluminados algunos puntos, un foco exterior en el granero situado a treinta metros a la derecha de su casa, dos más en el porche y el resto se componen de decenas de lámparas solares distribuidas por algunos de los postes que delimitan los cercados de los cerdos o los caballos durante el día.

Alejandra nunca cierra los portones para irse a dormir, no le hace falta porque siempre se despierta antes de que entre la luz del día. Se mira los pies descalzos en el suelo y después se aparta la melena alborotada que le cae desaliñada por delante de los hombros. Está inquieta, a pesar del agotamiento que el trabajo en la granja le deja en el cuerpo cada día, esta noche no ha logrado descansar como debe, se ha despertado mucho y después le costaba dormirse.

Su día es igual que otro cualquiera si no fuera porque es su cumpleaños. Hoy cumple treinta y ocho y últimamente no deja de preguntarse si no está desperdiciando su vida como le dicen sus amigas del pueblo. Alejandra siempre ha sentido pasión por la vida de la granja, se ha criado allí y no se ve haciendo otra cosa, pero antes, cuando sus amigas le preguntaban si no echaba en falta compartir su vida con alguien, ella respondía convencida que no, que no necesitaba a nadie.

Y lo decía en serio, siempre ha sido una mujer volcada en el trabajo y la familia. Cuidar de los animales no solo la apasiona, también la llena de algo que ella no sabe definir, pero ahora, desde hace un tiempo, todo eso ya no le parece suficiente y cuando sus amigas le repiten la misma pregunta de siempre, ahora siente angustia porque no se atreve a confesarles que se siente muy sola.

Su padre falleció hace demasiados años y su madre tiene una lesión en la espalda que le impide hacer cualquier trabajo en la granja desde hace varios meses. Ahora todo el peso ha recaído en ella y en su hermano mayor, pero hablar de su hermano mayor y un mueble para Alejandra es lo mismo, porque es un vago que siempre se escaquea de sus tareas sabiendo que las hará su hermana.

Sin embargo, todo eso no es lo que ha tenido inquieta a Alejandra esta noche, lo que realmente la tiene nerviosa, es que sus amigas insistieron en que debían aprovechar que su cumpleaños cae en

viernes para ir a la ciudad y tomar algo en algún local de ambiente.

—No sé —dijo Alejandra cohibida.

—Venga, mujer —añadió Aroa, que aunque está casada, no pierde oportunidad de salir siempre que puede, que es muy a menudo.

La vida amorosa de Alejandra es muy reducida, tanto que sus historias solo han sido dos. Ninguna de ellas ha durado por el mismo motivo, la negativa de Alejandra de abandonar la granja para irse a vivir al pueblo. Ella tiene su propia casa dentro de la finca de cuarenta hectáreas. Una casita de piedra y madera, con dos habitaciones, chimenea, cocina y salón en una misma estancia y un porche casi del mismo tamaño de la casa donde le gusta relajarse en verano después de las jornadas de trabajo.

Puede que Alejandra no sepa mucho de amor, pero lo que sí ha tenido claro siempre, es que le gustan las mujeres.

Después de vestirse, se acerca a la casa principal para desayunar con su madre como suele hacer a diario, aunque la mujer no pueda hacer esfuerzos, sigue levantándose a la misma hora que lo hacía antes y ayuda a su hija en todo lo que puede.

—Buenos días, mamá.

—Venga, siéntate que se te van a enfriar las tostadas —dice su madre dejándole un café con leche bien caliente delante.

Alejandra da un sorbo y cierra los ojos, sin su dosis de café, no se siente persona.

—Hoy deberías cogerte fiesta todo el día —su madre le da un beso que resuena con fuerza en su mejilla y la estruja en un abrazo de oso que la hace reír—. Felicidades, hija.

—Gracias.

—¿A qué hora vienen tus amigas a buscarte?

—A las seis.

—Pues después de comer no quiero que vuelvas al trabajo —dice su madre sabiendo que es imposible impedirle que haga sus tareas del día—. Te das una ducha y descansas un poco, que falta te hace.

—¿La ducha o descansar? —bromea Alejandra y su madre pone los ojos en blanco—. No puedo parar tan temprano, hay que dejar limpias las herramientas…

—Eso lo hará el vago de tu hermano, ahora lo engancho yo a ese y lo saco de la cama por los pelos, tú no te preocupes —zanja su progenitora.

Alejandra guarda silencio y sigue desayunando. En realidad, ella preferiría seguir trabajando, así se distrae y no piensa en la noche que le espera. Sus amigas lo hacen con la mejor intención, la llevan a cenar y después van al bar de copas, pero ella tiene esa congoja ahí, no es una mujer de salir ni de relacionarse, ¿qué va a hacer la pueblerina en medio de un montón de mujeres de ciudad? Si ni

siquiera es pueblerina, ella es de una granja.

—¿Qué te pasa? —pregunta su madre.

—Nada, es que no sé si me apetece salir esta noche.

—Mira, Alejandra —su madre se sienta frente a ella y la mira muy seria—. Tu padre ya no está, y yo no voy a estar siempre. Sé que esta vida te gusta, pero cometimos un error muy grande permitiendo que tú y el botarate de tu hermano os quedarais aquí y no salierais a conocer mundo. Esto no es vida para ti, hija, eres joven y estás sola. Quiero que salgas y te diviertas, y que conozcas a una buena moza por ahí que te lleve a ver museos y conciertos.

—¿Y la granja? —pregunta Alejandra sin dar credibilidad a su madre.

—La granja se vende, será que no tenemos ofertas.

Alejandra se queda muy quieta mirando a su madre, que ha dado una palmada en la mesa y la mira con el ceño fruncido.

—No quiero irme de este mundo y dejar a mi hija rodeada de vacas y cerdos, me niego —dice rotunda.

—¿Desde cuándo piensas eso?

—Desde hace mucho, pero me he callado porque te veía feliz.

—¿Y por qué me lo dices ahora? —pregunta compungida.

—Porque ahora ya no eres feliz, Alejandra, te lo noto.

—Eso no es verdad, mamá, a mí estar aquí me encanta.

—Sí, claro que te encanta, pero estás sobrepasada. Esto no es trabajo para una persona sola. Podríamos vender toda la parte de la granja y quedarnos solo las casas. Si quieres seguir trabajando de esto me parece bien, pero en una jornada normal, eso lo podríamos arreglar con los compradores. Piénsatelo, hija, sabes que tenemos muy buenas ofertas.

Durante el resto de la mañana, Alejandra no puede dejar de pensar en lo que le ha dicho su madre. Vender la granja les reportaría muy buenos beneficios a los tres y ella podría seguir en contacto con sus animales, que es lo que más le gusta. Cuando se quiere dar cuenta, son casi las cuatro de la tarde y su madre le está gritando desde la cerca de los caballos para advertirla de que vaya a comer de una vez.

Alejandra suspira y sonríe, ya no hay vuelta atrás, hoy irá con sus amigas al Melis.

Capítulo 11

Es viernes por la tarde y las cinco amigas acaban de reunirse al completo para comentar la jugada del día anterior. Una vez finalizaron las rondas no tuvieron tiempo de juntarse. Amelia tenía mucho trabajo, Paula seguía charlando con Carmen, Teresa estaba desaparecida y Toñi e Isi demasiado frustradas como para seguir allí.

—Bueno, parece que la idea de las rondas de citas fue un auténtico éxito, ¿no? —dice Paula iniciando la conversación.

—Sobre todo para algunas —Toñi le da un codazo que por poco le revienta las costillas.

—Tú no ligas porque no quieres —responde Paula dándose un masaje.

—Más bien porque abre la boca —añade Isi provocándola.

Sorprendentemente, Toñi solo la mira, pero no se mete con ella.

—Vayamos por partes —propone Amelia sonriente—. Empecemos por Paula.

Todos los ojos se clavan en ella y por un momento se siente satisfecha de ser el centro de atención, sobre todo porque está feliz.

—¿Esa mujer con la que te fuiste a la barra era la que te citó el viernes por la noche? —pregunta Isi con intriga.

—Sí, se llama Carmen, esta noche hemos quedado de nuevo aquí para conocernos un poco mejor —explica ansiosa, con las mejillas encendidas y un rubor casi adolescente.

—¿Qué edad tiene? —pregunta Teresa.

—Cuarenta y cinco.

—Mira, ella sí que sabe escoger acorde a su edad, no como otras —suelta Toñi mirando a Teresa de reojo.

—Al menos yo me llevé unas cuantas alegrías para el cuerpo, bonita. Si follases un poco, se te quitaría esa cara de amargada y serías más simpática, eso seguro.

—¿Te la follaste en mi almacén? —se horroriza Amelia.

—No, entramos a rezar —ironiza Teresa provocando la risa de todas.

Amelia se estremece solo de pensarlo.

—¿Y ahora qué, Tere? ¿Hay algo entre vosotras? Porque no quiero tonterías con Marta en el trabajo, y lo digo en serio.

—Que no, Amelia, tú tranquila. Fue un polvo y punto. ¿Quería probar? Pues ya ha probado, ahora ya puede volver a una vida aburrida con su novio.

—Eso es lo que me preocupa —dice Amelia y todas vuelven a reírse.

—Pues a mí no me gustó ninguna —cambia de tema Toñi.

—¿Ni siquiera la abogada? No me lo creo —objeta Teresa—. A esa le hubiera hecho yo todo lo que le hice a Marta multiplicado por diez.

—Esa no parecía tener interés por ninguna, no sé qué hacía aquí —dice Toñi encogiendo los hombros.

—Me parece que esperaba que participase otra persona, al menos eso fue lo que me dijo —explica Isi.

—Sí, a mí me dijo lo mismo —corrobora Teresa.

—Pues eso, no había ninguna interesante —insiste Toñi.

—Mira —se enfada Teresa—, ya está bien de cerrarte tanto, leches. Eres atractiva de cojones y aquí todas sabemos que lo único que te pasa es que estás cagada, Toñi.

La susodicha se tensa y frunce el ceño fulminando a Teresa con la mirada.

—No me mires así, bonita. Utilizas ese carácter tuyo de mierda para alejar a todas las mujeres porque te da miedo abrirte y que alguna zorrona te haga daño.

—Todas sabemos lo sensible que eres, Toñi, con nosotras no te tienes que esconder —Amelia le susurra al mismo tiempo que le da un achuchón que desestabiliza mentalmente a Toñi, que se queda muda y muy quieta.

—No todas las mujeres son malas, ni tampoco es necesario que las conozcas para casarte con ellas. Ábrete un poco y date una alegría, Toñi —dice esta vez Isi.

Toñi abre la boca para decir algo, pero se calla porque está algo compungida y no quiere que lo noten, cuando le sale esa sensibilidad suya, se siente muy vulnerable. Una palabra más alta que otra, y a esa mujer que parece que solo sabe gruñir, le tiemblan hasta los párpados.

—No puedes estar siempre sola, Toñi —añade Paula—, y todas sabemos que no eres tan gruñona como quieres aparentar.

—¿Habéis terminado ya? —pregunta sacando su mala leche para protegerse.

—Pues no —dice Teresa—. Si quieres que te dejemos tranquila, más vale que esta noche salgas de aquí con el número de alguna, porque de lo contrario, a partir de ahora te vamos a amargar.

Todas la miran de manera amenazante confirmando las palabras de Teresa hasta que Toñi suelta un resoplido y asiente.

—¿Solo un número de teléfono?

—Para empezar sí, tampoco queremos que te agobies, ya iremos avanzando semana a semana —acepta Amelia dándole otro achuchón.

—¿Qué te pasa con tanto roce? —protesta esta vez Toñi con su característico humor—, si te falta cariño te compras un perro. O te

buscas una mujer, que tú vas por ahí aconsejándome y no eres la más indicada.

—Zasca —dice Teresa riendo—. Ahí la has dado, Toñi. Ahora te toca a ti, Amelia.

—A mí déjame en paz que yo no soy tan cerrada como Toñi, prometo que cuando me interese alguien, me mostraré más dispuesta.

Todos los ojos se clavan en ella con extrañeza y Amelia se arrepiente de inmediato de sus palabras.

—¿Y ese cambio de actitud a qué se debe? —pregunta Toñi.

—¿Qué cambio? Venga, Isi, ¿tú qué? No nos has contado nada.

Amelia intenta focalizar el tema en su amiga y obviar mencionar que cuando las rondas terminaron, esa abogada a la que han mencionado, se sentó en un rincón de la barra y le pidió que le sirviera un refresco y una bolsa de patatas que se comió en silencio mientras ella, hipnotizada por la belleza de la mujer a la que ya le había parecido ver una de las noches, la miraba siempre que podía preguntándose si volvería a la siguiente ronda.

Isi va a abrir la boca para contestar a Amelia, pero Toñi se lo impide.

—Espera, Isidora, que esta se piensa que somos tontas.

—Que no me llames Isidora, Antoñeta —ese apelativo sí que mosquea a Toñi, que se pone seria de golpe.

—Callaos de una vez, joder, que sois como dos niñas —las reprende Paula y se fija en Amelia.

—A ti te gusta alguien —afirma Teresa convencida.

Amelia traga saliva y remueve su café a pesar de que la taza está vacía.

—No me gusta —reconoce finalmente—, pero me llamó mucho la atención la abogada esa de la que habéis hablado.

—Verónica —matiza Teresa.

—Verónica —repite Amelia complacida. El nombre también le gusta.

—¿Hablaste con ella? —pregunta Isi.

Amelia niega.

—Solo para servirla cuando pidió en la barra.

—Pues vaya manera de mostrarte dispuesta —suelta Toñi con los ojos en blanco.

Amelia sonríe y vuelve a pegarse a ella.

—Si vuelve, te prometo que intentaré entablar conversación con ella, pero tú hoy tienes que salir de aquí con un teléfono apuntado, a ser posible en una teta —bromea Amelia provocando un gesto de tensión en Toñi, que al final también se ríe.

—Vale, pues ya tenéis deberes las dos. Aunque tú, Amelia, te lo tendrás que trabajar un poco más, porque me parece que la abogada le

tiene echado el ojo a alguna moza.

Teresa le explica lo que le contó Verónica y Amelia se desanima un poco, pero sonríe igualmente, tampoco se había hecho ilusiones.

—Pues yo estoy de bajón —dice Isi haciendo una mueca—, la mujer con la que me senté en penúltimo lugar me cayó muy bien, pensé que habíamos conectado y le propuse quedar otro día a solas para tomar un café.

—¿Y? —pregunta Paula impaciente.

—Me dijo que no.

—¿En serio? —pregunta Toñi irritada, no puede evitar meterse con Isi, pero en el fondo la adora por la nobleza que desprende—. Pues ella se lo pierde, ojalá dé con una putarranca.

Capítulo 12

Es viernes por la noche y las cuatro amigas llegan juntas al Melis. En esta ocasión, no se encuentran una cola como la de la semana pasada cuando repartían pegatinas y en cierto modo lo echan de menos.

—¿Creéis que volverá a hacerlo? —pregunta Isi mientras llegan a la puerta.

—¿Te arrepientes de no haber metido notitas en el cubo? —le pregunta Toñi mirándola de soslayo.

—Al menos no me dirían que no en toda la cara.

Todas se vuelven hacia ella y se dan cuenta de que está de bajón. Teresa le pasa un brazo por encima de los hombros y le da un achuchón.

—Hay más mujeres, Isi, no te agobies, anda, ahora nos pegamos unos buenos bailoteos y te olvidas de esa estúpida sin criterio.

—Eso —añade Toñi.

Paula las mira sin saber qué decir, tener una cita con Carmen y ver a su amiga así de chafada la hace sentirse un poco mal.

Las cuatro entran y van directas a la barra para saludar a Amelia como hacen siempre, pero debe estar en el almacén y a la primera que se encuentran es a Marta.

—¿Os pongo lo de siempre? —pregunta risueña, comportándose como si no hubiera pasado nada con Teresa.

—Claro, bonita —dice Teresa, aliviada de que no haya tensión entre ellas.

—Vaya —dice Toñi sorprendida—, o realmente solo buscaba probar y se da por satisfecha, o pasaste entre sus piernas sin pena ni gloria.

Isi y Paula lo intentan, pero no pueden aguantarse la risa y explotan en carcajadas. Teresa se gira hacia ella dispuesta a estrangularla, pero se detiene cuando repara en que Carmen acaba de entrar y parece que intenta localizar a Paula con la mirada.

—Tu ligue está aquí, Paulita —dice haciendo un gesto con la cabeza a la vez que alza la mano para que Carmen las localice.

A Paula le entra un cosquilleo raro en el centro del pecho y no sabe si es por los nervios o porque Carmen está mucho más guapa que el día anterior, al menos, a ella se lo parece.

—Aquí tenéis —dice Marta terminando de servir todas las copas—. Y esta para la cincuentona más sexi del bar —añade empujando la de Teresa hacia ella con media sonrisa socarrona.

—Gracias, nena —dice Teresa sonriente en el momento que regresa Amelia, a la que no le ha pasado desapercibido que el coqueteo entre su amiga y la camarera continúa.

No sabe si sentir alivio o preocupación, se ha fijado en Marta desde que ha llegado y no ha apreciado en ella ningún signo de culpa ni arrepentimiento por lo sucedido, al contrario, la ha visto más risueña y pletórica, sin parar de hacer bromas con Vanesa.

Carmen y Paula se saludan con dos besos algo torpes que todas presencian entre risas cómplices. Amelia le sirve una copa a Carmen y las dos se sientan en unos taburetes una frente a la otra mirándose con vergüenza.

—Madre mía —dice Teresa con los ojos en blanco—. Anda, vamos a bailar un poco y las dejamos solas a ver si se les suelta la lengua —dice en voz alta sin cortarse.

Amelia se ríe y se abre una botella de agua para ella mientras ve alejarse a sus amigas con un punto de envidia sana. Hace mucho tiempo que no sale a divertirse, desde que tiene el Melis, solo vive para el bar y, aunque le gusta mucho lo que hace, se empieza a dar cuenta de que un respiro de vez en cuando no le vendría mal.

Paula y Carmen sienten cierto alivio al quedarse solas, bastante nerviosas están como para tener a esas locas revoloteando a su alrededor.

—Quizá deberíamos haber quedado en un sitio más tranquilo —reconoce Paula, ya que fue idea suya verse allí porque se sentía más segura si tenía a sus amigas cerca.

—Bueno, ahora ya estamos aquí, tomémonos la copa a ver si nos tranquilizamos un poco —sugiere Carmen sonriendo.

—Claro, háblame de ti. ¿De qué trabajas? —le pregunta Paula interesada en su vida.

Carmen le explica que es repartidora, sabe que es un trabajo como otro cualquiera y que con eso no va a impresionar a Paula, pero ella está orgullosa y le empieza a explicar sus batallitas con un entusiasmo que cautiva a su interlocutora hasta el punto que para ella, deja de sonar la música y solo escucha la voz de Carmen relatando anécdotas a petición de Paula.

—El remate fue ayer —explica Carmen agrandando los ojos de manera tan exagerada que Paula no puede parar de reírse—. Me endosaron a uno nuevo, un pedazo de vago que llegó bostezando con las manos en los bolsillos.

—Madre mía —sonríe Paula pensando en la escena.

No conoce mucho a Carmen, pero tiene claro que la mujer es muy inquieta y vivaracha, de las que no saben estar paradas y que probablemente no descansa hasta que ha terminado el trabajo. Que le pongan a alguien así, tiene que ser un trauma para una persona como

ella.

—Te puedes imaginar cómo fue la mañana —explica haciendo gestos mientras exagera las escenas y hace comparaciones haciendo que Paula no pueda parar de reír—. El tío repantigado en el asiento mirando el móvil todo el rato, le importaba una leche todo lo que yo le explicaba, y ya para rematar, coge y se deja las puertas abiertas.

Carmen le explica la escena del robo.

—Me tenías que ver correr como una desgraciada detrás del niñato ese, tampoco mucho, eh, que a los diez metros ya me estaba muriendo, pero yo seguía dándolo todo, que no se diga que no lo intenté.

—¿Y qué pasó? —Paula está roja de la risa, tiene ganas de bajar del taburete y meterse entre las piernas de Carmen para colgarse de su cuello mientras le habla.

Ese pensamiento la hace estremecerse y el cosquilleo que ha sentido antes al verla, vuelve a aparecer en su cuerpo, solo que esta vez es más intenso y se expande.

—Pues que se escapó, claro —dice y bebe un sorbo porque se le está secando la boca de tanto hablar—. No me quedó más remedio que desistir y dejar de hacer el ridículo, lo más gracioso es que cuando me volví, el cacho perro ese estaba allí pasmado como si la cosa no fuera con él.

—Menudo elemento.

—Y que lo digas, cuando llegué a la empresa cogí al encargado por banda y le dije que como me hiciera salir otra vez con ese sinvergüenza, le cogía una baja.

—¿Y te ha hecho caso?

—Pues no lo tengo claro, el chico no ha venido, no sé si lo han echado o es que estaba demasiado cansado después del día tan duro que tuvo ayer.

Paula vuelve a reírse y suspira haciendo una mueca, la realidad es que ella sabe muy bien a qué se refiere Carmen, su hermano menor es exactamente así, un vago de manual.

—Bueno, yo ya te he aburrido con mi verborrea barata —dice Carmen—. Ahora te toca a ti, ¿qué me cuentas?

—¿Yo? —dice Paula envalentonada.

—Sí, claro.

Carmen la mira divertida, la conexión con Paula es evidente.

—Yo tengo muchas ganas de besarte —dice y solo le aguanta la mirada unos segundos, después la baja completamente abochornada.

A Carmen el corazón le late muy deprisa y por un instante se ha quedado paralizada, sorprendida por las palabras de Paula y también por su reacción posterior. Es ella la que se baja de su taburete y se coloca entre las piernas de Paula con mucha precaución.

—¿Y por qué no lo haces? —le susurra al oído, aunque lo hace bastante fuerte para asegurarse de que la música no le impida escucharla.

Paula alza la mirada y se encuentra con los ojos de Carmen esperando con impaciencia. Las dos se quedan quietas un instante hasta que Paula, movida por esa ansiedad que comienza a despertarle la mujer que tiene delante, le pone una mano en la mejilla y la sujeta con firmeza hasta que sus labios se unen en un beso tan tierno, que Carmen tiene que sujetarse a sus rodillas.

—¿Te apetece que nos tomemos la segunda en mi casa? —propone la dependienta con la boca seca—. Así podemos hablar más tranquilas y seguir con estos besos —dice y la vuelve a besar del mismo modo tierno y meloso de antes.

—Sí, vale, vámonos —acepta Carmen deseando llegar cuanto antes.

Capítulo 13

Cuando Alejandra entra en el Melis acompañada de sus dos amigas, la sensación de incomodidad la invade de inmediato. No se trata de ver a tantas mujeres juntas, sino de la cantidad de personas en general, el hecho la abruma demasiado y se queda quieta junto a la puerta sintiendo que le falta el aliento.

Ella está acostumbrada al aire libre, a los espacios abiertos y a la tranquilidad de su granja, donde solo tiene que lidiar con los animales, a los que a veces tiene la sensación de que entiende mejor que a las personas. Se da cuenta de que ella es una mujer solitaria, de las montañas, y que allí no se le ha perdido nada.

—Vámonos, por favor —suplica agobiada y sus dos amigas se giran hacia ella con paciencia.

—Escucha —dice Aroa con voz pausada mientras le masajea el brazo—. Ya sé que puede parecer un poco abrumador, Ale, pero tienes que salir de vez en cuando, no puedes dejar que la vida se te escape refugiada en la granja. Eres una mujer guapísima —Aroa le pinza uno de los tirabuzones rubios de su pelo y se lo muestra sonriendo—, no te pedimos que te ligues a nadie, solo que te diviertas.

—¿Y por eso me traéis a un bar de ambiente? —pregunta Alejandra arqueando una ceja.

—A ver mujer, nosotras ya tenemos pareja —interviene Ana—, ya que venimos a pegarnos unos bailes, que sea en un sitio donde la única de nosotras que falta por conocer a alguien tenga posibilidades, ¿no? Tú solo déjate llevar, nos tomamos algo tranquilas en la barra y después bailamos, no te vas a morir por eso.

—Venga, anda —insiste Aroa poniéndole morritos.

—Está bien —acepta resignada.

Alejandra sabe que sus amigas se preocupan por ella y que, obviamente, no estarían en un sitio en el que ellas no tienen ningún interés si no fuera por acompañarla, así que lo mínimo que puede hacer, es esforzarse un poco.

—¿Qué os pongo? —pregunta Amelia sonriendo cuando las tres amigas ocupan el sitio que Paula y Carmen han dejado libre al marcharse.

Aroa y Ana se piden un combinado mientras que Alejandra se pide una cerveza asegurándose de que es de la misma marca que ella suele beberse por las tardes cuando termina su jornada. A ella es a la primera que Amelia sirve por la facilidad del pedido y mientras sus

amigas esperan ansiosas sus combinados, la granjera se gira colocándose de espaldas a la barra para divisar todo el local. De nuevo se siente algo sobrepasada y la incomodidad vuelve a su cuerpo, incluso la vergüenza cuando nota algunas miradas sobre ella. Ese no es su sitio y lo sabe, por eso da un trago bien largo a su cerveza con la esperanza de que la ayude a desinhibirse un poco, y es justo ese momento en el que está bebiendo, cuando repara en un grupo de tres amigas que bailan como si el mundo fuera a terminarse esa misma noche.

Su actitud deja fascinada a Alejandra y las sigue mirando, fijándose concretamente en una de ellas. Le calcula unos cuarenta años, quizá alguno más, y su media melena ondulada y negra, sumada a su mirada penetrante que contrasta con esa risa espontánea y contagiosa que esboza junto a sus amigas de vez en cuando, le provocan una explosión de mariposas en el pecho que la deja clavada en el sitio sin saber lo que le pasa.

—Alejandra, ¿estás bien? —le pregunta Aroa.

Ella la escucha y quiere mirar a su amiga, pero hay algo que le impide apartar la mirada de la mujer que le tiene el corazón alborotado y el cerebro neutralizado. No puede dejar de mirarla y hasta se acaba de dar cuenta de que tiene una sonrisa tonta dibujada en los labios.

—¡Ale!

Ana le da un leve empujón para que reaccione, pero ella está tan absorta con la mujer de la media melena, que pierde el pie, choca con la chica que tiene al lado y la cerveza se le escurre entre los dedos hasta estrellarse en el suelo y hacerse añicos.

Teresa, que siempre está pendiente de todo, no ha perdido detalle de la escena.

—Esa no te quita el ojo de encima, Toñi —dice cogiendo a su amiga por los hombros para que se gire.

—¿Quién? —pregunta Toñi confusa, incluso mareada por la rapidez con la que la ha hecho girarse.

—La rubia mojigata que acaba de tirar la cerveza.

—Es muy mona —reconoce la gruñona del grupo—, pero parece salida de un cuento de cabras.

A Isi le entra la risa, pero no por eso deja de darle un codazo.

—No seas burra, la chica es guapísima.

Toñi vuelve a mirarla con gesto contrariado, no pone en duda su belleza. Es alta, está en forma y viste de un modo sencillo e informal como le gusta a ella, aunque lo que más le llama la atención, es su pelo rubio en contraste con sus mejillas sonrosadas de un modo exagerado. La mujer se ve que está muy apurada y agobiada después de haber tirado la cerveza y ni siquiera Amelia, que ha salido de la

barra con la escoba y el recogedor, parece conseguir calmarla con sus palabras amables.

—Madre mía, si solo le falta quitarle la escoba y barrerlo ella. ¿De dónde habrá salido? —pregunta Toñi sorprendida.

—De verdad que lo siento mucho —dice Alejandra cada vez más angustiada.

Nota que le sudan las axilas y las manos, y la incomodidad ha vuelto a ella cuando al estrellarse la botella contra el suelo, las miradas de varias mujeres la han convertido en el centro de atención. Sus amigas tratan de calmarla, pero nada de lo que dicen parece surtir efecto.

Amelia la mira algo sorprendida por la reacción desproporcionada mientras termina de recoger los cristales.

—Lo siento, es que no suele salir y además es muy… —Aroa agita las manos delante de su cuerpo, no sabe cómo describirle a Amelia el carácter cohibido de su amiga, pero la dueña del Melis se hace una idea sin necesidad de que le siga explicando.

Amelia le entrega el recogedor y la escoba a Vanesa para que se lo lleve y se hace con un taburete vacío que le ofrece a Alejandra, haciendo que se siente dando la espalda a todo el mundo y quede mirándola solo a ella.

—Oye, no te agobies, que es solo una botella rota, mujer.

Alejandra tiene la mirada clavada en el suelo y el flequillo se le está pegando por la frente, aunque se siente algo más tranquila al tener solo a una persona delante.

—Se la pagaré —dice agobiada.

Amelia arquea las cejas y sonríe cogiendo a Alejandra de la barbilla para que alce la mirada.

—Ya me la has pagado, cariño, y se ha caído y se ha roto. Ha sido un accidente, ¿sabes cuántas veces pasa eso durante la noche?

Alejandra la mira y niega con un movimiento de cabeza.

—Entre diez y doce, a veces muchas más, y no nos comemos a nadie por ello. Se limpia, se tiran los cristales con cuidado y la noche sigue.

—Ya —dice Alejandra más serena.

—Marta, ponle otra cerveza. A esta te invito yo —le dice soltándole el mentón—. Bebe tranquila y relájate, aquí nadie se come a nadie, te lo prometo, y si alguien te molesta me lo dices a mí que yo me encargo.

Amelia le guiña un ojo y Alejandra sonríe con una mezcla de vergüenza y agradecimiento.

—¿Te vas a quedar ahí parada? Mira lo apurada que está la muchacha, está claro que necesita mimos —dice Teresa dando un empujón a Toñi.

—Parece que Amelia ya se los ha dado.

—¿Estás celosa? —se ríe Isi.

Pero Toñi no le contesta, porque en ese momento, la rubia de las cabras se ha girado y sus miradas se han cruzado. Alejandra, al sentirse descubierta, aparta la mirada con tanta brusquedad y vergüenza, que a Toñi le resulta evidente que es cierto que la miraba a ella. Eso le despierta una repentina curiosidad que no se explica, no le parece que ella, que podría ser un demonio al lado de ese ángel, pueda tener nada que le interese a una chica cómo ella.

—A lo mejor podríamos parar un poco y tomarnos algo —propone sin apartar la mirada de la rubia.

—Sí, esa es mi chica —responde Teresa poniéndole las manos en los hombros para guiarla hacia delante.

—Oye, no te pases, que yo no he dicho que vaya a hablarle.

—Recuerda que tenemos un trato, guapa, hoy tienes que salir de aquí con un número de teléfono en el bolsillo, no me digas que no estaría bien que fuera el suyo.

—¿Y que me conteste una oveja cuando la llame?

El comentario le ha salido repentino, pero Toñi se arrepiente de haberlo dicho sin saber muy bien por qué.

—Joder, vienen hacia aquí —dice Alejandra poniéndose tensa.

—¿Quiénes? —preguntan Aroa y Ana al mismo tiempo.

—No miréis, esas tres que salen de la pista.

Ana y Aroa no destacan por ser buenas disimulando precisamente. Las dos clavan la mirada en las tres mujeres y a Teresa, Isi y Toñi no les cabe duda de que hablan de ellas.

—¿Qué pasa con ellas? —pregunta Aroa.

—La de la derecha es muy…

Alejandra no se atreve a terminar la frase, pero a sus amigas no les hace falta, salta a la vista lo que iba a decir.

—¿Guapa? ¿Atractiva? ¿Follable? —dice Ana divertida.

La granjera se pone roja como el disco de un semáforo.

—Todo eso —admite en voz baja justo cuando las tres mujeres llegan a la barra y Teresa se hace hueco a su lado.

Como siempre, Marta se desvive por llegar hasta ellas en cuanto las ve.

—Lo de siempre, ¿no? —dice clavando los ojos en Teresa, que se estremece de arriba abajo sin poder evitarlo.

—Sí, bonita, haznos el favor, que estamos secas.

El espacio que quedaba libre en la barra no era suficiente para las tres, así que solo ha sido Teresa la que se ha apoyado, pero ahora aprovecha ese detalle para provocar un roce entre la rubia y Toñi cuando la coge del brazo y le hace un hueco a la fuerza.

—Vente aquí, Toñi, que cabemos todas —dice.

Teresa tira de ella con tanto ímpetu, que Toñi no puede detenerla y su cuerpo impacta contra el de una de las amigas de la rubia haciendo que todas tengan que reubicarse.

—Perdón, mi amiga tiene problemas para calcular los espacios —bufa Toñi dirigiéndose a Ana.

—No te preocupes, yo tengo que ir al baño, así que cabes de sobra.

Alejandra mira a su amiga aterrorizada, pero de nada le sirve, porque Ana le guiña un ojo y se aparta dejándola justo al lado de la morena atractiva de la media melena.

—Te acompaño, que yo también necesito ir —escucha decir a Aroa, pero en esta ocasión, ya no se vuelve ni protesta para impedirlo, porque la cercanía de la mujer la tiene paralizada.

—Fíjate que apañadas las amigas —dice Teresa—. ¿Tú no tienes pis, Isi?

—Pues ahora que lo dices hace rato que me estoy aguantando.

Toñi se gira hacia ambas con gesto contrariado.

—Yo no necesito empujoncitos ni que me dejéis a solas, sé cómo entrarle a una mujer —dice ofendida y Teresa suelta una sonrisa incrédula.

—Claro, por eso te hartas de ligar.

—¿Os vais? —la voz de Marta hace que Teresa se gire de inmediato.

—No, bonita, solo vamos al baño, jamás me iría sin despedirme de ti.

—No sé si mear o vomitar —dice Isi con los ojos en blanco.

Toñi se ríe.

—Eso es genial —aplaude Marta con gesto coqueto.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

Teresa apoya los codos en la barra y se inclina hacia delante con intriga. Marta hace lo mismo prolongando el momento de tensión hasta que se acerca a su oído.

—Porque me quedé con ganas de que me follaras allí.

Teresa traga saliva y cierra las piernas mientras Marta se dirige al grupo de mujeres que hay a su otro lado para servirlas.

—¿Vamos o qué? —protesta Isi con los brazos en jarras.

Ella no ha escuchado lo que ha dicho Marta, pero Toñi sí.

—Sí, llévatela para que se seque bien las bragas.

De inmediato se arrepiente del comentario, porque la rubia la mira con los ojos desorbitados y las mejillas encendidas.

Capítulo 14

Cuando Isi y Teresa se marchan, Toñi se gira hacia Alejandra con mucho nerviosismo. Lo cierto es que no sabe ni qué decirle, a ella estas cosas no se le dan nada bien, y que la muchacha sea la persona más tímida, vergonzosa y mojigata que se ha echado a la cara, sin duda no se lo va a poner nada fácil. Por suerte para ella, la aparición de Amelia le allana el terreno, lo que no tiene claro es si es casualidad, o su amiga ha ido a propósito para asegurarse de que las dos terminen hablando.

—¿Qué tal por aquí? ¿Más tranquila? —le pregunta a Alejandra.

Ella se gira hacia la dueña con gesto agradecido y le sonríe afirmando. A Toñi se le queda el rostro congelado cuando ve su sonrisa, jamás había visto ninguna tan sincera, ni tampoco tan bonita.

—Siento el número de antes —se disculpa Alejandra—, tanta gente a mi alrededor mirando…

—Ya, es un poco agobiante —confirma Amelia—. ¿Os conocéis? —pregunta señalando a ambas, y ahí es cuando Toñi se da cuenta de que su aparición no tiene nada de casual, sobre todo por esa sonrisa socarrona con la que la ha mirado a ella.

—N-no… —tartamudea la granjera.

Toñi tiene ganas de decirle a Amelia que para qué pregunta algo que ya sabe, pero guarda silencio porque no quiere poner más nerviosa a la rubia de las cabras.

—¿No? —dice haciéndose la sorprendida—. Vaya, os he visto juntas y pensaba que sí, pues ella es mi amiga Toñi, ¿tú te llamas…?

—Alejandra —responde turbada, volviéndose hacia Toñi con la cara a punto de explotarle de vergüenza.

Toñi se acerca sin pensarlo mucho y le estampa dos besos que le hacen arder la cara con el calor que desprende la rubia.

—Pues es un placer, Alejandra, yo soy Amelia, ahora si me disculpáis, tengo que seguir atendiendo.

Toñi la mira cagándose en sus muertos mentalmente y después se vuelve hacia Alejandra.

—Es simpática —dice esta como si mirar a Toñi costase dinero.

—Sí que lo es, y muy graciosa —añade gruñona.

Alejandra la mira sin comprender el comentario, pero Toñi tampoco se lo explica, coge su copa y le da un sorbo para refrescarse la garganta.

—¿Es la primera vez que vienes? —pregunta Toñi, aunque tiene

clara la respuesta.

—Sí.

—¿Acabas de salir del armario o solo tienes curiosidad?

La cara de pasmo de Alejandra hace que Toñi se dé cuenta de inmediato de lo brusca que ha sido. Se maldice para sus adentros, porque por algún motivo, a ella no la quiere espantar como hace con todas, al menos por ahora.

—Perdóname, es que pareces tan perdida aquí dentro que es como si nunca hubieras estado cerca de una lesbiana…

La gruñona del grupo sabe que no es la mejor de las disculpas, pero si la mejor que le ha salido, y también la más sincera.

—Ya —Alejandra se termina su cerveza y la deja sobre la barra con una delicadeza que fascina a Toñi—. En realidad no salgo mucho. Bueno, lo cierto es que no salgo, vivo y trabajo en una granja y no tengo mucho tiempo para relacionarme con la gente.

Toñi se queda clavada en el sitio, incrédula, una cosa es que ella al verla se la haya imaginado en un prado rodeada de cabras y otra que de verdad trabaje con ellas.

—¿Me tomas el pelo? —pregunta algo tensa.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No lo sé —cabecea Toñi sin salir de su asombro—, pero ¿eres lesbiana?

—Sí, claro —sonríe Alejandra sintiendo que se relaja poco a poco —, que trabaje en una granja no significa que no sepa lo que quiero. Desde niña he sabido que me gustaban las mujeres, es solo que no he tenido muchas relaciones. Digamos que me resulta más cómodo estar entre animales que entre personas, ellos son… —Alejandra busca la palabra en su cabeza, Toñi la mira boquiabierta—, sinceros, espontáneos. No están corrompidos por el egoísmo ni la maldad humana.

Alejandra le explica que lo primero que hace por las mañanas es ordeñar a las vacas, que después da de comer a los cerdos, cepilla a los caballos, limpia las cuadras, les cambia el agua, arregla los cercados que algunos animales se entretienen en romper cuando están ansiosos o aburridos, que después limpia las herramientas que utiliza para dejarlas listas para el día siguiente, que se encarga de hacer una lista para que su madre compre todo lo que falta y que ha ayudado a parir a montones de animales con la ayuda de un veterinario.

A Toñi todo lo que le cuenta la granjera le parece tan surreal en los tiempos en los que viven, que le llama la atención de un modo que despierta su curiosidad hacia ella a pasos gigantescos.

—¿Me estás diciendo que metes las manos en el agujero de un animal para sacar a su cría? —pregunta horrorizada, pero Alejandra sonríe con ternura.

—Si es necesario, sí, no sabes lo bonito que es ver cómo se ponen en pie por primera vez, esa torpeza que se mezcla con su instinto natural, son tan diferentes a nosotros. El ser humano es incapaz de sobrevivir sin sus padres durante los primeros años de vida, los animales pueden hacerlo a los pocos días.

—Necesito beber algo —dice Toñi de forma abrupta.

—Perdona, te estoy aburriendo —dice Alejandra compungida.

Toñi la mira, está segura de que si cualquier otra persona le explicase todo eso, ya la habría dejado con la palabra en la boca y se habría marchado, pero Alejandra tiene algo que la mantiene con los pies anclados a su lado a pesar de que está claro que no tienen nada en común. Toñi es urbanita y no se imagina pisando una granja llena de mierda de cerdo, siente escalofríos solo de pensarlo, y Alejandra es como un pez fuera del agua en la ciudad.

—No me aburres —le deja claro al mismo tiempo que descubre a Isi y a Teresa bailando en la pista.

Alejandra también busca a sus amigas, pero no las encuentra.

—Están allí —le señala Toñi los sofás del fondo, donde las dos están acomodadas mientras charlan sin ningún tipo de prisa.

—Puedes ir con tus amigas si quieres —le dice Alejandra sin saber dónde colocar su mirada, cuyo color todavía no ha logrado adivinar Toñi.

—He dicho que no me aburres —corrobora con ese tono seco y cortante que no hace más que cohibir a Alejandra sin que Toñi sea capaz de evitarlo.

—¿Tú de qué trabajas? —pregunta la granjera tratando de continuar la conversación.

—Soy farmacéutica.

Alejandra sonríe, pero lo hace con cierto aire de tristeza al comprender ella también que las dos son demasiado diferentes.

—¿Qué te pasa? —pregunta Toñi.

Su seriedad desconcierta mucho a Alejandra, porque a pesar de su dureza, percibe algo en ella que le produce mucha ternura.

—Nada, es solo que debes pensar que soy un bicho raro.

—No me pareces rara, pero sí curiosa —reconoce Toñi—, debes admitir que mujeres como tú, debe de haber muy pocas.

—¿Y cómo soy yo? —se atreve a coquetear la granjera.

—La verdad es que no lo sé, en el rato que llevamos juntas no he podido conseguir la suficiente información como para atreverme a hacerte un perfil.

Alejandra sonríe, Toñi sí que le parece una mujer un tanto extraña, pero no se lo dice.

—Yo lo que sé es que prefieres a los animales antes que a las personas y, aunque te parezca extraño, en eso coincido contigo, yo

tampoco me siento muy cómoda con gente a la que no conozco.

—Te creo —afirma Alejandra.

—Más te vale, porque yo no miento a no ser que me vaya la vida en ello.

—Yo sí que te he hecho un perfil a ti, uno muy pequeño —dice Alejandra mostrando esa sonrisa que debilita a Toñi.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has descubierto?

—Que eres pura fachada. Has levantado un muro a tu alrededor que ni siquiera dejas que traspasen tus amigas.

Toñi se queda paralizada.

—Pero detrás de ese muro hay una persona muy sensible y cariñosa, y también muy atenta.

—Qué sabrás tú —dice Toñi a la defensiva—. ¿Te lo han dicho las cabras?

Alejandra obvia el comentario, no se ofende, y le devuelve una sonrisa que desestabiliza a Toñi.

—Tal vez, con los animales se aprende mucha psicología, Toñi. Solo digo lo que me ha parecido, pero puedo equivocarme.

Toñi Pizarro traga saliva para calmar el torrente de emociones que en ese momento le suben por el pecho y amenazan con estallarle en forma de llanto repentino.

—¿Sabes bailar? —le pregunta a Alejandra tras aclararse la voz. Necesita despejarse.

—Claro, practico con un cerdo todas las noches —bromea haciendo que Toñi se relaje.

—Eres muy graciosa, mujer de las cuadras.

—Tú también, aunque te esfuerces por aparentar que eres un orco.

Toñi suelta una risa nasal, rendida ante Alejandra.

—Oye, te tengo que pedir un favor. Les he prometido a mis amigas que no saldría de aquí esta noche sin un número de teléfono.

Alejandra la mira algo decepcionada y ella se arrepiente de haber sido sincera, podría habérselo pedido sin mencionar ese detalle y está segura de que se lo hubiera dado.

—Si quieres te lo doy y me vuelvo con mis amigas, no hace falta que sigamos juntas si es eso lo único que buscas.

—No, joder, claro que no, pero…

—Te lo doy si me prometes que vendrás a verme a la granja —dice Alejandra cuando se da cuenta de lo apurada que parece la farmacéutica.

—Mira, guapa —dice Toñi viniéndose arriba—, no voy a negar que me atraes, pero todavía no tengo claro que me gustes lo suficiente como para llenarme los pies de mierda de cerdo por ti.

Alejandra estalla en una risotada que contagia a Toñi y hace que vuelva a relajarse.

—¿Por qué no vienes aquí el jueves por la tarde? Hacen rondas de citas de cinco minutos, un juego raro para conocer mujeres —propone Toñi.

—¿Me vas a hacer venir aquí para concederme cinco minutos de tu tiempo? ¿Tan apurada me ves?

—No, joder, si vienes, tú y yo nos sentamos en otra mesa y charlamos más tranquilas, así puedo hacerte un perfil más detallado y acertado que el que me has hecho tú a mí.

—Tú y yo sabemos que he acertado, Toñi. Ahora saca el móvil y apunta mi número antes de que me arrepienta.

Capítulo 15

Después de que Alejandra le haga un gesto a sus amigas para pedirles que se unan a ellas, la granjera y Toñi se adentran en la pista y se colocan al lado de sus amigas. Todas bailan juntas, aunque Toñi y Alejandra lo hacen como si estuvieran solas y las demás no existieran. Se miran y sonríen sin parar moviéndose al ritmo de una canción que a Toñi no le gusta y que Alejandra no ha escuchado nunca, pero no les importa, juntas se sienten imparables en ese instante.

En un momento álgido donde la canción pide mucho movimiento, otra chica choca de espaldas contra Alejandra empujándola hacia delante. Toñi detiene su avance rodeando su cintura con la mano, lo hace de manera tan natural, que Alejandra se da cuenta de que desde que está con ella, ese agobio asfixiante que sentía cuando ha llegado, ha desaparecido. No hay nada ni nadie que le importe o le moleste, podría seguir toda la noche siempre que Toñi esté con ella. Sus dos amigas llevan rato sin quitarle el ojo de encima, haciendo comentarios entre ellas y sonriendo como si sintieran alivio, pero Ana tiene un compromiso al día siguiente y se les está haciendo demasiado tarde, lo cierto es que ni ella ni Aroa contaban con que Alejandra conectase de ese modo con nadie.

—Lo siento —le dice Ana angustiada, realmente le sabe mal que tengan que marcharse—, pero ya son las tres de la mañana y entre que volvemos al pueblo y nos acostamos, me dan las cuatro.

—Tranquila, no pasa nada —le dice Alejandra comprensiva, aunque en el fondo le gustaría quedarse con Toñi.

—Me quedaría contigo y volvemos en taxi, Ale —le dice Aroa—, pero ya sabes la norma, si vamos juntas, volvemos juntas.

—Dadme un par de minutos y nos vamos.

Alejandra se acerca a Toñi con una mueca.

—¿Te vas?

—Vivimos algo lejos y Ana tiene que madrugar.

—Está bien, pero prométeme que te irás a dormir y no a la cuadra a ordeñar una vaca cuando llegues.

Toñi lo dice muy seria, pero a Alejandra le hace mucha gracia.

—Prometido. ¿Nos vemos el jueves entonces?

—Sí, a las cinco.

—De acuerdo.

Alejandra se acerca poseída por esa timidez del principio y las dos se despiden con dos besos muy torpes que las dejan con una extraña

sensación de vacío. Toñi la observa alejarse hasta que se pierde entre el gentío y la voz de Teresa rompe el momento.

—¿Se puede saber por qué no le has comido el morro?

—Ay, Tere, qué vulgar eres a veces —dice Isi a su lado.

—Déjate de vulgar ni leches, mírala, si lo estaba deseando.

Toñi no contesta, no quiere darle la razón y tampoco puede quitársela porque no le gusta mentir.

—Tengo su número de teléfono, ahora me podéis dejar en paz.

Las dos la miran un poco pasmadas por su reacción, pero comprenden por su cara que para ella se ha terminado la noche, que Alejandra le ha absorbido la energía y se ha llevado sus ganas de divertirse con ella.

—Vamos a tomarnos la última y nos cuentas, anda —la anima Tere, pero antes de que puedan moverse, Marta pasa por delante de ellas directa hacia los baños.

La mirada que le ha echado a Teresa ha sido una clara invitación para que la acompañe, y la casi cincuentona se queda ahí, pasmada, con las piernas temblando mientras mira a sus amigas.

—Ve con ella antes de que te deshagas y lo pongas todo perdido —le dice Toñi ante la risa traviesa de Isi.

—¿No os importa?

—A ver si ahora nos vas a tener que pedir permiso para follar, anda, lárgate, yo me voy a casa que estoy cansada.

—Y yo también —añade Isi—, disfruta tú que puedes.

Le da dos besos y Teresa la abraza sabiendo lo desanimada que sigue Isi. Después besa a Toñi y se marcha hacia los baños mientras ellas van hacia la barra para despedirse de Amelia.

—¿Os vais ya? —pregunta la dueña del Melis saliendo de detrás de la barra para abrazarlas.

—Sí, yo estoy agotada —responde Toñi.

—¿Sí? ¿Qué tal con Alejandra? Se os veía bien —dice haciéndole una caricia en la cintura.

—Supongo que bien, sí —responde algo pensativa—, y la próxima vez no necesito que me hagas de casamentera.

Amelia se ríe y le da dos besos.

—Ya me lo agradecerás. Y tú, alegra esa cara —le dice a Isi.

—No puedo, soy la única aquí que no se come un rosco. Paula se ha marchado con Carmen, esta se ha ligado a la granjera y Teresa está en el baño con Marta.

Amelia se gira en redondo para buscar a su camarera, resopla cuando no la ve en su puesto.

—Joder, al final me van a dar problemas estas dos.

—Deja a la vieja que disfrute —dice Toñi haciéndola reír—, pocas veces se le pondrán a tiro chicas como esa.

—En eso tienes razón, pero yo no le pago a Marta para que se folle a mis amigas.

—Pues cóbrale un plus a Tere —propone Toñi con gesto maquiavélico.

—Claro, y que me detengan por proxeneta. Anda, marchaos a descansar, y tú no te agobies que no eres la única, yo tampoco he ligado —le dice a Isi.

—Tú no ligas porque no quieres —protesta como una niña.

Cuando se marchan, Amelia vuelve a su puesto tras la barra y clava la mirada en la entrada de los baños, donde cinco minutos después, ve salir a Marta sonriente para dirigirse a su puesto, y acto seguido sale Teresa con el pelo alborotado y una cara de felicidad que no puede ocultar.

—Espero que te lo hayas pasado bien —dice Amelia cuando su amiga se sienta frente a ella.

—Perdona, te prometo que es la última vez…

—Que era la última vez ya me lo dijiste el otro día —la interrumpe Amelia.

—Lo sé, pero esta va en serio, de verdad que no quiero líos ni causarte problemas, pero es que la cabrona es tan…

—Ya —sonríe Amelia comprensiva—, pero es eso, Tere, una cabrona, que no se te olvide.

—Lo sé —admite suspirando y se atusa el pelo dejando claro que no le afecta—. Yo también me voy a casa, hablamos, ¿vale?

Las dos se besan y mientras Teresa se marcha, Amelia vuelve a barrer el local con la mirada, aunque a estas alturas de la noche sus esperanzas de que esa abogada llamada Verónica cruce la puerta, son nulas.

Capítulo 16

Aunque ya es martes y para Isi el peor día de la semana siempre son los lunes, hoy parece que todo se le está torciendo. Para empezar, se ha dormido y ha tenido que correr para llegar al trabajo y fichar a tiempo.

Después, cuando estaba en el garaje preparándose para coger su máquina limpiadora y salir a dejar impolutas las calles, la encargada se ha acercado a ella para comunicarle que a partir de ahora, se ocupará de otra zona.

—Pero si no me la conozco —ha protestado Isi resoplando.

—Lo sé, pero Jorge tuvo un accidente ayer y la baja va a ser tan larga que es probable que ya la enlace con la jubilación. Hemos tenido que hacer cambios de última hora, Isi. Entendemos que necesitarás tu tiempo para hacerte una ruta cómoda y eficiente y no te vamos a presionar.

—¿Y no hay nadie más? Todavía estoy adaptándome a esa máquina diabólica, Isabel.

Su encargada le ha sonreído al escucharla y ha negado con la cabeza. Después se han dirigido al enorme plano de la ciudad, donde las zonas que cubre cada empleado están delimitadas por un color. Isi antes era el amarillo, ahora será el naranja. Lo ha estudiado durante un rato en completo silencio, ya hizo esa zona hace muchos años cuando comenzó de barrendera en otra empresa y decide dejar de protestar porque en el centro hay un parque con un estanque donde en sus tiempos desayunaba muy tranquila, lo cual la reconforta.

—De acuerdo —ha dicho finalmente llevándose una palmada en la espalda, aunque tampoco tenía otra opción.

Ahora Isi recorre las calles de la zona tratando de recordar cómo hacía la ruta para no dejarse nada y acabar a tiempo. Hace todo eso mientras estira el cuello como una jirafa y calcula que los cepillos lleguen lo más cerca de los bordillos de la acera. A todo eso tiene que añadir que ha de ir mirando también hacia delante y separarse cuando hay coches aparcados o se encuentra con contenedores de basura, y hacerlo con cuidado de que en ese momento no pase un coche y se la lleve por delante. Sí que es mucho más cómodo ir en esas máquinas que andando mientras tira del carro, pero debe estar pendiente de demasiadas cosas a la vez y ella todavía no se ha acostumbrado. Así que desde que tiene ese vehículo de limpieza, trabaja en un estado de tensión constante.

Está volviendo a encararse hacia la acera cuando escucha una especie de chapoteo y medio cristal se le queda blanquecino. Isi mira horrorizada la pedazo de mierda que le ha caído mientras se pregunta qué tipo de ave la ha sobrevolado para cagarle medio cristal, porque está claro que no ha sido una paloma.

—Joder con el plumífero —maldice mientras busca la palanca que activa el limpiaparabrisas.

Se da cuenta de que, desde que conduce ese cacharro, no ha llovido ni un solo día y no tiene ni idea de dónde se encuentra. Isi reduce la velocidad cuando comprueba que la mierda le chorrea por el cristal y cada vez ve menos. Se está poniendo nerviosa y comienza a tocar todo lo que encuentra con la esperanza de que el dichoso limpiaparabrisas haga su trabajo cuando escucha un golpe seco y acto seguido otro algo más aparatoso. Isi frena en seco con el corazón desbocado y deja caer todo su cuerpo hacia el lado derecho para ver por la parte del cristal que ese rapaz de grandes dimensiones ha tenido el detalle de no cagarle.

—Mierda —dice horrorizada cuando descubre que ha golpeado una moto aparcada y la ha tirado al suelo.

Isi apaga el motor y se apea del vehículo mascullando todo tipo de improperios. Está nerviosa y se queda bloqueada cuando ve que tiene tres frentes abiertos. La moto está en el suelo, su vehículo atravesado entre un aparcamiento y la calle y el cristal lleno de mierda.

—Joder —masculla mirando a un lado y a otro.

Al ser temprano, apenas hay gente por la calle y, aunque la moto es una scooter, no está segura de que pueda levantarla ella sola y se le acabe cayendo de nuevo. Empieza a dar vueltas alrededor del vehículo de dos ruedas como si fuera una maleante, comprobando horrorizada que el retrovisor está roto y que probablemente alguno de los plásticos del lateral también. Isi se agacha y la coge por el manillar, pero la moto tiene el bloqueo antirrobo puesto y eso no le permite tirar hacia arriba en una posición cómoda, por lo que la deja y cuando se levanta, se encuentra con una patrulla de la policía local ante ella. Son un hombre y una mujer, él está un poco más atrás anotando algo en una libreta y ella mirando a Isi como si fuera una delincuente.

—¿La puedo ayudar? —le pregunta la agente en un tono que no le gusta nada a Isi.

—Pues sí, no he visto la moto y le he dado un golpe sin querer, estaba intentando levantarla.

—¿Quería levantarla y marcharse?

—¿Qué? No, claro que no —se defiende Isi nerviosa.

Mira a la agente y le parece una prepotente que abusa de su cargo, pero lo que más irrita a Isi, es que la mujer, con ese gesto serio y autoritario, resulta muy atractiva. Además, parece de su edad.

—¿Y qué pensaba hacer? El dueño no parece estar por aquí.

—Pues no lo sé —se altera la limpiadora—, lo primero levantarla para que no se derrame la gasolina, que después lo tengo que limpiar yo —dice y señala el charco que se está formando a un lado.

Los dos agentes cruzan una mirada y entre los dos levantan la moto.

—¿Te ocupas de localizar al dueño? —pregunta la mujer a su compañero—, yo voy a ver si consigo entender lo que ha pasado.

—Yo le explico lo que ha pasado.

Isi se coloca delante de su vehículo y extiende el brazo señalando su cristal.

—Eso ha pasado.

La agente se acerca a ella y arquea las cejas cuando ve el cristal cubierto de mierda.

—Se me ha debido cagar un águila, porque ya me dirá usted.

La agente no sale de su asombro, jamás ha visto semejante cantidad de mierda junta y le cuesta contener la risa.

—Aquí no hay águilas, señora, habrá sido una cigüeña.

—Pues una cigüeña, qué más da, el caso es que me ha caído esa plasta y de repente no veía nada. Hace muy poco que voy con este trasto y me he puesto nerviosa, no encontraba la palanca del limpiaparabrisas, y el resto ya lo sabe usted —dice Isi y señala la moto —, que por cierto, muy bien aparcada no estaba, sobresalía un poco.

La agente mira a Isi y se muerde los labios conteniendo a duras penas la risa.

—Mire…

—No me llame señora otra vez, ni se le ocurra —la corta Isi de forma abrupta.

La policía carraspea y le clava una mirada capaz de congelar un desierto, aunque a Isi lo que hace es provocarle una oleada de calor.

—¿Y cómo la llamo? —pregunta la policía.

—Isi, me llama Isi y nos quedamos más tranquilas. Que a mí me llame señora un crío me parece bien, pero una mujer de mi edad me hace sentir rara.

La agente la mira desconcertada, lleva toda su vida en la policía y nunca se ha encontrado con una mujer que se atreva a hablarle como lo hace la tal Isi. A cualquier otra persona ya la habría advertido, pero la nota nerviosa y además le despierta mucha curiosidad, así que lo pasa por alto.

—Está bien, Isi, la podría denunciar por varios motivos, pero dadas las circunstancias, simplemente le tomaré los datos para que la persona titular de la moto pueda ponerse en contacto con su empresa y que el seguro se haga cargo de los daños. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, faltaría más —dice Isi mientras mira la mierda—. A ver

cómo limpio yo eso ahora, se estará secando.

La agente la mira mientras saca su libreta y esta vez sí que sonríe. La limpiadora le parece una mujer muy curiosa y extrañamente divertida.

—¿Es nueva en la zona? No la había visto por aquí.

—Pues a partir de ahora me va a ver usted mucho porque sustituyo a un compañero que tiene para tiempo.

Isi le da sus datos sin mirarla, ella sigue centrada en la mierda del cristal.

—No tendrá una botella de agua en el coche, ¿verdad? —pregunta Isi dirigiéndose a la agente.

—Sí, claro, de paso la ayudo a limpiar la mierda.

—Pues estaría bien, servir y proteger, esto sería servir —aclara Isi poseída por los nervios.

—Limpie eso y márchese antes de que la multe por aparcar el vehículo obstruyendo la calzada y por faltar al respeto a un agente de la Policía Local.

Isi se mete en el vehículo, por fin ha encontrado la palanca y activa el limpiaparabrisas varias veces hasta que puede ver lo suficiente a través del cristal, cuando llegue al garaje ya lo limpiará del todo.

La limpiadora sigue haciendo su trabajo sin conseguir sacudirse de encima los nervios que ha pasado con la dichosa moto y esa agente prepotente con la que se ha encontrado.

Tres horas después llega al parque en el que solía desayunar hace tantos años y suspira aliviada sabiendo que dispone de media hora para relajarse. Se sentará junto al estanque para comerse el bocadillo y después dará un paseo con el que espera quitarse ese ronroneo que tiene en el centro del pecho.

El lugar ha cambiado bastante. Isi no ha vuelto a pisarlo desde entonces y los jardines ahora están mucho más cuidados; el ayuntamiento ha puesto más bancos y delimitado zonas de paseo, e incluso hay patos en el agua y alrededor del estanque.

—Anda —dice sonriente.

La limpiadora coge su bocadillo y el termo con café que se prepara cada mañana y decide sentarse en el césped junto al estanque. El sol, que brilla con fuerza a esas horas de la mañana, la calienta y hace que entre en un estado reconfortante de inmediato. Isi mastica degustando su bocadillo y saca el móvil del bolsillo cuando escucha una notificación. Es el grupo que tiene con sus amigas del Melis, ya están parloteando de buena mañana y la limpiadora deja el bocadillo sobre el papel de plata para contestar y dar los buenos días a las cuarentonas desbocadas.

Se entretiene leyendo y riendo con las burradas de Toñi y de

pronto ve una sombra extraña que se mueve con rapidez a su lado. Isi se sobresalta y aparta la vista del móvil, viendo con asombro como uno de los patos le ha robado el bocadillo y huye con él mientras menea el culo con elegancia.

—¡Oye! —grita ella levantándose de un salto.

Isi sale corriendo detrás del pato mientras hace aspavientos con las manos para espantarlo, el animal suelta el bocadillo poco antes de llegar al estanque, pero otro pato se cruza y se lleva una parte. Isi lo mira alucinada y le suelta un berrido antes de girarse para salir corriendo en su busca cuando de nuevo, se encuentra con la mirada sorprendida de la misma agente con la que se ha tropezado esta mañana.

—¿La tengo que detener por acosar a los patos?

A Isi las mejillas le arden de vergüenza cuando es consciente de que hay mucha gente mirándola y riéndose de su numerito. Algunos incluso, la graban con el móvil.

—Me ha robado el bocadillo —protesta Isi—, debería detenerlo a él —dice señalando al pato, que se come su pan con satisfacción junto a sus compañeros.

La policía lo mira y de nuevo se muerde los labios para contener la risa.

—A los patos les encanta el pan, no debería dejarlo en el suelo si ellos andan cerca.

Isi la mira de arriba abajo, la agente no ha utilizado ese tono prepotente de hace unas horas ni parece estar riéndose de ella.

—Este es un buen sitio para desayunar, pero mañana le aconsejo que lo haga en los bancos.

—¿Y ya está? ¿No va a quitarles mi bocadillo?

Isi sabe que lo que ha dicho es absurdo, pero no está teniendo un buen día y nada de lo que pasa por su cabeza en ese momento tiene sentido.

—Puedo invitarla a uno si quiere, pero en otro momento, ahora estoy trabajando.

Los ojos de Isi se abren con sorpresa y miran a la agente sin parpadear.

—¿Lo dice en serio?

La agente se encoge de hombros.

—Solo si me promete que no me dará más problemas, Isi. Lleva usted una mañana un poco intensa, ¿no cree?

La agente se aleja hacia donde la espera su compañero dedicándole una media sonrisa que Isi no sabe interpretar.

—¡Espere! —grita la limpiadora.

La policía se detiene y la mira desde lejos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Isi sintiendo algo muy extraño

dentro de ella.

La mujer con uniforme la mira pensativa, provocando que Isi crea que se ha pasado o confundido las señales, pero tras una pausa, sonríe y se lo dice antes de darse la vuelta y seguir su camino.

—Maite.

Capítulo 17

Es martes, pero Paula sigue levantándose con esa estúpida sonrisa que no se arranca de la cara ni aunque tenga las sábanas marcadas atravesándola como si le hubieran dado un zarpazo. La noche junto a Carmen no pudo ser más perfecta, pasearon hasta su casa, deteniéndose cada vez que tenían un arrebato para besarse, y fueron muchas veces.

Se tomaron una copa mientras charlaban, copa que no llegaron a terminarse porque uno de esos besos que Carmen comenzó como algo tierno, Paula lo sexualizó de tal modo que de ahí llegaron a la cama y ya no salieron hasta bien entrada la mañana.

Carmen pasó todo el domingo en su casa, hicieron el amor y comieron porquerías en el sofá mientras seguían contándose su vida.

Ahora Paula cuenta las horas para volver a verla. Han quedado mañana por la tarde, aunque no en el Melis, porque tienen un hambre insaciable una de otra y quieren intimidad para poder comerse. Así que de nuevo han quedado en casa de Paula, Carmen le ha prometido que se queda a cenar con ella y con un poco de suerte, hasta podrán amanecer juntas otra vez.

Paula siente una conexión tan fuerte con Carmen que tiene claro que ella es esa mujer a la que lleva toda la vida buscando. Lo siente muy adentro, en una especie de señal que percibe en cada uno de sus sentidos.

Con esa felicidad llega a la tienda y comienza su jornada, ahora sus días pasan de otra manera entre amena y ansiosa, amena porque se distrae pensando en Carmen, ansiosa porque está deseando salir para llamarla y hablar con ella.

—Paula, preguntan por ti —le dice una de sus compañeras sacándola de ese ensimismamiento en el que se encuentra últimamente.

—¿Por mí? —pregunta sorprendida.

Su compañera, algo pasota y poco dada a las palabras, se limita a encoger los hombros y a seguir empujando una burra vacía hacia los probadores.

Paula deja de colocar las nuevas camisetas que han recibido y se dirige hacia el mostrador, pero no ve a nadie y se gira confundida en busca de su compañera para preguntarle de nuevo.

—Hola.

La voz que escucha a su espalda le provoca un escalofrío que le

recorre la columna como un latigazo. Paula sonríe como una adolescente y se gira exaltada para encontrarse con la sonrisa de Carmen.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al mismo tiempo que se acerca a ella.

Paula duda sobre lo que tiene que hacer, no sabe si debe darle dos besos o uno y se queda a medio camino con gesto indeciso.

—Yo lo prefiero en los labios —dice Carmen con el corazón tan desbocado como ella—, pero quizá en el trabajo no es apropiado, ¿no?

Paula le estampa un beso en la boca que resuena en media tienda. Carmen se ríe y las dos salen a la entrada.

—¿Qué haces aquí? —repite la pregunta Paula.

—Tenía que dejar un paquete en la tienda de al lado y no podía irme sin pasar a verte.

A Paula el detalle le parece uno de los más bonitos que han tenido nunca con ella a pesar de la simpleza del hecho, y sonríe y vuelve a darle un beso en los labios a la repartidora, que se queda quieta mirándola.

—¿Me he pasado? —se asusta Paula.

Carmen cabecea y niega esbozando una sonrisa.

—Para nada, es que te parecerá un poco pronto para decir esto, pero me parece que me estoy enamorando de ti.

La dependienta siente como si le estuviera explotando un camión de fuegos artificiales por el cuerpo. Sonríe, y vuelve a besar a Carmen, aunque esta vez se recrea un poco después de mirar de reojo hacia la entrada de la tienda.

—Es posible que yo también me esté enamorando de ti —reconoce divertida cuando rompe el beso.

—¡Vaya por Dios! —dramatiza Carmen divertida—. ¿Y ahora qué hacemos?

—No sé, podemos empezar por celebrarlo, qué te parece si en lugar de ir a mi casa, vamos primero a tomar algo, después podemos buscar algún restaurante bonito para cenar y por último…

—Me parece genial, sobre todo me interesa esa última parte —sonríe Carmen—. Te dejo, tengo que seguir con la ruta o acabaré a las mil. Envíame después tu ubicación y te recojo.

—De acuerdo —se besan para despedirse y cada una vuelve a su trabajo sintiendo que han vuelto a la adolescencia.

Al mediodía Carmen está nerviosa, Paula todavía no le ha pasado una dirección a la que ir a buscarla y eso la tiene inquieta. Sabe cuál es su horario porque Paula se lo dijo y, de alguna extraña manera que no se explica, su cerebro absorbe cada palabra que sale de la boca de esa mujer y la retiene como si fuera información primordial para la

supervivencia de la especie. Los horarios de Paula varían en función del día de la semana, pero Carmen tiene claro que los martes hace el turno seguido y sale a las tres y media. Ellas han quedado a las cinco y ya son casi las cuatro.

Su pierna bailotea nerviosa mientras ella permanece asomada en su balcón preguntándose si no se habrá arrepentido. Tal vez no debería haberle expresado lo que siente tan pronto, pero lo tenía ahí, quemándole el pecho desde el fin de semana y necesitaba sacarlo, además, Paula le ha dicho que sentía lo mismo, lo cual la tiene muy confundida. Piensa en enviarle un mensaje por si se ha olvidado, pero no quiere parecer una pesada, y mucho menos una desesperada, así que decide esperarse un poco más.

Vuelve al interior para arreglarse y así distraer la mente cuando el teléfono comienza a sonarle y ve el nombre de Paula en la pantalla.

—Dime —contesta entre aliviada y preocupada porque cancele esa cita tan ansiada.

—Perdona por no haberte enviado la ubicación, es que me han llamado mis padres, ha habido un poco de lío en casa con mi hermano y no sabía dónde iba a estar.

—¿Va todo bien?

—Sí, bueno, por lo visto lo han despedido del trabajo.

—Vaya, lo lamento.

—Yo también, no sabes lo que nos cuesta que se mueva para buscar algo, es un jodido abusón que vive a costa de mis padres. En fin, no quiero aburrirte con eso, te envío la ubicación y me recoges aquí, ¿de acuerdo? Así paso un rato con ellos.

—Claro, sin problema.

A las cinco en punto, Carmen se apea de su coche y espera a Paula con el culo apoyado en uno de los bancos del pequeño parque que hay frente al bloque de pisos donde viven sus padres. Ella sale puntual y sonríe en cuanto la localiza. Las dos se abrazan y Paula se apoya a su lado suspirando.

—¿Me lo quieres contar? —se interesa Carmen cariñosa.

—Me ha llamado mi madre llorando, por lo visto hoy se ha enterado de que mi hermano ha perdido el trabajo. En realidad, lo perdió al día siguiente de haber comenzado, pero se lo ha ocultado a mis padres haciendo ver que se iba cada mañana.

—¿Vive con ellos? ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho. Ya te he dicho que es un vividor. Cada vez que pierde un empleo es un drama, después finge estar deprimido, dice que nadie lo valora y mil historias, y se queda vagueando durante semanas. Eso sí, para jugar a la consola, salir con los amigos y pedirle dinero a mis padres, se encuentra perfectamente.

—Tal vez lo que tiene es mala suerte con los trabajos, Paula.

—Eso dice él siempre, que nadie le da una oportunidad, pero yo no sé qué pensar, igual el que tiene un problema es él.

Paula resopla, no le gusta hablar mal de su hermano, pero el hartazgo de que siempre se repita la misma historia la tiene asqueada y necesita desahogarse. Odia que sus padres no puedan tener una jubilación tranquila por su culpa.

—¿Y ahora dónde está?

—Yo qué sé, por ahí con alguno de sus colegas.

—Bueno, tú no te agobies, que seguro que al final encuentra algún trabajo que le guste.

—Eso espero, porque mis padres tampoco van a vivir para siempre, y yo te aseguro que no pienso mantenerlo.

Carmen se ríe y le hace un gesto con la cabeza.

—Anda, vamos, demos un paseo para que te despejes.

Las dos mujeres se ponen en marcha y justo cuando llegan a la esquina, Paula se encuentra de frente con su hermano.

—¿Qué haces aquí? —pregunta él distraído con el móvil, dedicándole una mirada rápida que enfurece a Paula.

—¿Qué hago aquí? Me ha llamado mamá hecha un mar de lágrimas, ¿es que no puedes esforzarte un poco?

Carmen mira horrorizada al hombre que tiene delante, reconociendo en él a Juan, el chico que le pusieron de ayudante el otro día; el que entró bostezando con las manos en los bolsillos y se dejó las puertas del furgón abiertas, y también al que ella jamás le echaría los treinta y ocho años que tiene, aunque claro, si ha trabajado tan poco, es normal que aparente menos edad, piensa desconcertada.

—No fue culpa mía, ¿vale? La tía con la que me pusieron le habló mal de mí al encargado y por eso me echaron.

Juan ni siquiera ha levantado la vista de la pantalla, está terminando de enviar un mensaje y Carmen piensa que a lo mejor es buen momento para salir corriendo, pero después recuerda el poco aguante que tiene y lo descarta.

—¿En serio? ¿Y qué le dijo? —pregunta Paula resoplando.

—Pues no sé…

Juan se queda mudo cuando por fin deja el móvil, alza la mirada y ve a Carmen al lado de su hermana.

—¿Es una broma? —dice rojo de rabia, con la mirada clavada en Carmen.

—¿Broma? ¿Qué dices, Juan? —pregunta Paula sin entender nada.

—¿Qué hace esta tía contigo?

—¿Carmen? Bueno, ella y yo…

Paula no sabe cómo presentarla, todo va tan rápido entre ellas que ni siquiera ha tenido tiempo de pensar en ello o prever qué decir en

situaciones como esa.

—Esta tía es la que hizo que me echaran.

—A mí no me llames tía —protesta Carmen ante la mirada de pasmo de Paula—, a ver si encima de vago vas a ser maleducado.

Los ojos de Paula se desorbitan y le entra un sudor frío que le recorre la columna.

—Lo que eres es una zorra, le fuiste con el cuento al encargado y ahora estoy sin trabajo por tu culpa —la acusa Juan con todo el descaro.

—¿Por mi culpa? Si estás sin trabajo es porque te mueves menos que un cuadro y eres un caradura al que le gusta quedarse en casa viviendo de sus padres.

—No estoy dispuesto a aguantar esto, Paula, ya me contarás qué coño haces con esta loca.

Juan las esquiva y se marcha hacia su casa con gesto indignado. Paula mira a Carmen notando como la sangre le hierve en las venas, sabiendo que no puede controlarse.

—Podrías haberle dado un poco de tregua, ¿no? Un puto día y ya haces que lo despidan. Joder, si todas las personas que se encuentra son tan poco tolerantes como lo eres tú, es normal que el pobre no tenga empleo.

A Carmen la boca se le abre con asombro hasta formar un círculo casi perfecto.

—¿Ahora lo defiendes? El otro día bien que te reías cuando te expliqué lo que hizo y me diste la razón diciendo que era un vago. Ahora qué pasa, que como es tu hermano la mala soy yo. Puedes ponerte como quieras y protegerlo si quieres, Paula, pero que Juan no tenga trabajo es solo culpa suya, ni mía, ni tuya, ni de tus padres, ni de todas las personas con las que se cruza. No quiere trabajar, punto. Asúmelo.

—Puede que sea un vago, pero una cosa es que lo diga yo y otra que lo digas tú. Es mi hermano —dice colérica, tan nerviosa que le tiembla todo el cuerpo—. Te he contado en confianza lo de mis padres y tú vas y se lo sueltas a él a la primera de cambio.

Carmen abre la boca para defenderse, pero no puede porque en eso Paula tiene razón.

—Eres mala persona. Lárgate, no quiero volver a verte.

Paula se da la vuelta y se encamina hacia casa de sus padres con tanta rapidez, que Carmen es incapaz de pensar en nada que le sirva para detenerla a tiempo.

Capítulo 18

Aunque todas suelen reunirse los viernes por la tarde en alguna casa, este miércoles han hecho una excepción después de que Paula haya enviado un audio al grupo de cuarentonas desbocadas diciendo que la había cagado y necesitaba consejo urgente. Hablaba de manera atropellada y nerviosa y todas se han alarmado, aunque con lo dramática que es su amiga, puede ser cualquier cosa.

Amelia estaba en el Melis con Vanesa terminando de colocar las mesas para el día siguiente en la ronda de citas. Así que, teniendo en cuenta que ya ha habido varias personas que han querido entrar al verlas dentro, ha decidido abrir las puertas y las ha citado a todas ahí después de acordar con Vanesa que le paga la tarde entera si se queda detrás de la barra.

Las amigas van llegando de manera escalonada, primero lo hace Toñi, que comparte la farmacia con su hermana y siempre tiene el turno de mañana, por lo que las tardes las tiene libres. Después ha llegado Teresa casi seguida de Isi, que también parece algo nerviosa.

—No os vais a creer lo que me pasó ayer —dice al mismo tiempo que se sienta.

Teresa, Amelia y Toñi la miran intrigadas, pero en ese momento llega Paula con la cara desencajada por el disgusto y todas las miradas se centran en ella, que parece a punto de desmoronarse.

—Tráele una manzanilla, Vane —le pide Amelia a la camarera.

—A ver, qué ha pasado para que estés así —trata de calmarla Teresa.

Paula las mira a todas y se siente avergonzada de sí misma. Se ha pasado toda la noche pensando en su discusión con Carmen, en las cosas que le dijo y sobre todo en esa forma abrupta de gritarle que no quería verla más. Mira nerviosa a sus amigas y solo después de robarle la botella de agua a Amelia y beber hasta saciarse, comienza a explicarles lo sucedido entre la mujer que tanto le gusta y su hermano.

—Pero vamos a ver —dice Amelia intentando comprender a su amiga—. Carmen ya te había explicado lo que le había pasado con su compañero y tú reconociste que era un vago de cojones.

—Sí —admite Paula cabizbaja—, pero no sabía que se trataba de Juan.

—Tu hermano Juan es un pedazo de perro, Paula, tú lo has dicho mil veces —suelta Toñi, tan poco delicada como siempre.

—Ya lo sé, pero…

—Pero ¿qué? ¿Te jodió que lo dijese ella? —interviene Teresa—. Sabes que tenía razón, Paula, no entiendo ese arrebato.

—Ni yo tampoco —reconoce frustrada, calentándose las manos alrededor de la taza de manzanilla que le ha servido Vanesa—, pero es que si hubierais visto a mis padres. Otra vez de vuelta a lo mismo, ahora se tirará otro montón de meses en casa viviendo a su costa, rechazando ofertas con la excusa de que está deprimido.

—¿Te das cuenta de que has convertido a Carmen en un daño colateral? —pregunta Amelia ceñuda—. Ella solo confirmó algo que tú ya sabes de sobra. A ti no te molestó lo que hizo ella, Paula, te molestó que la situación se repita.

—Correcto, y pagaste tu frustración con ella —añade Isi.

—La has cagado pero bien —dice Toñi.

—Madre mía —Paula se lleva las manos a la cabeza—. ¿Y ahora qué hago?

—¿Cómo que qué haces? Pues la llamas y te disculpas, eso lo primero —dice Amelia.

—¿Y lo segundo? —pregunta mirándolas a todas con confusión.

—Enciendes una vela y les rezas a todas las vírgenes que conozcas para que te perdone —suelta la farmacéutica con tono burlón.

Paula la mira desconcertada mientras que el resto, incluida Vanesa, que lo ha escuchado todo desde la barra, se mueren de la risa.

—Tenéis razón, soy idiota, tengo que llamarla. Solo falta que mi hermano, además de sangrar a mis padres, me separe de la mujer que me gusta.

—En realidad, eso último no sería culpa de él, sería solo tuya —dice Toñi.

—¿Te quieres callar? —la regaña Teresa—, bastante tiene ya la pobre.

La farmacéutica pone los ojos en blanco y mira hacia la puerta.

—Bueno, turno de Isi —sigue Teresa—. ¿A ti qué te ha pasado?

Todas la miran con interés, salvo Paula que lo hace sin entender de qué hablan. Isi, al ver que ha logrado ser el centro de atención, hace una larga pausa para regocijarse un poco en el momento.

—Venga, Isidora, que no tenemos toda la tarde —la insta Toñi ganándose una mirada incendiaria.

—Desde luego, a ver si mañana te llevas a la granjera a tu casa para que te sobe un poco, a ver si con eso conseguimos que seas un poco más agradable —le dice Teresa dándole un empujón.

Toñi abre la boca para soltar una de sus pullas, pero se mantiene callada cuando la imagen de Alejandra le atraviesa la mente y nota que tiene ganas de sonreír. Se contiene porque no quiere que sus amigas le hagan preguntas que no podría responder y desvía la mirada hacia otra de las mesas, donde tres mujeres están tomando algo y Toñi

ni siquiera se ha enterado de cuando han cruzado la puerta.

La limpiadora les explica con todo lujo de detalles su percance con la moto.

—Una manta de mierda chorreando por el cristal, tal cual lo cuento —dice ante la risa incontenible de todas, exagerando todavía más la situación para hacer el momento más divertido.

Isi les habla de la agente de la Policía Local, de su prepotencia y su soberbia y de que le cayó mal, pero cuando se quiere dar cuenta, también les está diciendo lo atractiva que resultaba con el uniforme y esa expresión dura y autoritaria. Se queda callada cuando ve cómo la miran y rápidamente empieza a contar su andadura por el parque.

—Yo muerta de hambre y el pato loco ese corriendo con mi bocadillo.

Toñi está tan roja por la risa que se atraganta y le entra un ataque de tos. Teresa le da unos golpecitos en la espalda y la farmacéutica protesta apartándole la mano. Amelia, que no puede parar de reírse imaginando a Isi corriendo detrás del pato, se seca las lágrimas con los dedos cuando ve que la puerta se abre y el estómago se le gira al ver entrar a Verónica.

—¿Y a que no sabéis quién apareció para llamarme la atención? —pregunta Isi.

Amelia la escucha, pero no puede contestar porque sus ojos están fijos en la abogada, que se ha sentado en la esquina de la barra y ha dejado su maletín en otro de los taburetes. Vanesa está sirviendo en una de las mesas y Amelia mira sin saber qué hacer.

—Ve —le susurra Teresa dándole un codazo.

La dueña del Melis la mira con cierta turbación y asiente poniéndose en pie tras disculparse con Isi, que está explicando ese momento en el que Maite la acusó de molestar a los patos.

—¿Te dijo su nombre? —pregunta Paula entre sorprendida y divertida.

—Sí.

—¿Y su número? —pregunta Teresa con un tono más socarrón.

—No, claro que no, pero hoy…

—¿Hoy qué? —pregunta esta vez Toñi sin darle tregua.

—Pues que me he pasado toda la mañana esperando encontrármela en cualquier rincón —reconoce Isi disgustada.

—Uy, uy —se ríe Teresa—, que al final la policía con el palo metido por el culo te va a hacer tilín.

—Cállate, anda —dice Isi más roja que las ascuas de una hoguera.

Amelia se sitúa frente a Verónica intentando mostrarse más calmada de lo que en realidad se siente.

—No sabía que abríais también los miércoles —dice la abogada observando a Amelia con cierta precaución.

—Entre semana solo abro el jueves para la ronda de citas, lo de hoy es algo casual, aunque viendo cómo se está llenando, igual me lo pienso —contesta Amelia bastante sorprendida.

—Deberías, ahora trabajo aquí al lado y al salir se agradece poder tomar una cerveza en un lugar acogedor.

La seriedad con la que habla Verónica desconcierta mucho a Amelia, da la impresión de ser una mujer que está enfadada, pero su tono es dulce y agradable y su mirada limpia y muy intensa.

—Me lo pensaré. ¿Te pongo una cerveza entonces?

—Sí, por favor.

Amelia le coloca el botellín delante y le muestra una sonrisa de labios apretados. Le gustaría quedarse ahí y hablar con ella, preguntarle qué la ha llevado a trabajar por allí, su edad, si tiene pareja, sus intereses. De repente se da cuenta de que se siente mucho más atraída por ella de lo que se pensaba en un principio y eso la pone algo nerviosa. Se entretiene fregando algunos vasos y cobrando a dos chicas jóvenes mientras alterna miradas entre la abogada y sus amigas, que siguen riéndose sin parar.

—¿Me cobras?

La voz de Verónica la hace girarse en redondo y descubre que ya se dispone a marcharse. Amelia siente cierta decepción consigo misma, no quiere que se vaya, pero tampoco es capaz de hacer nada para retenerla un poco más.

—No te la has acabado —dice absurdamente, mirando el botellín mientras le cobra.

Queda casi una tercera parte, y Verónica clava la mirada en la cerveza y después en ella.

—Tal vez mañana —sonríe y le dice que se quede con el cambio.

Verónica se despide de ella y también de sus amigas a las que conoció en la ronda, lo hace con un gesto sutil de la mano, tratando de pasar tan desapercibida, que la única que se da cuenta es Teresa, que también le devuelve el saludo.

—Hasta mañana —susurra Amelia hipnotizada por sus pasos hasta que cruza la puerta y desaparece de su vista.

Sus amigas también se han levantado y se amontonan en la barra delante de ella.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Paula con cara de cotilla.

—Nada, que debería abrir todos los días, por lo visto su despacho está por aquí cerca.

—Pues ya sabes, si quieres cazar, abre el coto —dice Toñi.

Isi se ríe sin poder aguantarse y Teresa le da un achuchón.

—Si es que eres más burra… A ver si la granjera esa te domestica un poco —bromea provocando que de nuevo Toñi piense en Alejandra.

—Bueno, yo me marcho —dice Paula—, voy a llamar a Carmen y a disculparme con ella.

—Yo también me voy —dice Isi.

—Te acompaño —añade Toñi—, no vaya a ser que te caigas en un agujero o te aplaste una maceta.

Todas se despiden y Teresa es la única que se queda y se sienta en el taburete que hace unos instantes ocupaba Verónica.

—¿Qué? —pregunta Amelia ante la mirada inquisitiva de su amiga.

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Yo?

—La has tenido aquí a tiro y coges y te pones a fregar vasos.

Amelia suspira y asiente dejando que su mirada pensativa se pierda por el local.

—Saca dos de estas y vente a este lado, anda —dice Teresa señalando la cerveza de Verónica.

La dueña del Melis obedece y las dos se sientan en el rincón quedando frente a frente.

—¿Qué es lo que te frena, Amelia? —pregunta Teresa precavida.

Ya le ha hecho esa pregunta muchas veces, tanto ella como las demás, pero Amelia siempre la esquiva o les dice que simplemente no le apetece tener nada con nadie, sin embargo, ahora nota que algo ha cambiado por culpa de Verónica.

—¿Es un trauma? ¿Una mala experiencia? —tantea Teresa cuando nota que Amelia está más receptiva.

—No, es algo peor, más absurdo —reconoce limpiando la boca de la botella con la mano antes de dar un sorbo.

Teresa no la agobia, bebe de su cerveza y se mantiene a la espera para que Amelia se explique a su ritmo.

—He sido muy feliz, Tere —empieza a explicar ante la cara de sorpresa de su amiga—. Me refiero en el amor. Con mi última pareja estuve solo tres años, pero fueron muy intensos, tanto, que tengo la sensación de que he conocido la mejor parte del amor y me da pánico meterme en otra relación y acabar perdiendo ese recuerdo.

Teresa la mira tan atenta como pasmada.

—Pero… —Teresa duda sobre lo que va a decir.

—¿Qué?

—La mujer con la que estabas…

—Ah, eso —sonríe Amelia—. Me dejó.

Su amiga se atraganta y tiene que darse aire con la mano para bajar el sofocón.

—Te dejó, pero tú dices que fue tu relación más bonita. ¿Me explicas eso?

—No son cosas incompatibles, Teresa. Indira y yo tuvimos una

relación que vivimos de manera muy intensa desde el principio, pero en los últimos meses por su parte se fue apagando y se enamoró de otra persona. Yo no la culpo, esas cosas pasan y siempre he tenido claro que el amor no siempre dura eternamente. Lo pasé muy mal cuando me dejó, por supuesto, pero cuando lo superé, no me quedé con ese mal recuerdo, me quedé con el bueno, y fue muy bueno, Tere.

—Mira, nena —dice Teresa poniéndose rígida como un palo—. Todo eso que dices es muy bonito, de verdad te lo digo, pero haz el favor de quitarte ya la venda de los ojos. La vida sigue, Amelia, y tú no puedes vivirla anclada en un recuerdo del pasado solo porque es bonito. Todavía eres joven para generar recuerdos igual de bonitos al lado de otra persona, aprovecha, coño, que tú todavía tienes las tetas en su sitio.

Amelia la mira sin aguantarse la risa, aunque le da la razón, sabe que la tiene, pero solo ha podido comprenderlo cuando se ha cruzado con alguien que ha vuelto a despertar en ella todo eso que se durmió cuando la dejó Indira.

—¿Cuánto hace que esa mujer te dejó, Amelia?

—Va a hacer cuatro años.

Teresa parpadea media docena de veces y vuelve a erguir el cuerpo.

—¿Y en todo este tiempo no has estado con nadie?

Amelia niega. Teresa se santigua.

Capítulo 19

Paula se ha pasado gran parte de la mañana mordiéndose las uñas por los nervios. Ayer en cuanto salió del Melis y llegó a su casa, llamó a Carmen para pedirle disculpas, pero la repartidora no solo no le cogió el teléfono, es que las rechazó de manera descarada y la bloqueó en WhatsApp cuando Paula le suplicó que le contestase.

Atónita, volvió a llamarla, pero Carmen apagó el teléfono y Paula, agotada por la angustia, decidió rendirse y se metió en la cama sin cenar porque se le había cerrado el estómago.

Apenas ha podido conciliar el sueño, no ha dejado de darle vueltas al asunto, pensando en si debía desistir porque la metedura de pata es demasiado grande, en si debe darle más tiempo o si debe matar a su hermano.

De todas las opciones la que más le gusta siempre es la tercera, está harta de ese vago y lo peor de todo es que, en parte, ella y sus padres son culpables por haberlo protegido bajo su regazo y mimado de tal modo que ahora es un inútil.

Paula ha decidido que no piensa rendirse, Carmen le gusta demasiado y, además, no se merece el trato que le dio, así que, aunque sabe que es posible que no la perdone, ella quiere disculparse.

—¿Y cómo vas a hacerlo si no sabes dónde vive y no te coge el teléfono? —le pregunta su compañera, a la que se lo ha contado todo para desahogarse.

Paula se ha quedado pensativa unos segundos, buscando en su cabeza la manera de localizarla, hasta que se le ha encendido la bombilla y ha pedido permiso para salir fuera y hacer una llamada. El receptor ha sido su hermano, que ha descolgado cuando Paula estaba a punto de desistir.

—¿Qué quieres? —pregunta con tono somnoliento.

—Haz algo útil por una vez en tu vida y mándame la ubicación de esa empresa de reparto.

Paula cuelga tras dar la orden, sabiendo que su hermano obedecerá con tal de no escucharla.

Al cabo de unos minutos la recibe en su móvil y se la muestra satisfecha a su compañera.

—No sé dónde vive, pero sé dónde trabaja, y si hace falta acamparé en la puerta hasta que consiga hablar con ella.

Y así lo hace. Paula, al igual que le pasa a Carmen con ella, recuerda cada dato que le ha contado y sabe que si todo va como

debe, a las dos termina su jornada. Como ella no sale hasta las tres y no puede esperarse, le dice a su encargada que necesita cogerse un par de horas personales y sale antes, presentándose en la empresa de reparto y esperando en la puerta hasta que dan las dos.

A partir de ese momento se pone en alerta y examina a cada persona que sale de la empresa. Ya son las dos y media y no le quedan uñas que morderse. Paula ha probado a llamarla, pero Carmen sigue sin responderle y no puede enviarle mensajes. Se dice que esperará hasta las tres por si ha tenido algún percance que la haya retrasado en la ruta y entonces recuerda a su hermano. Eso es un claro ejemplo de percance, encontrarte a un personaje así, que no es capaz de cerrar una puerta y con ello provoca un robo de mercancía. Está segura de que ese día Carmen acabó su jornada más tarde de su hora y todavía se siente peor por ello.

Está regodeándose en su angustia cuando de pronto la ve. Carmen Tena sale en compañía de otra compañera, las dos hablan de algo en la puerta un par de minutos y después se despiden y cada una se dirige hacia un lado diferente. Paula, situada al otro lado de la calle, empieza a caminar y la sigue despacio, no quiere abordarla allí en medio y que Carmen le monte un número y le pida que se marche, prefiere esperar a que esté más sola, y ese momento se produce cuando gira rodeando la empresa para dirigirse a un amplio aparcamiento.

—Carmen, espera —Paula ha hecho un *sprint* y llega con la lengua fuera.

—¿Qué haces aquí?

El tono de Carmen no es de alegría por verla, es más bien de molestia.

—Quiero hablar contigo y no me coges el teléfono.

—¿Y eso no te indica nada?

Carmen sigue su camino y abre la puerta de su coche, la mano de Paula sobre la suya la detiene.

—Por favor… —susurra suplicante y Carmen cede y cierra de nuevo.

—Está bien, pero di lo que tengas que decir muy rápido porque tengo hambre.

—Quiero pedirte perdón por lo que dije, no tenía derecho a reprocharte nada, estaba cabreada con mi hermano y con la situación, y lo pagué contigo.

Carmen la mira sin inmutarse y a Paula la angustia le sube por la garganta estrangulándole la voz.

—Es un vago, lo ha sido siempre y lo seguirá siendo, y que lo echaran de tu empresa es solo culpa suya, no tuya.

—¿Ya está? —pregunta Carmen manteniéndose firme.

—Sí —dice Paula derrotada—. Siento haberla cagado, Carmen, me gustas mucho. En fin, solo quería disculparme, gracias por escucharme. Te dejo que vayas a comer.

—Gracias.

Carmen vuelve a abrir la puerta y Paula se gira y camina hacia su coche con los ojos desbordados de lágrimas. Sabe que ha metido la pata hasta el fondo, que ha perdido a Carmen por no saber controlarse y respirar antes de decir lo primero que se le pasa por la cabeza. Cruza la calle ansiosa por llegar a su coche y se encierra dentro. Ahí permite que las emociones contenidas se desaten y estalla en un llanto que trata de contener absurdamente tapándose la boca con la mano. El pecho empieza a dolerle cuando de repente la puerta del copiloto se abre y Carmen se sienta a su lado.

—¿Estás llorando? —pregunta compungida cuando Paula la mira hecha un mar de lágrimas.

La dependienta no puede negar lo evidente y se le escapa una risilla que se mezcla entre los sollozos sobrecogiendo el corazón de Carmen.

—¿Eres tonta o qué? —dice la repartidora estupefacta—, ven aquí.

Carmen se inclina hacia Paula y la envuelve en un abrazo cariñoso y lleno de ternura que la hace llorar con más intensidad.

—Solo quería hacerme la dura, leches —le susurra Carmen sintiéndose culpable—. Claro que te perdono, tonta.

Paula asiente entre sus brazos sin saber por qué lo hace. Está contenta, feliz, y ahora llora por eso. Carmen la separa un poco y con sus dedos le va barriendo las lágrimas de los mofletes colorados por el llanto.

—Deja de llorar o me harás llorar a mí.

—Perdona…

—He dicho que ya te he perdonado. Aunque ya me dirás tú cómo lo haremos el día que me lleves a tu casa y esté el tonto de tu hermano.

A las dos les entra la risa y después sellan la paz con varios besos que se van intensificando poco a poco.

—¿Has comido? —pregunta Carmen.

Paula niega con la cara entre sus manos.

—Pues vente a mi casa, yo te invito y después tú me compensas por joder la cita de la otra tarde. ¿Te parece?

La dependienta asiente. Si no hubieran discutido, esta tarde tenían planeado ir al Melis a sentarse en una mesa y tomar algo mientras cotilleaban cómo les iba a sus amigas en la ronda de citas, pero este plan le parece infinitamente mejor.

—Me parece —corrobora con un beso.

Capítulo 20

Falta media hora para que empiece la ronda de citas y todas menos Paula, que ya les ha dicho que no cuenten con ella, están en el Melis. Amelia detrás de la barra, Isi, Teresa y Toñi frente a ella situadas al otro lado. Están calladas, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Amelia se limita a observar que todas las mesas están como le gusta y las sillas perfectamente alineadas una frente a otra. Teresa, desde que se acostó con Marta, se pregunta si será capaz de conquistar a alguna joven de su edad o lo de Marta será un caso aislado. Isi tiene la mirada clavada en su vaso de zumo de melocotón y trata de recordar qué hora era cuando se tropezó con aquella moto y se encontró con la pareja de agentes, tal vez si pasa a la misma hora por allí, vuelva a encontrarse con Maite.

La que está más nerviosa y trata de disimularlo es Toñi, ella es la única de todas las que están allí que se ha citado con alguien. Alejandra le dijo que iría y, a pesar de que no tienen nada en común, está deseando que la granjera cruce la puerta para sentarse en la mesa del rincón y escuchar sus historias sobre cerdos, vacas y caballos.

—Señor… —dice en voz alta y todas se giran hacia ella.

—¿Qué dices? —pregunta Isi.

—Nada.

—Déjala, está nerviosa porque ha quedado con su amada granjera —se burla Teresa.

—Al menos no quedo con niñas —contrataca Toñi.

—No he quedado con ella, y me da igual si vuelve a presentarse aquí, he dicho que es un tema cerrado y me mantengo por muy buena que esté. Además, están entrando mujeres muy interesantes —dice y mira hacia la puerta.

Por ella acaba de entrar Verónica, que les hace un gesto con la cabeza a modo de saludo y se queda en el rincón consultando su móvil. A Amelia el estómago se le gira al verla y contiene la respiración un instante.

—¿No vas a ver qué quiere tomar? —pregunta Toñi socarrona.

Vanesa ya se ha adelantado y Amelia se limita a mirar cómo sus labios se mueven cuando habla. Le fascina cada movimiento de esa mujer.

—Deberías participar en el juego —opina Isi—, tienes a la niña aquí que puede hacerse cargo de la barra, no tienes excusa.

—Cierto —aplaude la idea Teresa.

Toñi no dice nada, la puerta se ha abierto y de nuevo un extraño cosquilleo de inquietud la invade ante la incertidumbre de que pueda ser Alejandra, pero la decepción vuelve a apoderarse de su interior, la granjera no ha llegado y las rondas están a punto de comenzar. Por un momento se le pasa por la cabeza la idea de llamarla, ella tiene su número, pero Toñi Pizarro tiene su orgullo, y no va a rebajarse a llamar a una mujer a la que conoce de una sola noche.

—No voy a participar —dice Amelia—, va a parecer que organizo todo esto solo para ligar, ni hablar. Además, no lo hice la semana pasada y no lo voy a hacer ahora.

La dueña del Melis está nerviosa. Quedan tres minutos y Vanesa acaba de entregarle la hoja con todos los nombres de las participantes distribuidos por mesas. Sus ojos vuelan hasta el de Verónica y siente un pellizco de ansiedad en el pecho.

—Eres tonta de remate —dice Toñi de malas formas.

Está enfadada porque Alejandra la ha dejado plantada y su mal humor ha salido a flote para golpear contra la víctima más fácil, que en este caso es Amelia.

—Si esa mujer no está con alguien ya es porque no quiere, Amelia. Aquí cualquiera estará dispuesta a hacerle un favorcito o los que sean necesarios.

—Es un pibón —añade Isi secundando las palabras de Toñi.

—Un pibón que el otro día te dijo que estaba aquí porque esperaba ver a alguien, ¿no? —dice Amelia dirigiéndose a Teresa—. Ese alguien podría haber venido hoy, no voy a sentarme ahí para entretenerla.

—También te dijo que abrieses el bar todos los días, que vendría a verte —dice Isi.

—Que vendría a tomar café porque trabaja cerca, no líes las cosas ni trates de hacerme el lío a mí. He dicho que no participo, y ahora id a las mesas que vamos a empezar.

Toñi nota como la congoja le sube por el esófago intentando estrangularla. Ella no se ha apuntado porque contaba con quedarse con Alejandra, y ahora ya no puede hacerlo porque todos los puestos están ocupados.

—Tienes su número, ¿por qué no la llamas? —sugiere Isi—. Tal vez está en un atasco y solo llega tarde.

—No pienso llamarla —zanja Toñi malhumorada.

Teresa la mira con una mueca de tristeza, consciente de lo sensible que es Toñi y de lo poco conveniente que es que reciba un plantón cuando por fin se ha decidido a quedar con alguien con lo mucho que le cuesta.

—Si quieres nos turnamos en las rondas, una tú y otra yo —le ofrece a su amiga.

—No, yo me voy a casa, no estoy de humor para hablar con nadie —rechaza la oferta Toñi, aunque agradece el detalle.

—No te lo tomes así, cariño —le dice Amelia—, quédate, anda, nos ponemos tú y yo en el rincón y las criticamos a todas.

—Tentador, pero de verdad que prefiero marcharme, ya nos veremos, ¿vale?

La farmacéutica da dos besos a cada una de sus amigas y sale por la puerta hundiendo las manos en los bolsillos. Ha ido caminando y agradece haberlo hecho porque el paseo hasta su casa le vendrá bien para despejar la mente. Ha sido una ilusa al pensar que Alejandra vendría, si ya se lo dijo, se entiende mejor con los animales que con las personas y, aunque Toñi a veces parece un poco asalvajada, es evidente que está en el segundo grupo.

Para Isi y Teresa las rondas de esta semana van sucediendo sin mayor interés. Ninguna de las mujeres con las que se sientan despiertan nada en ellas, aunque tampoco se aburren ni se encuentran con ninguna de la que quieran salir huyendo.

—Y aquí la mujer más guapa del local —dice Teresa sentándose frente a Verónica, que le devuelve media sonrisa enigmática mientras da vueltas a un cacahuete entre los dedos.

—Me da a mí que tú eres la más ligona —responde a su vez Verónica sin terminar de levantar la vista.

Está sentada de frente a la barra y Amelia, que en ese momento no tiene nada que hacer porque todas las mujeres están servidas, está sentada fuera de la barra con la camarera que la ayuda. Las dos charlan entre ellas y la dueña del Melis escucha con mucho interés lo que sea que le cuenta su empleada, que parece serio. A Verónica le cuesta apartar la mirada de la mujer, pero tampoco quiere parecer descarada y se esfuerza por centrar su atención en Teresa.

—¿Yo? Qué va, en todo caso, la más vieja.

Verónica sonríe y rompe el cacahuete para después tirarlo al plato vacío sin comérselo. Teresa observa como coge otro y vuelve a jugar con él entre los dedos.

—¿Ha aparecido ya esa mujer a la que esperas? —pregunta Teresa con un cierto deje de ironía que no pasa desapercibido a la abogada, que le clava la mirada y niega lentamente con la cabeza.

—Parece que no le interesa conocerme.

Las cejas de Teresa se arquean y esboza una sonrisa maliciosa.

—Vamos a ver, bonita —dice inclinándose hacia ella.

A Verónica no le impresiona la desfachatez de Teresa, pero sí que le divierte y la mujer comienza a caerle cada vez mejor.

—Tú no eres ciega y me imagino que cada mañana antes de salir de tu casa te miras en el espejo, ¿a qué sí?

Verónica se ríe ante su sarcasmo y le sigue el juego afirmando.

—Bien, pues si haces eso sabrás que es muy difícil que haya alguna mujer que no quiera conocerte. Otra cosa es que después lo haga y le parezcas una gilipollas, que puede pasar, pero así, de entrada, te aseguro que por físico, todas quieren. Lo cual me lleva a pensar que, o bien me estás tomando el pelo y solo vienes aquí a pasar el rato por algún motivo que yo no logro explicarme, o la persona que tú esperas no está sentada en las mesas pero sí que está dentro del bar.

La abogada le clava una mirada que lo dice todo y a la vez no dice nada. Teresa espera una respuesta, está segura de que ha acertado, pero Verónica es implacable y como buena abogada, no acostumbra a mostrar sus cartas sin saber si tiene opciones de ganar la partida, así que no contesta y cambia el tema.

—¿Y tu amiga? ¿Hoy no viene?

—¿Mi amiga? —se hace la tonta Teresa.

—Sí, la camarera que quería meterse entre tus piernas —Verónica no se corta y a Teresa le entra la risa floja—. Imagino que ahí es donde acabó cuando os metisteis en el almacén.

—Imaginas bien, aunque eso ya pasó a la historia y sigo disponible —Teresa arquea las cejas y hace un movimiento coqueto con los hombros.

—Lo siento, ya sabes, yo sigo esperando a otra persona.

—¿Y no me vas a decir a quién? Tal vez pueda echarte un cable.

Esta vez, aunque tampoco dice nada, su gesto la delata, porque Amelia acaba de moverse para volver a la barra a atender a una persona y los ojos de Verónica han ido tras ella con intriga. Ha sido solo un instante de debilidad, pero suficiente para que Teresa confirme sus sospechas y sonría feliz. El timbre que indica que deben cambiar de mesa suena con fuerza y las dos se levantan.

—Ha sido un placer volver a verte, Teresa —dice Verónica tendiéndole la mano como hace con varias personas a lo largo del día debido a su trabajo.

Teresa se la coge y da un leve tirón para acercar a la abogada hasta que apenas las separan un par de palmos de distancia.

—¿Me dejas que te dé un consejo, Verónica?

La abogada la mira un poco tensa, no le gustan las situaciones que no se espera y no puede controlar porque la ponen nerviosa.

—Dime.

—Amelia es una mujer que le echa narices a todo, pero si esperas que sea ella la que venga y se siente frente a ti, te vas a pudrir en estas sillas y a perder un tiempo muy valioso. Si te interesa, más vale que muevas ese culo tan bonito que tienes y vayas a decírselo.

—No sé de qué hablas —Verónica titubea por primera vez, nerviosa.

—Claro que lo sabes, nena, tú eres cualquier cosa menos tonta.

Teresa la deja ahí y se marcha a la siguiente mesa. Verónica se queda inmóvil, pensativa. Es cierto, ella es muchas cosas y de tonta no tiene un pelo, pero dar el primer paso es algo que le cuesta, aunque una vez se lanza, ya no tiene freno.

—Ay, leches —dice Isi cuando está a punto de sentarse.

Está de frente a la cristalera que da a la calle y acaba de ver pasar a una mujer a la que le parece reconocer como a Maite, la Policía Local que le llamó la atención el otro día. Maite también se detiene tras un par de pasos y vuelve hacia atrás tratando de corroborar si se trata de Isidora. Se pone la mano en la frente a modo de visera y arruga el entrecejo mientras mira hacia el interior del local.

El corazón de Isi se detiene para después comenzar a bombear de forma frenética. Maite la está mirando fijamente a través del cristal y su mano se levanta lentamente como si saludarla fuera un mecanismo automático que no obedece a una señal voluntaria, porque la mira absorta.

Isi devuelve el saludo y Maite, desconcertada por habérsela encontrado y porque no esperaba que su presencia le provocase ese hormigueo extraño en el centro del pecho, alza la mirada hacia el cartel del local como si tratase de corroborar algo que sospecha. La limpiadora la mira pasmada y observa angustiada como la policía retoma su paso después de seguramente darse cuenta de que se trata de un local de ambiente. En el fondo, Isi deseaba que entrase a saludarla y ya estaba planeando alguna excusa para salir de la ronda de citas, pero no hace falta, porque Maite se ha marchado con una expresión extraña e Isi tiene la sospecha de que ya no van a volver a verse.

Cuando las rondas terminan, las dos amigas se despiden de Amelia. Isi porque se ha quedado con mal cuerpo después del extraño encuentro con Maite a través del cristal, Teresa porque Verónica todavía está en el local y con un poco de suerte, lo que le ha dicho la empujará a dar un paso hacia su amiga.

—Nos vemos, Amelia, ahí tienes a la abogada, yo que tú no la dejaba salir sin conseguir al menos su tarjeta.

Amelia no entiende el motivo del comentario de Teresa, pero tampoco le da más importancia porque la mente de su amiga a veces le resulta indescifrable.

—¿Te pongo algo más? —le pregunta Amelia a Verónica cuando esta se acerca a la barra.

Verónica duda y tamborilea con los dedos sobre la barra. El repiqueteo de sus uñas, cortas y cuidadas, hace que Amelia se fije en sus manos antes de volver a mirarla a los ojos. La abogada tiene una expresión extraña, parece nerviosa y algo insegura, pero Amelia no es capaz de preguntarle si le pasa algo, porque en su interior está

botando de alegría porque de nuevo vaya a salir de allí sin compañía.

—Creo que no —dice Verónica.

Esta vez mira a la dueña del Melis de arriba abajo con un descaro que deja paralizada a Amelia a pesar de estar acostumbrada a lidiar con ese tipo de miradas. Siempre sabe cómo actuar ante situaciones así, normalmente las ignora por completo o las corta con alguna frase contundente si la cosa ya la está incomodando, el problema ahora es que Verónica le gusta y eso es nuevo, por lo que no sabe cómo actuar.

—En fin, qué vaya bien —dice Verónica y se da la vuelta.

—Espera —la detiene Amelia nerviosa.

Verónica se gira, el corazón le da un vuelco y las cosquillas en el pecho la hacen contener el aire.

—¿Vas a volver? —pregunta Amelia con la mirada fija en sus ojos de pestañas largas.

—No lo sé. ¿Quieres que vuelva?

—Sí —confirma la dueña del Melis con rapidez.

La abogada se mantiene en silencio unos segundos que a Amelia se le antojan agónicos. Después se recoloca el bolso sobre el hombro y gira medio cuerpo dispuesta a marcharse.

—Pues la próxima vez que cruce esta puerta espero que te esfuerces un poco en demostrarme que eso es cierto.

Verónica se marcha y Amelia se queda clavada en el sitio, estupefacta.

—Vaya, jefa, si llega a tener un dardo te lo clava en la frente —se ríe Vanesa a su lado.

Capítulo 21

Como todos los viernes, esta tarde las cinco amigas han quedado para reunirse en casa de una de ellas, en este caso toca en la de Toñi, que como siempre, ya lo tiene todo listo antes de que lleguen. Isi y Paula hacen acto de presencia al mismo tiempo y las tres se ponen al día mientras esperan a Amelia y a Teresa, que se han encontrado abajo en el portal y todavía no han subido porque la dueña del Melis ha retenido a Teresa.

—Ayer estuve hablando con Vanesa sobre Marta —le dice en tono confidencial.

—¿Sobre qué? —pregunta Teresa algo preocupada—. No me digas que la niña se ha encaprichado de verdad.

—No, qué va, no es eso, tranquila —responde Amelia haciendo que Teresa resople con alivio evidente.

—¿Entonces?

—Me contó que ha dejado al novio.

Las cejas de la futura cincuentona se arquean con sorpresa.

—Sí, esa cara puse yo —dice la dueña del Melis.

—¿Por qué lo ha dejado?

—Bueno, parece que algo harías bien, porque dice que ahora solo quiere follar con mujeres.

Teresa se infla como un pavo y saca pecho, orgullosa.

—Eso no es malo, mujer.

—No, no es malo, solo te lo cuento porque a lo mejor la ves por ahí liada con otra y no sé, no quiero que te sientas incómoda.

—Ya te he dicho que a mí Marta no me interesa, Amelia. No solo es demasiado joven, también es caprichosa, y tú y yo sabemos lo malo que es eso. Anda, subamos antes de que Toñi se asome a la ventana y nos bañe con un cubo de agua helada.

—O de agua manchada con aceite —añade Amelia.

Las dos suben riendo, imaginando a su amiga en esas circunstancias, básicamente, porque la creen muy capaz de hacerlo.

Anabel Martos está sentada frente a su hija Marta en la mesa del salón de su casa, estupefacta. Lleva varios días notando a su hija rara, no le contesta la mayoría de las llamadas y, cuando lo hace, le habla con monosílabos y prisas por colgarle. Anabel presentía que algo no iba bien, pero tampoco quería presionarla porque su hija se parece demasiado a ella misma y sabe que cuanto más le increpan, más se

cierra.

Pero su sospecha se ha confirmado esta mañana cuando María, la madre de su yerno —o exyerno porque Marta lo ha dejado— la ha llamado compungida para darle la noticia. Anabel no solo se ha quedado clavada en el sitio por la revelación, también ha sentido una punzada de rabia al enterarse así, por boca de esa arpía que ahora irá poniendo a su hija de vuelta y media por todo el barrio.

—¿Pero qué ha pasado? —ha preguntado Anabel tratando de entender la situación.

—Eso quiero saber yo, porque a mi pobre Manuel solo le ha dicho que no podía seguir con él. ¿Tú te crees? Cuatro años juntos y lo deja así de esta manera, que la hemos querido como si fuera nuestra hija, Anabel…

A partir de ahí Anabel se ha desconectado y la ha escuchado hasta que por fin ha podido colgar sin sonar muy brusca, después ha llamado a Marta, y como ella no le ha cogido el teléfono, ha llamado a Vanesa.

—Siento molestarte, cariño, pero es que necesito hablar con ella.

Vanesa se la ha pasado y después de que su madre le dijera que tenía que hablar con ella urgentemente —utilizando un tono amenazante que Marta sabe que debe obedecer— se ha presentado en su casa después de comer para hablar con su madre.

—¿Es verdad que has dejado a Manu? —ha preguntado Anabel en cuanto las dos estaban frente a frente, en un silencio tenso y muy incómodo.

—Sí.

—¿Y cuándo me lo pensabas decir? Me he tenido que enterar por la bruja de su madre.

Anabel nunca ha ocultado la animadversión que siente por la madre de Manuel, la considera falsa, superficial y traicionera. Siempre ha sabido que mientras su hija y Manuel estuvieran bien, todo iría perfecto, pero que en el momento que se dejasen, independientemente del motivo, su hija pasaría a ser la comidilla del barrio, empezando por el supermercado en el que trabaja María.

—Lo siento, mamá, es que no sabía cómo decírtelo —se excusa Marta cabizbaja.

—¿Qué no sabías? —Anabel la ha mirado incrédula.

Se ha frotado los ojos y apartado el pelo de la cara mientras se armaba de paciencia.

—Está bien, ¿me cuentas qué ha pasado? ¿Por qué has roto con él? —ha preguntado en tono comprensivo.

—Lo engañé con una mujer.

La declaración de Marta ha caído sobre su madre como una losa que la ha dejado hundida en la silla. Y ahí está ahora, pasmada,

tratando de digerir la noticia.

—Pero hija, ¿qué dices?

—Lo siento, mamá.

Anabel conoce lo suficiente a su hija para saber que no lo siente en absoluto.

—¿Estás con una mujer entonces? —trata de comprender su madre, nerviosa.

—No —Marta sacude la cabeza y se le escapa una sonrisilla traviesa que alarma a Anabel.

—¿No? ¿Y entonces?

—Pues que quiero probar, mamá.

—Probar, ¿qué, Marta?

El corazón de Anabel se está desbocando poco a poco y su cuerpo está entrando en un estado de ansiedad un tanto agobiante.

—Me gustó acostarme con esa mujer, disfruté como una loca y quiero acostarme con todas las que pueda.

Anabel abre la boca y vuelve a cerrarla incapaz de decir nada. Debería estar gritándole a su hija, diciéndole que se ha vuelto loca y que haga el favor de no dejar escapar a un buen chico por un calentón o la curiosidad y el morbo de estar con una mujer, pero ella sabe perfectamente lo que se siente cuando se despierta ese cosquilleo que te desboca por dentro cuando una mujer toca la tecla apropiada. Es imparable e insaciable, y una vez activo, no hay forma de volver atrás.

Mientras escucha a su hija relatarle su tonteo con esa mujer, tiene la sensación de que su historia se repite a través de Marta. Ella estaba prometida cuando conoció a la mujer que trastocó todo su mundo. Se vieron a escondidas durante meses y vivieron un romance apasionado y muy intenso que tenía a Anabel flotando entre algodones. Pero eran otros tiempos, y cuando las descubrieron, su padre la obligó a casarse y se marcharon a vivir a otra ciudad. Anabel se sintió muy infeliz durante todo su matrimonio, donde lo único que le dio alegrías fue el nacimiento de su única hija, Marta. Se volcó en ella y vivió resignada hasta que hace cinco años; su marido falleció.

Fue un año después cuando madre e hija regresaron a la ciudad natal de Anabel y desde entonces, ella no ha estado con nadie.

—No puedes ir por ahí acostándote con todas las mujeres que puedas, Marta, ¿te has vuelto loca? Yo no me meto en tu vida nunca, hija, pero una cosa es que quieras probar y otra que te pongas en boca de todo el mundo. Ya sabes cómo es María, sin hacer nada ya te va a poner de vuelta y media, solo falta que encima vayas tú y le des motivos.

—A mí María me da igual —protesta su hija divertida.

—Pero a mí no, y a Manuel le debes un respeto, coño. Ese chico se ha portado bien contigo. Si te quieres acostar con mujeres me parece

perfecto, pero al menos sé discreta.

—Yo quiero ser como ella. La tendrías que ver, mamá, le da igual todo, hace lo que quiere y no se corta, le importa una mierda lo que digan, tú no sabes lo bien que se lo pasan ella y sus amigas.

—Pero vamos a ver, ¿dónde has conocido tú a esa chica, Marta?

—¿Chica? Es una mujer hecha y derecha, de las que tienen experiencia, y la he conocido en el Melis, el bar donde trabajo.

Anabel frunce el ceño con gesto irritado. Una cosa es que su hija se acueste con chicas de su edad y otra que lo haya hecho con una más madura. Ahora entiende lo que ha pasado, su hija es muy mona y esa arpía la ha seducido, una vez la ha tenido ha pasado a la siguiente presa, y ahora Marta se ha quedado ahí, con esa necesidad desesperante de buscar en otras lo que ella le ha dado.

—Zorra —masculla para ella cuando su hija entra en el baño.

Anabel siempre ha sabido que su hija trabaja en un bar de ambiente, pero tal vez ha llegado el momento de pasarse por allí y hacer una visita aunque la idea le dé pánico. Piensa encontrar a esa madurita y ponerla en su sitio.

Capítulo 22

Por la noche todas llevan ya un buen rato en el Melis, todas menos Paula, que sigue reconciliándose con Carmen como si no hubiera un mañana. Isi y Teresa han dejado sus copas en la barra al cuidado de Toñi y están dándolo todo en la pista. Ella, a pesar de lo mucho que le gusta bailar, no ha querido moverse ni un centímetro, no se siente con ánimo y que le afecte tanto el plantón de la granjera la tiene desconcertada y de muy mal humor.

—Toma, para ti y para mí —Amelia aparece frente a ella y deja dos chupitos.

Toñi mira los vasitos y después a su amiga, que le guiña un ojo y le hace un movimiento de cabeza animándola a coger el suyo. En cualquier otra ocasión, Toñi preguntaría lo que lleva por si debe rechazarlo con poca amabilidad o ninguna, pero en esta decide hacer la vista gorda y coge el vaso y lo golpea contra el de la dueña del bar. No brindan por nada en concreto, solo se miran con cariño y se beben el líquido de un solo trago.

—¡Joder! —brama Toñi con la garganta ardiendo—. ¿Qué has echado aquí? ¿Gasolina?

—No seas exagerada, solo es un poco de tequila, he pensado que te vendría bien algo que te hiciera reaccionar.

—¿Reaccionar yo? —Toñi carraspea y se da aire con la mano, sofocada—. Estoy bien, ahora acalorada por tu culpa —gruñe como es habitual en ella.

—Mejor eso que amargada. Venga, Toñi, cambia esa cara y vete a bailar con esas dos antes de que Teresa se rompa la cadera.

Toñi se gira y, a pesar de su mal humor, no consigue aguantarse la risa cuando ve a Teresa tratando de seguir la coreografía de un grupo de mujeres que están de despedida de soltera. Isi está a su lado, aplaudiendo y animándola mientras se ríe sin parar.

—Qué hija de perra que es la Isidora —dice Toñi ante la risa imparable de Amelia a su espalda.

—Lo que te digo, sin ti se descontrolan, te necesitan para reestablecer el equilibrio.

Toñi se vuelve hacia ella.

—Buen intento, pero no tengo ganas, prefiero estar aquí un rato más.

—Está bien —Amelia le sonríe y mira hacia ambos lados de la barra.

Hay bastante gente, pero Marta y Vanesa parecen tenerlo todo bastante controlado, así que decide que se puede quedar un rato con su amiga.

—Ya sé que tu orgullo no te lo permite, Toñi, pero creo que deberías llamarla, tal vez hubiera una justificación para que no viniera, y ella no tenía tu número para avisarte.

—Si una queda, se presenta, Amelia, hay que tener palabra, aunque después me mande a hacer puñetas.

—Eres demasiado radical.

—No soy nada, además, yo sé lo que pasó —Toñi traga saliva, compungida.

—¿Ah, sí? —Amelia arquea una ceja y suspira—, venga, sorpréndeme con tu teoría.

—Es fácil, se arrepintió. Al día siguiente, en su granja, mientras estaba con las vacas pensaría en el rato que pasó conmigo y se dio cuenta de que mi cara bonita no compensaba mi carácter de mierda.

Amelia, impactada por el dolor que desprenden las palabras de su amiga, abre la boca para contestarle, pero la cierra de golpe y cambia su expresión sombría por una sonrisa que desconcierta a Toñi.

—Se supone que debes animarme, no reírte de mí —protesta ofendida la farmacéutica.

—Y eso voy a hacer, gruñona. Date la vuelta.

—¿Qué?

—Que te gires, Toñi, hazme caso —insiste Amelia.

Toñi no comprende el motivo de esa sonrisa tonta y satisfecha de su amiga, pero obedece y se gira. En cuanto lo hace, sus ojos se encuentran con los de Alejandra, situada a un metro de ella mientras la mira con las mejillas coloradas como un tomate y la boca medio abierta con gesto vergonzoso. Toñi es incapaz de reaccionar ni decir nada. Su corazón late muy deprisa y empieza a faltarle el aire.

—Hola, Toñi —saluda Alejandra.

Con el ruido de la música y la distancia que hay entre ellas, la farmacéutica no la ha escuchado, pero le ha resultado muy fácil leerle los labios. Toñi hace un gesto seco con la cabeza a modo de saludo y Alejandra se acerca como si temiera que fuese a morderla.

—Hola, Amelia —saluda a la dueña del Melis.

—Buenas noches, bonita.

Amelia le sirve una cerveza y pone otra para Toñi antes de marcharse y dejarlas a solas.

—¿Me puedo sentar? —pregunta Alejandra señalando uno de los taburetes vacíos que han dejado Isi y Teresa.

Toñi encoge los hombros fingiendo indiferencia.

—¿No me vas a hablar?

—Habíamos quedado ayer, no hoy —Toñi ni siquiera la mira al

decirlo, no solo porque está enfadada, es que la presencia de Alejandra le ha despertado una especie de sentimientos extraños que no sabe identificar y está nerviosa.

—Lo sé, pero tuve una urgencia y no tenía manera de avisarte.

A Alejandra le están temblando las manos y siente un sudor frío recorriéndole la espalda, ella no se siente cómoda en sitios como ese y que Toñi se lo ponga tan difícil, no la está ayudando.

—Por favor, mírame —pide agobiada.

Toñi le nota el tono angustioso y alza la mirada y se la clava como si fueran dos cuchillos afilados. Alejandra no sabe qué es peor, si sentirse ignorada o que la mire así. Da un trago a su cerveza y Toñi se da cuenta de que la sujeta con tanta firmeza que tiene los nudillos blancos.

—¿Temes que se te caiga como la semana pasada?

Alejandra mira el botellín, y el recuerdo de aquel momento la acalora y la hace mirar en todas direcciones cada vez más incómoda. Amelia las observa desde la otra punta de la barra, conteniéndose para no ir a darle un bofetón a Toñi para que espabile, aunque después piensa en que si lo hace, sería bastante hipócrita, porque ella no deja de actuar de un modo parecido con Verónica. Al pensar en ella vuelve a barrer con la mirada todo el local, de nuevo sin localizarla.

—Una oveja se puso de parto en el último momento y tuve que quedarme —explica Alejandra mirando a Toñi con ese aire vergonzoso del que todavía no ha logrado deshacerse.

La farmacéutica la mira estupefacta.

—¿Hablas en serio? —dice tras unos segundos.

Alejandra asiente levemente y aprieta los labios con una mueca de disculpa. Toñi la mira pasmada, le ofende que la cambiase por una oveja y al mismo tiempo le parece adorable por ello.

—¿Cómo voy a explicarles a mis amigas que me diste plantón por una oveja?

La pregunta de Toñi deja descolocada a Alejandra, que parpadea varias veces mientras traga saliva y se aparta muy incómoda cuando una pareja que se besa apasionadamente, la empuja sin querer.

—Ven —Toñi la agarra de la mano y tira de ella con suavidad.

Alejandra, con cierta turbación porque está muy nerviosa y el carácter hosco y desconcertante de la farmacéutica no le permite relajarse, se levanta y se deja arrastrar por ella hasta situarse prácticamente entre sus piernas.

—Marta, ponnos un chupito de ese tequila horroroso que tu jefa tiene por ahí, anda —pide Toñi aprovechando que tiene cerca a la camarera.

Las dos se quedan en silencio mientras observan a la joven servirlas. Están tensas por la cercanía, y al mismo tiempo se sienten

cómodas.

—Por la oveja —dice Toñi con sorna.

Alejandra esboza media sonrisa y golpea su vaso antes de beberse el líquido de un trago. Las dos hacen una mueca de asco y cierran los ojos con fuerza mientras notan el escozor en el esófago.

—De verdad que lo siento, Toñi, no he dormido en toda la noche del disgusto.

La farmacéutica la mira a los ojos, la cree, hay algo en la expresión de Alejandra que derrocha sinceridad a borbotones.

—¿Y tus amigas? —Toñi lleva rato buscándolas con la mirada y no las ha localizado.

—He venido sola, en taxi. Ellas no podían.

Los ojos de la farmacéutica se abren como platos.

—¿Tú sola?

Alejandra asiente y de nuevo mira hacia un lado y a otro sorprendida de sí misma. Jamás ha hecho nada parecido y Toñi de repente siente que su enfado ha desaparecido por completo. Le pone una mano en la cintura y la acerca un poco más a ella en un gesto claramente protector cuando un par de chicas se apoderan de los taburetes vacíos y se sientan invadiendo el espacio de Alejandra.

La granjera mira a Toñi, ahora ya está entre sus piernas y las ganas de besarla empiezan a quemarle la boca. Bebe un poco de su cerveza como si la necesitase como un último empujón y cuando deja la botella, vuelve a mirar a Toñi unos segundos y después acerca sus labios a los de la farmacéutica con tanto respeto, que el beso se convierte en algo torpe y seco.

Las dos se miran, Alejandra avergonzada y Toñi tratando de entender lo que acaba de pasar. Todavía siente el cosquilleo en los labios a pesar de que el roce ha sido muy leve.

—Si haces las cosas, las haces bien —dice ceñuda.

Alejandra la mira titubeante pensando que la ha molestado, pero entonces Toñi le sujeta la cara con las manos y le da un beso mucho más agradable por el que las dos se dejan llevar hasta dar paso a sus lenguas y sentir que se han quedado solas en el bar.

Cuando se separan, a Toñi le falta el aire y le cuesta pensar con claridad. Alejandra está de pie, turbada, agarrada a la cintura de Toñi con firmeza mientras intenta controlar las emociones desbordadas de su cuerpo. No puede, hay algo en ella que la tiene enferma y muy necesitada, y con un beso no le basta, no esa noche.

—Toñi…

—Dime —la farmacéutica estaba a punto de besarla, pero se contiene y la mira muy atenta.

Alejandra carraspea, entre nerviosa y avergonzada.

—¿Qué pasa, Alejandra? —se desespera la farmacéutica.

—Estoy muy cachonda.

Su declaración no solo deja a Toñi perpleja, también le hace arder la entrepierna con una necesidad que ya no recordaba. Si estuvieran solas, cogería la mano de Alejandra y le pediría que la tocase con urgencia, pero están ahí, en medio de una sala con más de cincuenta mujeres.

—¿Te espera alguien en casa?

A pesar de la oscuridad, Alejandra puede ver las pupilas dilatadas de Toñi. Niega rotunda.

—Perfecto, hoy duermes en la mía. Vámonos —decide la farmacéutica.

Toñi la coge de la mano y no pierde el tiempo, solo se acerca a Amelia, a la que da dos besos y le dice que la despida de las demás. Su amiga le sonríe, da dos besos también a Alejandra y les dice que lo pasen bien.

Amelia apoya las dos manos en la barra para ver salir a Toñi con Alejandra, su amiga abre la puerta, pero antes de salir, se hace a un lado y cede el paso a Verónica, dejando paralizada a la dueña del Melis.

Capítulo 23

Isi y Teresa regresan a la barra justo en el momento en el que Verónica está entrando. La abogada ha clavado su mirada en la dueña del Melis, no esperaba encontrarse con una de sus amigas en la puerta y tampoco que ella la viera tan deprisa. El corazón le late desbocado y se debate entre acercarse o pasar de ella para ver qué hace, pero la llegada de Teresa y su otra amiga de la que no recuerda el nombre, le facilitan la decisión. Verónica saluda a Amelia con un gesto de cabeza y se dirige hacia la otra punta de la barra para que la atienda una de las chicas.

Amelia aprieta la mandíbula sintiendo una mezcla de decepción y celos que contiene para que sus amigas no pregunten.

—¿Dónde está Toñi? —pregunta Isi oteando a su alrededor con gesto enfurruñado—. Dime que esa cascarrabias no ha vuelto a marcharse.

—Lo ha hecho, pero acompañada —dice Amelia con aire distraído mientras les sirve una copa.

Lo está haciendo a propósito, hacerse la misteriosa para que las dos rabien de intriga hasta descomponerse.

—¿Acompañada? ¿Con quién se ha ido? —pregunta Teresa cogiéndole una mano para que se detenga.

Amelia la mira divertida y al mismo tiempo agitada. Desde que ha entrado Verónica, le cuesta concentrarse. Vanesa ya le ha servido su cerveza y la abogada acaba de desaparecer de su vista sin que pueda localizarla.

—Con Alejandra —dice clavando la mirada en la pista.

—¿Con quién? —pregunta Isi, que apenas la ha escuchado.

—La granjera —aclara Amelia.

—¿Ha venido? —se sorprende Teresa sin ocultar su alegría.

—Sí.

Teresa le da un sopapo en la nuca a Amelia, que la mira confundida sin saber por qué le pega.

—¿Quieres centrarte en nosotras? ¿A quién buscas?

—A nadie —dice acalorada, después les explica que mientras ellas lo daban todo en la pista, Alejandra ha aparecido y ella y Toñi se han marchado.

—¿A la granja? —pregunta Isi con malicia.

—Eso no lo sé —Amelia tampoco se aguanta la risa.

—No veo yo a Toñi entre medio de las cabras, esa se la ha llevado

a su casa —dice Teresa.

Los ojos de Amelia localizan por fin a Verónica en un lateral de la pista, bailando absorta y rodeada por una manada de lobas hambrientas que la miran como carnaza.

—Ahora vengo —dice Amelia abandonando a sus amigas.

—Joder, ¿qué pasa hoy? —pregunta Isi siguiéndola con la mirada.

Teresa aprieta los labios y su expresión se vuelve alerta, sus ojos se mueven rápidos por toda la sala porque necesita comprender el comportamiento de su amiga cuanto antes.

—Ah, ya veo lo que pasa —se ríe la mayor del grupo sintiendo alivio tras resolver el misterio y señalar a Verónica—, ha venido la abogada buenorra y la jefa está celosa.

Ajena a los comentarios de sus amigas, Amelia se hace un hueco entre tanta depredadora y logra colocarse justo delante de Verónica, que la mira sorprendida y le sonríe sin detener el ritmo de su cuerpo.

—¿Vienes a bailar? —pregunta la abogada al ver que Amelia no abre la boca, el modo de moverse de la abogada, le parece demasiado sensual y seductor y la tiene hipnotizada.

—No —dice tras una pausa.

—Entonces vete —suelta Verónica cortante.

Amelia, que no se esperaba semejante reacción, mira a todas esas mujeres que rondan a la que a ella le gusta y se hace a un lado con gesto agobiado. No entiende por qué le cuesta tanto decirle lo que siente, pero sabe que si no mueve ficha, acabará perdiendo las pocas opciones que le queden.

—No puedo quedarme aquí, pero te invito a una copa —le dice poniéndose de puntillas para hablarle al oído.

Ahora que están una al lado de la otra, puede comprobar lo que ya había deducido desde el otro lado de la barra, que Verónica es más alta que ella. La abogada siente un cosquilleo suave y agradable cuando la punta de la nariz de Amelia le roza la oreja, su cuerpo se estremece, pero se mantiene firme y la mira de reojo.

—Iré cuando me canse de bailar.

Amelia asiente aturdida y se marcha hacia la barra notando que los oídos le zumban. Verónica no quiere ser tan borde, pero después de lo que le dijo Teresa sobre Amelia, necesita hacer lo posible para que reaccione.

—Vaya noche más rara —dice Isi moviendo los pies con una mueca de dolor.

Tanto bailoteo se los ha dejado molidos y solo tiene ganas de quitarse los botines y tumbarse en su cama.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Teresa.

—En realidad, no es rara, es solo qué, todas os encontráis con las mujeres que os gustan menos yo. Esto ya empieza a ser preocupante,

en cuestión de pocas semanas, tengo la sensación de que el grupo se está yendo al garete.

—¿De qué hablas, Isi? —se alarma su amiga.

—Es verdad. Paula no ha venido porque está con Carmen y Toñi se ha marchado con Alejandra. A Amelia no le funciona el cerebro cuando viene la abogada y tú, bueno, tú todavía estás libre, pero seguro que por poco tiempo. Hemos pasado de estar todas solteras a que la mayoría se haya enamorado.

—Vamos a ver, Isi, esto tarde o temprano tenía que pasar, que haya pasado tan seguido solo es casualidad, pero eso no cambia nada, seguimos siendo las cuarentonas desbocadas y que algunas tengan pareja, no significa que nuestra amistad vaya a romperse. A mí no se me ocurre ningún motivo por el que los viernes no podamos seguir quedando para tomar el café o venir aquí a mover el esqueleto y desconectar.

—Ya, no me hagas caso, es que pienso en Toñi y veo a Amelia y me he puesto nostálgica.

En realidad, lo que le pasa es que siente mucha envidia porque le encantaría que Maite cruzase esa puerta para charlar con ella. Pero sabe que eso no pasará nunca, no después de la mirada desconcertada que le echó a través de la cristalera el jueves durante la ronda de citas. Isi no se puede imaginar lo que Maite pensó de ella al verla ahí, aunque por su expresión, está segura de que no fue nada bueno.

—Me parece que me voy a marchar a casa.

—No digas tonterías, Isi, la noche acaba de empezar —le dice Teresa con ojos suplicantes, ella no piensa marcharse, cuando bailaban había una mujer que le ha tirado los trastos y está valorando la opción de ir a hablar con ella, pero prefiere pasar un rato con su amiga y animarla.

—Me termino la cerveza y me voy —declara Isi convencida.

Capítulo 24

Marta ha terminado de servir a un grupo numeroso y tras hacerlo, suspira aliviada al ver que Vanesa lo tiene todo controlado y le queda tiempo para volver con la chica que la espera en la esquina de la barra. Llevan tonteando mucho rato, se han rozado los dedos varias veces y la mujer, que debe rondar los treinta si no los pasa, ya le ha dejado muy claras sus intenciones a la camarera.

—Ya estoy aquí —anuncia Marta con una sonrisa seductora que hace suspirar a la mujer.

La camarera no mintió a su madre, tiene un hambre voraz de mujeres y no hay manera de que se sacie. Ya ha tenido tres rollos después de lo de Teresa y esta mujer que tiene delante será la cuarta. Lo tiene clarísimo.

—Dentro de media hora tengo un descanso de diez minutos. ¿Tienes coche? —pregunta Marta, que prefiere evitar los baños para que Amelia no le llame la atención.

—Sí, pero media hora me parece mucho, ¿no me vas a dar un adelanto antes?

La mujer es muy directa y le recuerda a Teresa, algo que le gusta mucho y la hace sonreír de modo socarrón.

—Está bien —Marta mira con gesto provocativo a un lado y a otro y después se inclina sobre la barra para darle un corto beso en los labios.

La mujer sonríe satisfecha y Marta cuenta los minutos que faltan para su descanso cuando ve que una mujer se sitúa al lado de su futura amante. Se gira hacia ella con la mejor de sus sonrisas, que se le congela en la cara cuando descubre que se trata de Anabel; su madre.

Marta le hace un gesto para que se haga a un lado y se acerca ceñuda e intrigada hacia su progenitora.

—¿Qué haces aquí, mamá? —pregunta con el corazón desbocado.

Sabe que la ha visto besar a la mujer, y eso la hace sentir muy incómoda aunque no haya hecho nada malo.

—Quería ver dónde trabajas —contesta su madre muy seria.

—Pues ya lo has visto, ahora es mejor que te vayas.

—¿Irme? Ni hablar, ya que estoy, quiero tomarme algo. Ponme una cerveza, anda.

La turbación se dibuja en el rostro de Marta, que sabe que no puede hacer nada para echar a su madre si se ha propuesto quedarse,

por lo que abre la nevera y le sirve una cerveza de la marca que sabe que le gusta.

—Cóbrate.

Anabel le da un billete mientras mira de reojo a la mujer a la que su hija ha besado hace un minuto.

—Toma —Marta le devuelve el cambio.

—¿Esta es la mujer que te ha cambiado de acera?

—¡Mamá!

—¿Qué? No voy a decirle nada, solo quiero saberlo.

Anabel vuelve a mirarla de soslayo, tal y como intuía, es mayor que su hija, aunque no tanto como sospechaba.

—No es ella, así que haz el favor.

—¿Ah, no?

—No —Marta se tensa y se pregunta si no debería haber mentido para zanjar ahí el interrogatorio de su madre.

—¿Va todo bien?

La camarera no sabe si la aparición de su jefa es una salvación o un obstáculo. La mira un instante valorando si le miente o le cuenta la verdad, pero aprecia a Amelia y le gusta su trabajo en el Melis, así que opta por la segunda opción.

—Amelia, te presento a mi madre, Anabel.

La jefa tarda un segundo en reaccionar al no esperarse que el rictus serio de su empleada, se debiera a la presencia de su madre. Ella tampoco tiene claro si la mujer es un problema, pero se acerca y le sonríe extendiendo la mano.

—¿Qué tal? Es un placer. Soy Amelia, la dueña de todo esto.

Anabel sonríe y se la estrecha y por un instante se pregunta si podría ser ella. De repente mira a su alrededor y se da cuenta de que hay muchas opciones.

—El placer es mío, Marta está muy contenta con el trabajo, así que tengo que darle las gracias.

—Yo también estoy contenta con ella.

Amelia no sabe qué más decirle, no está muy segura de a qué se debe el motivo de la presencia de la mujer y tampoco quiere saberlo. Así que, con la excusa de que tiene trabajo, se disculpa, pero le concede diez minutos a Marta para estar con su madre, cosa que no tiene claro que su empleada quiera.

—Y si no es ella, ¿quién es? —insiste Anabel.

Marta se abre una botella de agua y bebe con ansia. Su futura amante, que se huele que algo no va bien, decide quitarse del medio y se marcha hacia la pista con el resto de sus amigas a la espera de que las aguas se calmen.

—¿Es tu jefa?

—No, mamá, no fue con mi jefa.

—¿Entonces? ¿Está aquí?

—¿Para qué quieres saberlo? —se exaspera la camarera, que mira angustiada a los ojos de su amiga Vanesa, que se ríe desde la otra punta de la barra.

—Solo es curiosidad, hija, no voy a decirle nada, te lo prometo.

—¿En serio?

La ceja de Marta se eleva con ironía y Anabel se ríe y niega antes de beber. Marta la observa de hito en hito, su madre no parece nerviosa, pero no termina de fiarse. Desde que murió su padre, es muy protectora con ella y sabe que ahora que no está con Manu, estará nerviosa preguntándose con quién se junta su hija cada noche. Al menos antes estaba tranquila.

—De verdad, cariño, solo quiero asegurarme de que nadie juega contigo.

Marta se aguanta una sonrisa maliciosa mientras piensa que la realidad, es que fue ella la que jugó con Teresa y la que juega con todas, no puede evitarlo. Le gusta el efecto que provoca en las mujeres, el deseo con el que la miran y el control que puede ejercer sobre ellas gracias a eso.

—Es más que yo —dice Marta.

Hace rato que está viendo a Teresa en la barra, está de espaldas a ella hablando con su amiga Isi. Supone que a Teresa, con lo descarada que es y el desparpajo que tiene, no le importará que le presente a su madre. Se lo pedirá como un favor, y si Teresa quiere algo a cambio, tampoco le importa dárselo.

—Lo imaginaba —dice su madre—, esa con la que te estabas enrollando cuando he llegado también lo es.

—No me estaba enrollando. Solo ha sido un beso tonto, y Teresa es más mayor que ella.

—¿Teresa?

A Anabel le saltan todas las alarmas cuando escucha ese nombre. No sabe por qué motivo, quizá por los recuerdos que le trae y porque si nada ha cambiado en su vida, podría seguir viviendo por ahí. De repente siente un estremecimiento por todo el cuerpo y sus peores sospechas se confirman cuando Marta responde a su pregunta.

—Sí, es esa de ahí, la que está de espaldas, pero por favor, no le digas nada.

Marta señala a una mujer sentada en un taburete frente a otra de unos cuarenta y tantos. No puede verle la cara en un primer momento, pero se queda quieta, con la mirada fija sobre ella el tiempo necesario hasta que Teresa se gira cuando Amelia va a decirle algo. Es entonces cuando la ve y su corazón deja de latir y las orejas comienzan a arderle. Su corte de pelo es mucho más moderno y obviamente los años han pasado para ella igual que para Anabel, pero no le cabe la

menor duda de que es ella porque jamás ha olvidado esa sonrisa entre coqueta y traviesa de Teresa, la mujer de la que se enamoró y de la que la separaron obligándola a casarse con el padre de su hija.

—Virgen Santa —dice Anabel sintiendo que todo da vueltas a su alrededor.

—¿Qué pasa, mamá? Estás pálida, ¿te encuentras mal?

Su hija se acerca con gesto preocupado, pero Anabel le hace una seña con la mano y la detiene.

—Estoy bien, cariño, no pasa nada, es que creo que la conozco.

Anabel se sujeta a la barra con fuerza, mareada.

—¿Ah, sí?

Marta se queda paralizada por la sorpresa.

—Es posible, ha pasado tiempo —titubea su madre abrumada.

Mira a Teresa y la sangre comienza a escocerle dentro del cuerpo. Será que no hay mujeres en el mundo para que sea precisamente ella la que se acueste con su hija. Pensarlo le provoca un calambre en el cuerpo que la deja sin respiración unos segundos. Siempre ha soñado con volver a verla, pero nunca se ha atrevido a buscarla.

—Pero… ¿Sois amigas? —pregunta Marta confundida.

—Ve a trabajar, hija, no vayamos a abusar de la amabilidad de tu jefa.

—¿Y tú qué vas a hacer? —pregunta inquieta la camarera.

—No sé, me iré a casa cuando acabe la cerveza. Anda ve.

Marta da un beso en la mejilla a su madre y comienza a atender a las mujeres que esperan. Anabel se queda allí sentada, tratando de que su cuerpo deje de temblar y de frenar el torbellino de recuerdos que la inundan mezclándose con la rabia que le recorre el torrente sanguíneo de un modo angustioso e incontrolable. No quiere montar un número, pero la mujer de la que siempre ha estado enamorada está a cinco metros de ella, y no solo se ha acostado con su hija, también es la culpable de que ahora la joven esté desbocada y desubicada después de haber descubierto un mundo completamente distinto al que conocía.

Anabel se levanta dispuesta a marcharse porque sabe que esa es la mejor decisión, pero cuando llega a la altura de Teresa, sus piernas no obedecen a su mente y sus pies caminan hacia ella hasta situarse en su punto de mira. Cuando Teresa la reconoce, la cerveza se le resbala entre los dedos y ni siquiera reacciona cuando se estrella contra el suelo. Sus pulmones no funcionan y su corazón deja de latir, al contrario que su cerebro, que la acribilla con decenas de recuerdos que creía haber encerrado bajo llave.

Capítulo 25

—Creo que a tu amiga Teresa le ha dado un pasmo —la voz de Verónica al acercarse a la barra sobresalta a Amelia, que desde que ha visto a la madre de Marta en el local, se ha olido que podía haber problemas y no le ha quitado el ojo de encima.

Lo que no comprende, es la reacción de Teresa al verla, ¿es que acaso se conocen? Amelia está segura de que Marta no las ha presentado en ningún momento.

—Tere, ¿estás bien? —Isi le pregunta, pero ella sigue sin moverse, con la mirada fija en los ojos de Anabel, sintiendo que la ha atravesado con la mirada.

Teresa abre la boca para decir algo, pero está tan impactada que por primera vez en su vida, se ha quedado sin palabras.

—Anabel… —titubea al fin, notando que el corazón le late hasta en la punta de la lengua.

Isi mira a la mujer sin entender por qué su amiga parece catatónica.

—¿Os conocéis?

Las dos la ignoran y se mantienen la mirada. Isi frunce el ceño, porque, al igual que Amelia, ella también tiene un mal presentimiento.

—Hola, Teresa —dice Anabel, con el cuerpo tan tenso que tiene calambres en las piernas.

Un torrente emocional sacude el cuerpo de Teresa sin que sepa gestionarlo. Veintisiete años sin verse ni una sola vez y convencida de que jamás volvería a encontrarse con Anabel, y ahora la tiene ahí, justo delante de ella. Su corazón comienza a temblar del mismo modo que lo hacía hace casi tres décadas, el aleteo en la boca del estómago y el cosquilleo en el bajo vientre. Todo vuelve con fuerza como si nunca se hubiera ido, y sus ojos se encharcan embriagados por una emoción que le resulta muy difícil describir.

Teresa da un paso hacia ella, pero Anabel la detiene con un gesto seco de la mano.

—No te acerques —dice con la mandíbula apretada.

Si Teresa está desbordada, lo que siente Anabel es imposible de calificar teniendo en cuenta que, a todas esas emociones, ella debe añadir el drama de saber que la mujer a la que siempre ha amado, se ha acostado con su hija.

Teresa la mira desconcertada, a pesar de los años transcurridos, conoce muy bien la expresión de dolor que se esconde detrás de su

mirada. No lo entiende, están ahí, se han reencontrado y, aunque desconoce las circunstancias de la vida de Anabel, lo lógico sería que se alegrase de verla. Tiene ganas de abrazarla, de estrecharla entre sus brazos y volver a sentir aquel calor reconfortante que se mezclaba con la risa divertida de Anabel cuando Teresa le soplaba en la oreja haciéndole cosquillas. Da un paso más, obviando la advertencia de Anabel y también el temblor de su labio, la expresión de rabia contenida y la abertura exagerada de las aletas de su nariz.

—¿Cuántas mujeres hay en el mundo, Teresa? —pregunta de repente Anabel.

A pesar de la música, Teresa la escucha perfectamente porque todo lo demás ha quedado en un segundo plano para ella. Su voz ha sonado glacial, muy lejos de aquel mimo con el que le hablaba siempre.

—¿Qué?

Teresa se detiene justo delante de ella, desorientada, sin entender lo que le pasa ni por qué le pregunta esa estupidez.

—Ya me has escuchado —dice con rabia.

Los ojos de Anabel se encharcan y sus labios tiemblan con más evidencia. Teresa piensa que está dentro de una pesadilla que no comprende, tiene que ser eso, porque su cerebro no es capaz de procesar lo que sucede.

—Yo qué sé, nena, ¿a qué viene esa pregunta?

El bofetón que le cruza la cara es tan fuerte que se escucha por encima de la música. Isi, asustada, interviene de inmediato interponiendo su cuerpo entre las dos mujeres.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loca? —le dice a Anabel con los ojos abiertos como platos y la adrenalina disparada.

Isi se gira hacia Teresa y la mira preocupada, su amiga se ha quedado absorta, notando el escozor en la mejilla y un ardor incómodo en la oreja. A Anabel le pica la palma de la mano como si se la hubieran golpeado con una tabla. Se ha quedado inmóvil, asustada de su propia reacción y arrepentida de haberla abofeteado sin motivo aparente.

—Tengo que pedirle que se marche —dice Amelia apareciendo de inmediato.

—Mamá, ¿qué coño has hecho?

Marta también lo ha visto todo desde la barra y ha salido corriendo para detener a su madre. Cuando Teresa la escucha y ata cabos, nota que todo le da vueltas y que las piernas se le vuelven de mantequilla.

Es gracias a la rápida intervención de Verónica y de Isi sujetándola que no acaba en el suelo de rodillas. Entre las dos la sientan en un taburete, pensando que está mareada por el golpe, pero los ojos de Teresa solo observan con terror la imagen que tiene delante, Anabel y Marta; madre e hija.

—Dios mío —dice llevándose una mano a la boca.

—Toma, dásela —Vanesa le da una botella de agua a Isi para que se la entregue a Teresa.

—Gracias, bonita.

—Has dicho que no le ibas a decir nada —se exaspera Marta con la cara roja de vergüenza.

Su madre sigue paralizada, en un estado casi catatónico que tiene desconcertada a Amelia y a todas las presentes. Parece calmada y ya no da la impresión de ser un peligro para nadie, y la dueña del bar teme que si la envía a la calle en ese estado, le pueda pasar algo.

—Marta, llévala a casa, anda —le dice a la hija.

—¿Qué? No, joder —protesta Marta al borde del colapso, sin comprender a qué ha venido esa reacción desproporcionada por parte de su madre.

Anabel sale de su turbación y clava la mirada en Amelia.

—No la eche, por favor. Me voy yo, le prometo que no volveré jamás, lamento mucho todo esto, no sé qué me ha pasado.

—No estoy echando a su hija, solo quiero que se asegure de que usted llega bien a casa.

Anabel se frota la palma de la mano y dedica una mirada fugaz a Teresa, que se ha quedado blanca tras encajar la noticia.

—No hace falta, de verdad. ¿Me pueden dejar a solas con ella?

Anabel señala a Teresa.

—Por supuesto que no —niega Amelia rotunda.

Anabel asiente avergonzada de sí misma y se barre las lágrimas que no dejan de escaparse de sus ojos sin que pueda impedirlo.

—Está bien, Amelia, dejadnos un momento —dice Teresa desde el taburete, notando una especie de zumbido en el oído abofeteado.

—¿Es que quieres que te dé otro bofetón? —pregunta Isi mientras piensa que menos mal que Toñi ya se ha ido, no quiere imaginarse la reacción de su amiga, pero como poco, le habría tirado alguna bebida por encima a la tal Anabel.

—No me va a hacer nada, ¿verdad, Anabel? —dice Teresa.

Todas las mujeres, incluida su hija, clavan la mirada en ella, que niega con la cabeza.

—Está bien —acepta Amelia poco convencida—. No sé qué pasa entre vosotras, pero como volváis a montar un número en mi bar, os vais las dos de patitas a la calle, ¿queda claro? —las advierte sin estar muy segura de que esté haciendo lo correcto.

Teresa asiente y todas se retiran dejándolas a solas. Anabel se acerca despacio y se sitúa junto a ella a una distancia prudente. Teresa le ofrece lo que le queda de agua en la botella y Anabel se lo bebe con la esperanza de que el líquido transparente se lleve también una parte de esa bola que le atenaza la garganta.

—Si hubiera sabido que era tu hija jamás me habría acostado con ella, Anabel —dice Teresa acariciándose la mejilla de manera inconsciente.

Anabel asiente, sabe que Teresa no tenía manera humana de saberlo, pero a ella le duele igualmente.

—Dime algo, por favor… —suplica Teresa.

—Siento haberte abofeteado, lo siento muchísimo, de verdad.

A Anabel no le sale nada más, está bloqueada, solo tiene ganas de salir corriendo, llegar a su casa y meterse en la cama para llorar el resto de la noche.

—Compénsamelo con un abrazo, Anabel, necesito sentirte —pide Teresa suplicante, el deseo que se ha despertado en ella es tan ferviente, que siente que se va a ahogar si no puede tocarla.

Anabel nota un escalofrío recorrerle la columna, ella también lo desea, y al mismo tiempo lo rechaza.

—No puedo —dice con la voz quebrada.

Teresa desvía la mirada y trata de tragar el nudo que amenaza con ahogarla.

—¿Y podrás algún día?

La madre de Marta encoge los hombros y mira hacia la pista. De repente lo empieza a percibir todo y le molesta la gente y la música.

—Deberíamos hablar esto en otro sitio —dice finalmente.

—Claro —concuerda Teresa—. Ven mañana a mi casa, a la hora que tú quieras, estaré todo el día.

—Mañana no puedo —niega sin mirarla—. El lunes.

—Sí, vale, el lunes.

Teresa está más nerviosa que la primera vez que quedaron a escondidas y se dieron el primer beso. Se gira hacia la barra para pedir papel y boli y, cuando ve que la que está más cerca es Marta, se estremece con un escalofrío y busca con la mirada a Vanesa, a la que hace un gesto.

—Te apunto mi dirección y tú vienes cuando quieras.

Teresa extiende el papel y Anabel se asegura de cogerlo sin que sus dedos se rocen, ahora mismo no podría soportar el contacto.

—Sobre media tarde —dice y se lo guarda.

Las dos se miran, muertas de ganas de abrazarse y de decirse cuánto se han echado de menos, pero ninguna lo hace. Teresa por respeto, Anabel porque ahora mismo no es capaz de concebirlo después de lo que sabe.

Capítulo 26

Cuando Anabel se marcha, cabizbaja y renqueante como si le hubieran dado una paliza, todas se vuelven hacia Teresa, incluida Marta, que tiene el cuerpo revuelto y un sentimiento de culpa que se podría multiplicar por mil si se entera de la verdadera razón del encontronazo entre su madre y la que fue su amante.

—¿De qué conoces a mi madre? —se adelanta Marta a la pregunta que Isi y Amelia iban a hacerle.

Verónica, que se había acercado para hablar con Amelia y se ha encontrado con el percal, permanece en un segundo plano guardando silencio, pendiente de la dueña del Melis y extrañamente preocupada por Teresa porque, a pesar de lo poco que han coincidido y hablado, la mujer le cae muy bien.

Teresa mira a Marta y después de haber visto a Anabel de nuevo, se pregunta cómo es posible que no se hubiera dado cuenta si la hija tiene la misma mirada que la madre.

—Eso te lo ha de contar tu madre, Marta —dice sin aguantarle la mirada.

El desparpajo y la frescura que siempre desprende Teresa han desaparecido por completo y ahora solo hay en ella un halo de tristeza que estremece a sus amigas.

—¿Y por qué no me lo cuentas tú? —insiste Marta nerviosa y enfadada al mismo tiempo.

Teresa ni la mira ni contesta, incómoda.

—Marta, ya la has escuchado, mañana le preguntas a tu madre, ahora vuelve al trabajo que Vanesa no puede con todo.

El tono imperativo de Amelia y su mirada seria, hacen que Marta suelte un resoplido de resignación y se dé la vuelta dejándolas a solas.

—A nosotras sí que nos lo vas a contar —dice Amelia arrastrando un taburete para sentarse a su lado.

Verónica hace amago de marcharse al ver que la cosa se vuelve demasiado íntima entre las amigas y que ella sobra, pero Amelia es rápida y la sujeta por la mano.

—No te vayas, por favor.

La abogada asiente y se apoya en la barra justo detrás de Amelia, acariciándose la mano donde ella la ha tocado como si su rastro se le hubiera adherido a la piel.

—Venga, Tere, cuéntanos a qué ha venido todo eso —le pide Isi, a la que todavía le tiemblan las manos por culpa de los nervios que ha

pasado.

Teresa abre la boca para hablar con sus amigas, pero al intentarlo no sabe ni por dónde empezar. Lo único que se agolpa en su cabeza es todo ese montón de recuerdos vividos con Anabel. Su rostro se repite en su mente de manera continua provocándole una especie de efervescencia por el cuerpo que no la deja reaccionar. Teresa mira alternativamente a sus dos amigas y cuando ya no puede controlar más la angustia, estalla en un llanto repentino que controla tapándose la boca con la mano.

Isi la abraza de inmediato, pero Amelia se queda paralizada, mirándola con la boca abierta y el corazón desbocado sin alcanzar a comprender qué puede ser tan grave para que alguien tan alegre como Teresa, la mujer a la que ella más admira, se desmorone de esa manera.

—Tere —Amelia se acerca y le aparta el pelo de la cara mientras su amiga llora sobre el hombro de Isi.

La mayor del grupo alza una mirada derrotada y llena de tristeza, se sorbe los mocos y deja de llorar de manera repentina y abrupta, rompiendo el abrazo y manteniéndose recta en el taburete. Las dos la miran sin saber qué hacer ni qué decir y los segundos pasan en un silencio tenso hasta que Teresa lo rompe después de asegurarse de que Marta está bien lejos.

—Tuve una relación con su madre hace casi treinta años, la más intensa de mi vida. Circunstancias ajenas a nosotras nos obligaron a separarnos y no habíamos vuelto a vernos desde entonces. No sabía que tenía una hija.

La última frase la dice medio ida, como si conocer el dato de la existencia de Marta fuese un hecho demoledor del que no podrá recuperarse. Isi tiene la boca tan abierta que Verónica la mira calculando que le cabe un vaso dentro.

—Está bien —reacciona Amelia disimulando su sorpresa y le da un beso a Teresa en la frente al mismo tiempo que la abraza—. Creo que es mejor que te marches a descansar, mañana con la mente despejada…

—Mañana el problema será el mismo, Amelia —la corta Teresa—, me he acostado con la hija de la única mujer de la que he estado enamorada.

Amelia no sabe qué decir para consolar a su amiga, no se puede imaginar cómo se siente.

—Bueno, pero eso no quita que necesites descansar —interviene Isi —. Yo te llevo y me quedo contigo esta noche —dice mirando a Amelia, que asiente aliviada y le sonríe a su amiga.

Cuando Isi y Teresa se marchan, Amelia se gira hacia Verónica y la mira fijamente de un modo que la abogada no ha visto hasta el

momento en ella. Su expresión comedida y en cierta manera vergonzosa, parece haber desaparecido por completo. La abogada sonríe complacida y se apoya de espaldas a la barra con expresión desafiante.

—¿De qué te ríes? —pregunta Amelia con el corazón latiendo a toda prisa.

—¿Es necesaria una situación de tensión para que saques tu verdadero carácter? —pregunta a su vez Verónica.

Amelia abre la boca y retiene el aire mientras piensa en lo que ha dicho. Después lo exhala y a Verónica le parece el gesto más erótico que ha presenciado en su vida.

—Ellas me han puesto tensa, pero tú me pones muy nerviosa —confiesa Amelia acercándose hasta que apenas pasa el aire entre las dos.

—¿Cómo de nerviosa?

Verónica se muerde el labio al preguntar, la cercanía de Amelia la tiene taquicárdica y ansiosa por besarla. Amelia le coge la mano para ponerla sobre su pecho y que sea ella misma la que note el ritmo frenético al que late su corazón, pero no se corta y la coloca de manera que gran parte de ella, queda sobre su pecho izquierdo, provocándole un repentino cosquilleo que le tensa todo el cuerpo.

La abogada no solo mantiene la mano ahí, sino que se permite mover el pulgar con sutileza y acariciarle el pecho por debajo. Amelia siente un burbujeo en la entrepierna que se mezcla con una repentina necesidad de contacto que le turba la mente por completo. Ni siquiera se conocen, apenas han cruzado unas cuantas frases ni se han besado, y ella tiene más necesidad de sentir a la abogada dentro de ella que de respirar.

—Jefa —Amelia escucha la voz de Vanesa cuando la llama, y no es que la ignore, es que no es capaz de reaccionar—. Jefa —insiste la camarera.

—Creo que te están llamando —el susurro de Verónica con tono juguetón sobre su oído le provoca un escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

La mano de la abogada sigue sobre su pecho.

—Dime.

—La caja se ha atascado y no la podemos abrir.

Amelia la mira sin terminar de salir de su turbación y asiente.

—Ahora voy.

Verónica emite un chasquido divertido con la boca y sonríe apartando la mano.

—Supongo que esto es lo malo de que a una le guste la jefa, eres una mujer muy ocupada.

—Lo siento —se disculpa Amelia suspirando, no sabe si es de

resignación o desesperación.

—No pasa nada, pero ya que estás, podrías servirme algo, que me has dejado con la boca seca.

Amelia sabe bien de lo que habla, ella siente la garganta como si hubiera tragado arena.

—Claro —le sonríe y le da un beso en la mejilla, lo hace muy cerca de la oreja, provocando un estremecimiento en el cuerpo de Verónica que la deja con la sonrisa socarrona congelada en los labios.

Amelia ya le tiene el truco cogido a la caja y hace que se abra dando un golpe seco mientras piensa que debe comprar otra de inmediato para que el trasto no vuelva a interrumpir momentos como ese. En cuanto se asegura de que ya funciona bien, se acerca hacia la parte de la barra donde la espera Verónica y se apoya con las dos manos frente a ella.

—¿Qué te pongo?

—¿Qué me pones? —pregunta a su vez Verónica chasqueando la lengua.

Amelia la mira y el corazón se le desboca de nuevo cuando la abogada mueve el dedo para pedirle que se acerque por encima de la barra. Amelia se inclina y acerca la cabeza pensando que Verónica le hará una confidencia, pero la abogada no se acerca a su oído, se acerca a su cara hasta que sus narices casi se rozan.

—Me pones muy cachonda, Amelia, muchísimo —declara haciendo que le palpite todo el cuerpo—, pero por ahora supongo que tendré que conformarme con una cerveza.

Tras eso, le da un beso casto en los labios y se retira. Amelia suelta una sonrisa ahogada y se mueve con turbación para abrir una nevera y sacar de ella una cerveza, que abre y coloca delante de Verónica.

—¿Sería muy atrevido pedirte que me esperes hasta que cierre? —pregunta Amelia lanzándose por fin.

—Me encantaría —responde Verónica con una mueca de resignación—, pero mañana trabajo y ya son las tres de la mañana. Creo que debería terminarme esto y marcharme si quiero que mi cliente se encuentre con una abogada competente y no con una resacosa que no puede pensar.

—Claro —Amelia lo comprende, aunque es incapaz de ocultar la decepción en su tono.

—¿Puedes venir a este lado de la barra un momento? —pide la abogada.

Amelia sale de la barra y vuelve junto a ella. En cuanto la tiene delante, Verónica le pone una mano en la cintura y la pega a su cuerpo en un gesto posesivo, girándola hasta dejarla de espaldas a la barra mientras sus dos manos se acomodan justo por encima de su trasero.

—Quiero que consideres esto un castigo por todas las veces que he venido y has pasado de mí —susurra Verónica y hace presión con las manos para que sus cuerpos entren en contacto.

Amelia tiene la sensación de que la excitación la va a matar ahí mismo, nunca se ha sentido tan desbordada ni necesitada, y si lo había sentido, ya no lo recuerda. De repente piensa en todo el tiempo que ha perdido y en la razón que tenía Teresa cuando le dijo que era tonta. Puede que tuviera una relación muy bonita con su última pareja, pero lo que siente ahora con Verónica, aunque es diferente, no desmerece en nada a todo aquello.

—¿Y cuándo me levantarás el castigo? —la voz le sale ronca y se da cuenta de hasta qué punto la desea.

Una de las manos de Verónica sube por su costado con una lentitud exasperante hasta que se detiene en su cuello y sus dedos la acarician de manera tortuosa. Amelia se aferra a su cintura con firmeza y busca con los labios los de la abogada, que le permite rozarlos un instante que le sabe a muy poco.

—Todavía no —las palabras suenan letales para Amelia, que contaba con verla el domingo.

—Tengo lío familiar y entre semana no creo que pueda venir antes del jueves.

—Entiendo.

Verónica sonríe con malicia y vuelve a apretarla contra ella. Esta vez lo hace con fuerza y las dos suspiran anhelantes.

—Entonces te veo el jueves, pero ni se te ocurra apuntarte a las rondas ni hagas planes para después. En cuanto cierre el bar, eres toda mía.

La abogada no sabe qué es lo que la ha puesto más cachonda, si imaginarse lo que pasará esa noche, o el tono de exigencia y autoridad que ha utilizado Amelia.

—Hecho, ahora si me disculpas, me voy a casa a masturbarme, ducharme y descansar un poco, en ese orden.

Amelia se marea solo de imaginarla. Se dan un beso en los labios y Verónica deja la cerveza sobre la barra dispuesta a marcharse.

—Verónica —la voz de Amelia sale más rasposa que nunca.

—Dime.

—¿Pensarás en mí cuando te masturbes?

—Hace semanas que lo hago, Amelia.

La abogada le guiña un ojo y se marcha. Amelia se queda allí de pie, mirándola turbada, pensando que en cualquier otra situación eso le parecería una guarrada y, sin embargo, saber que Verónica se masturba pensando en ella, no solo le gusta, le parece muy erótico y ella piensa hacer lo mismo en cuanto llegue a su casa.

Capítulo 27

A Toñi la despierta el frío que le entra por los pies. Los mueve y descubre con disgusto que los tiene al descubierto, por lo que encoge las piernas y se da la vuelta haciéndose un ovillo, pero al hacerlo, es la espalda la que le queda al aire. La farmacéutica abre los ojos, la única luz es la claridad que entra por la puerta de la habitación y que proviene de las ventanas del salón, es de día, aunque desconoce la hora. Tira un poco de la ropa de cama para cubrirse, pero Alejandra se ha enroscado como una momia y no le queda más remedio que dar un fuerte tirón para que la suelte.

—Dame, leches —exige tiesa de frío.

A la granjera la despierta el repentino movimiento, en un primer instante no sabe lo que pasa, pero la frase de Toñi se repite en su cabeza hasta que lo comprende cuando ve que se está tapando. Avergonzada, Alejandra se acerca a ella y se abraza a su cuerpo envolviéndola en un agradable calor que a la farmacéutica le quita el mal humor de golpe.

—Perdona por haberte destapado —le susurra la granjera hundiendo la nariz entre su pelo alborotado.

Toñi saca un brazo y enciende la lámpara de noche, después alza un poco la cabeza y mira con espanto la cama desecha por todas partes. Ella jamás ha dormido así, es una maniática del orden y alisa hasta la última arruga antes de meterse en la cama, pero anoche, en esa cama pasaron tantas cosas y durante tanto tiempo, que cuando terminaron, la farmacéutica solo pudo cerrar los ojos y abandonarse al cansancio que arrastraba.

—¿Cómo puedes dormir así? —pregunta y Alejandra levanta la cabeza.

Como toda respuesta, se ríe ruborizada.

—Yo no duermo así, a ver si te piensas que todas las noches me revuelco con alguien.

Ahora la que se ríe es Toñi, sin duda revolcón podría ser la palabra que mejor define lo que hicieron para provocar ese desastre, aunque no fue uno, fueron varios.

—¿Has pasado frío? —se preocupa Alejandra.

Toñi la mira de arriba abajo, la mayor parte de la ropa de cama está en su lado, sobre ella.

—Está claro que tú no —dice con las cejas arqueadas.

—Perdona, soy muy friolera y cuando me duermo suelo

enroscarme en la manta —dice sonrojada.

—Ya veo —Toñi finge un poco de tos y la cara de la granjera se descompone de preocupación.

La farmacéutica la mira impresionada por su inocencia, después le sonríe, le da un beso en la mejilla que le sale sin esperarlo y se acurruca de nuevo junto a ella para entrar en calor. Están desnudas, por lo que su cuerpo comienza a arder prácticamente de inmediato cuando Alejandra empieza a acariciarla al principio con delicadeza y después adaptándose al ritmo de la respiración cada vez más acelerada de Toñi.

—Si pudiera me quedaría a vivir en esta cama contigo —susurra Alejandra situada entre sus piernas mientras mira su sexo y pasa un dedo por su abertura.

Toñi siente un calambrazo atravesarla por completo y un cosquilleo de placer sacudirla desde dentro en pequeñas oleadas que se expanden por su cuerpo tensando cada músculo. Alejandra parece hipnotizada mientras sigue jugueteando con el dedo, martirizándola con cada roce al mismo tiempo que su frase se repite en la cabeza de Toñi sin descanso. Ella tiene claro que tampoco saldría de ahí, la conexión que siente con Alejandra es indescriptible, y la química en la cama le parece de otro planeta a pesar de que acostarse con ella le daba mucho miedo por el carácter apocado y tímido de la granjera, que ha resultado ser mucho más descarada y desinhibida que ella.

Cuando tiempo después las dos caen exhaustas tras compartir un orgasmo, Alejandra estira la mano para comprobar la hora en su teléfono.

—Madre mía, es tardísimo —dice agobiada.

—¿Qué hora es? —pregunta Toñi pensando que debe ser la hora de comer.

—Las siete, tengo que darle de comer a las gallinas.

Toñi la mira perpleja.

—¿También tienes gallinas?

—Claro —Alejandra se ríe y se sienta en la cama.

—Pues que bien, acabamos de follar y tú solo piensas en las gallinas.

Toñi se incorpora dispuesta a levantarse, pero Alejandra salta sobre ella como una gata y se sienta a horcajadas sobre sus piernas.

—Perdona —le pide risueña.

A Toñi se le cae la baba cuando la ve con esos tirabuzones rubios despeinados y las pecas decorando esas mejillas todavía acaloradas por el sexo.

—Es la costumbre. Ayer le pedí a mi hermano que se ocupase de todo, pero sé que pasará de las gallinas, lo ponen nervioso, aunque tampoco pasa nada si les doy de comer más tarde, no se van a morir.

—¿La granja la lleváis tu hermano y tú?

—Más o menos.

Alejandra le explica por encima, no quiere aburrirla con esos temas, aunque le parece que Toñi la escucha siempre con atención a pesar de que es evidente que pensar en los olores de la granja le produce repulsión. La granjera no ha tenido mucho tiempo de ver el apartamento de Toñi, pero sí el suficiente para darse cuenta de que todo está muy pulcro y ordenado, acorde a ella, siempre impecablemente arreglada. Ese pensamiento la entristece, porque Toñi le gusta mucho y teme que sus mundos sean demasiado opuestos como para que la farmacéutica se adapte a ella.

Las dos desayunan en el salón mientras hablan de todo un poco. Toñi le explica que su farmacia es un negocio familiar, heredado de sus padres y a la vez de sus abuelos paternos.

—¿Y te gusta? ¿O estudiaste solo porque te venía impostado? —pregunta Alejandra muy interesada.

Sus mundos no dejan de ser muy parecidos, Toñi pasó su infancia en la trastienda de una farmacia y ella en la granja.

—La verdad es que sí, me podía pasar horas con mi abuela ordenando las cajas de medicamentos en los cajones de madera. Me encantaba que todo estuviera por orden alfabético y de caducidad, además, yo ordenaba las cajas por tamaño y mi abuelo se desesperaba…

Toñi detiene su relato cuando se da cuenta de que Alejandra sonríe mientras la escucha.

—Parezco una loca, ¿no?

—Para nada, a mí me encantas.

Alejandra es tan sincera cuando habla que Toñi se estremece y no sabe qué decirle.

—Debería marcharme —dice comprobando la hora—, puedo volver a bajar mañana si quieres.

Sus mejillas arden de vergüenza tras decirlo. Toñi no comprende que sea tan desatada en la intimidad y después decir algo tan simple como eso le saque los colores.

—¿Vuelves solo porque has de darle de comer a las gallinas?

Alejandra hace una mueca con los labios dejándolos apretados. Toñi es incapaz de comprenderla, pero le gusta tanto la granjera que decide pasar por alto todo eso.

—¿Qué te parece si te llevo y te espero en el coche mientras alimentas a esas bestias?

—No son bestias, bien que te comes los huevos —Alejandra sonríe con incredulidad y Toñi encoge los hombros.

—Lo que tú digas, venga, vamos.

—No, me sabe mal, está lejos.

—Tú viniste en taxi, es justo que yo te lleve, no quiero saber cuánto te cobraron por la carrera.

—Mereció la pena —dice Alejandra y Toñi vuelve a estremecerse de un modo extraño que no puede controlar.

Minutos después, las dos están montadas en el utilitario de Toñi. Alejandra no entiende mucho de coches ni de marcas porque nunca le ha gustado conducir, pero por la pinta de ese, sabe que no es barato y como ya temía, está impecablemente limpio y el interior huele a flores silvestres, lo que le recuerda a los prados que hay por los alrededores de su granja.

Durante el trayecto siguen hablando sin parar. Toñi le explica que a la que no le hace mucha gracia la vida de farmacéutica es a su hermana mayor, con la que ha heredado el negocio.

—¿Y por qué estudió farmacia si no le gustaba? —pregunta Alejandra mirando las manos de Toñi en el volante.

Su manera suave y delicada de conducir, contrasta con ese carácter abrupto y a veces malhumorado de la farmacéutica, cosa que fascina a la granjera.

—Porque por encima de todo lo que le gusta es el dinero, y la farmacia siempre ha sido muy rentable.

Alejandra suelta una risotada ante la sinceridad de Toñi que también la contagia a ella.

—Sal por ahí —le indica después de atravesar el pueblo en el que viven sus amigas Aroa y Ana.

—No me irás a meter por un camino de cabras, ¿verdad? A ver si me voy a dejar los bajos del coche —se alarma la farmacéutica.

—Que no, tranquila, es una pista de tierra, pero está en perfectas condiciones.

Toñi conduce por ella durante cuatro kilómetros hasta que Alejandra le pide que se desvíe por otra pista algo más estrecha que está delimitada por un cartel de propiedad privada. Por ella circulan casi dos kilómetros, hasta llegar a una enorme cancela de hierro que Alejandra abre para dejar pasar el coche.

A lo lejos, Toñi ya divisa varios edificios que deduce que son graneros, cuadras, establos y también un enorme caserío situado más atrás.

—¿Es esa tu casa? —pregunta sorprendida.

—No, bueno sí, ahí vivía de pequeña, ahora viven mi hermano y mi madre. Yo vivo en otra situada más atrás. Pásala de largo por la derecha y sigue.

Toñi no se había imaginado que el lugar fuera así. Todos los espacios para los animales están claramente delimitados y los que no lo son, están muy cuidados, la mayoría con extensiones enormes de césped.

—¿Cómo demonios mantienes tanta cantidad de césped tan bien recortado?

—Lo hacen las cabras y las vacas —Alejandra se ríe ante la cara de pasmo de Toñi.

—¿Y os encargáis de tanto animal solo entre dos personas?

—Bueno, para pastar los rebaños viene un hombre del pueblo que lleva trabajando para mi familia toda la vida, pero para lo demás, sí. Mi hermano se ocupa de los caballos. De los cerdos, las vacas y las ovejas me encargo yo.

—Y de las gallinas —añade Toñi.

—Y de las gallinas —repite divertida Alejandra—. De todos modos, es probable que lo vendamos, yo no puedo con todo y mi madre tiene varias ofertas interesantes. Venderíamos la parte de los animales y nos quedaríamos las casas. Esa es la mía, aparca.

Toñi se encuentra frente al edificio de piedra y madera donde vive Alejandra y lo mira con las cejas arqueadas.

—Vaya —dice impresionada.

—¿Qué? ¿Esperabas una cuadra?

—Bueno, una cuadra no, tal vez un establo…

El codazo que recibe es inmediato y las dos se abrazan entre risas antes de que Alejandra abra la puerta del coche.

—Venga, ven, te enseñaré primero ese edificio y después mi casa.

Alejandra señala una nave situada por la parte trasera izquierda de la casa, alejada varios metros de ella.

—¿Quieres que me baje del coche?

Toñi mira el suelo sin poder evitarlo a través de la ventanilla, comprobando que esa parte está empedrada.

—Tranquila, aquí no vienen los cerdos a cagar —dice Alejandra con los ojos en blanco.

La farmacéutica se baja con recelo y las dos caminan alejándose de la casa en dirección a la nave. Enseguida salen de la zona empedrada para meterse en ese césped tan extenso que lo envuelve todo como si fuera un valle infinito. Toñi huele el aire como si fuera un perro, nota el olor a naturaleza por todas partes, además de un tufillo a mierda muy leve que hace que las aletas de su nariz se expandan varias veces.

—Relájate —Alejandra se ríe sin poder evitarlo, tenerla allí y que no esté protestando le parece todo un logro—, no siempre huele así. La semana pasada echamos estiércol en algunos campos y a veces el viento trae un poco de olor.

Toñi se estremece al imaginar tanta cantidad de mierda junta.

—Pero en esta zona te aseguro que nunca huele, por eso me hice la casa en este lado. Cuidado, alguna vaca se ha paseado esta noche por aquí.

Alejandra la coge del brazo y la aparta, librándola a tiempo de

hundir el pie en una mierda de vaca.

—¡Cielo santo! —dice Toñi mirando el mojón con espanto—, es como un pastel de cumpleaños, si llego a hundir el pie ahí, me quedo sin zapato.

—Y me da a mí que habrías necesitado también un psicólogo. Anda ven, que ya estamos —dice Alejandra riendo.

Las dos mujeres caminan hasta la puerta de la nave. Toñi comprueba que tiene dos grandes portones de acceso para vehículos, pero Alejandra abre una puerta pequeña situada más a la izquierda. Cuando entran, de nuevo se sorprende al encontrarse con un lugar pulcro y ordenado que Alejandra utiliza de trastero y garaje para su coche, un Ford Fiesta blanco bastante antiguo.

—¿Este es tu coche? —pregunta Toñi mirándolo como si fuera una pieza de museo.

—Sí.

—No me extraña que fueses en taxi —dice con su sinceridad aplastante—, ¿esto tiene dirección asistida?

—No —Alejandra se ríe y le hace un gesto con la cabeza para que la siga.

Las dos caminan hasta el fondo de la nave, donde la granjera se detiene frente a una puerta metálica y se sienta en un banco de madera para quitarse los botines y calzarse unas botas de agua.

—¿Qué haces?

—Dar de comer a las gallinas.

Alejandra sonríe al decirlo, Toñi se tensa y se aparta mientras mira la puerta.

—Tranquila, no te van a comer.

La granjera coge un cuenco metálico lleno de pienso, en otro hecha pan duro que coge de un saco y lo moja con agua hasta que se pone blando. Después carga los dos y abre la puerta sin que Toñi tenga tiempo de asimilar lo que está a punto de ver. De repente se encuentra con un cuarto semiabierto de grandes dimensiones en el que aparecen más de cuarenta gallinas cacareando como locas cuando Alejandra entra y empieza a tirar pienso con una mano mientras habla con ellas.

Toñi mira la escena desde el quicio de la puerta, está tan pasmada como maravillada. Las paredes no llegan hasta el techo metálico y el sol se cuela a raudales en el interior del habitáculo. En el centro de ese suelo lleno de paja y mierda de gallina, está Alejandra sonriendo sin parar, mirando con devoción a las bestias pestosas e irritantes que la rodean como buitres que recogen la comida que ella tira. La farmacéutica se estremece al darse cuenta de que, a pesar del asco que le producen los animales pisoteando sus propias heces, está ante la estampa más bonita que ha presenciado en su vida. Su corazón se sacude con violencia cuando entre tanta sonrisa, Alejandra alza la

vista y la clava en ella un instante antes de seguir repartiendo comida.

Toñi traga saliva con la garganta seca y las orejas ardiendo, preguntándose cómo es posible que se esté enamorando de una mujer que es feliz pisando mierda de gallina. Cuando se quiere dar cuenta, Alejandra ha desaparecido de su vista y está utilizando el mismo cuenco para recoger un montón de huevos blancos con los que sale del gallinero dejando que Toñi cierre la puerta temiendo que alguna escape y la persiga.

Alejandra coge una huevera de doce posiciones y escoge los doce huevos más limpios que encuentra para Toñi.

—Toma, estos para ti, ya verás como tu concepto sobre mis gallinas cambia cuando los pruebes.

Toñi extiende los brazos con cierta turbación y acepta la huevera mientras Alejandra prepara otra de seis posiciones.

—Y esta se la das a Amelia por ser tan amable. Si os gustan, te puedo dar todos los que quieras, ponen cada día.

—¿Todas? —se escandaliza Toñi.

—Todas. Ahora vamos antes de que te dé un pasmo.

Las dos mujeres salen de la nave y Toñi deja los huevos en el maletero del coche junto a una mochila con ropa limpia que Alejandra ha cogido de su casa dispuesta a pasar el resto del fin de semana con la farmacéutica. Lo ha hecho con prisas, temiendo que cuanto más tiempo pasen allí, más incómoda se sienta Toñi, pero la farmacéutica, mientras esperaba a que ella cogiese ropa, se ha quedado absorta mirando por la ventana de la cocina, que da a la parte trasera de la casa donde solo se extiende ese prado verde interminable y un silencio absoluto que Toñi hacía mucho tiempo que no sentía.

—¿Nos vamos? —pregunta Alejandra tras cerrar el maletero del coche.

—¿No me enseñas el resto de la granja?

Los ojos de Alejandra se abren con sorpresa.

—¿Quieres verla? —pregunta con un brillo que Toñi percibe y la hace sonreír.

—Siempre que te asegures de marcarme donde están todas las minas de mierda, sí, quiero ver tu día a día.

Alejandra mira a un lado y a otro asegurándose de que nadie puede verlas y besa a Toñi. No es que quiera esconderse, pero le da cierto pudor hacer esas cosas en público, y más delante de su familia.

—Te advierto que habrá zonas donde el olor será bastante desagradable.

Toñi se detiene en seco.

—Define desagradable.

Capítulo 28

Amelia llega a casa de Teresa a media mañana, pero la que le abre la puerta es Isi, vestida con un pantalón de chándal que le ha cogido a su amiga del armario y que le queda un poco grande. Paula también está allí, ha llegado hace diez minutos después de llamar a Isi por puro cotilleo. Sabe que la más madrugadora es Toñi, pero después del plantón que le había dado la granjera el jueves todavía estaba demasiado tensa, y el riesgo a llevarse una mala respuesta era demasiado elevado, así que ha preferido esperar un poco y llamar a Isi para preguntar cómo les había ido la noche a sus amigas. Lo que no se esperaba Paula, era encontrarse con el drama de lo de Teresa, así que después de despedirse de Carmen, ha acudido para ver cómo está su amiga.

—¿Sabéis algo de Toñi? —pregunta Amelia en cuanto ve a Isi.

—No ha dado señales de vida, y para una vez que se decide, he pensado que es mejor no decirle nada y para no fastidiarle el plan.

—Sí, has hecho bien —concuerda Amelia quitándose el abrigo—. ¿Cómo está Teresa?

—Rara de narices —responde Isi—, intenta aparentar que no pasa nada, pero lo mismo te está hablando que se queda ausente.

—Vaya panorama —dice Paula todavía sorprendida.

—Y qué lo digas. ¿Dónde está?

—En la ducha. ¿Te preparo un café? Si no es por mí, hoy no desayunamos, dice que está bien, pero yo creo que no sabe ni lo que hace.

Las tres se sientan a la isla de la cocina mientras Teresa termina de ducharse.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta Paula a Amelia.

—¿Saber qué?

—Esa historia de Teresa con la madre de Marta —dice en voz baja.

—No la sabía ni ella, Paula.

—No me refiero a eso, me refiero a que, al menos a mí, nunca me había hablado de esa tal Anabel.

—Ah. A mí tampoco —confirma Amelia.

—Ni a mí —añade Isi pensativa.

—Ni a vosotras ni a nadie —dice Teresa apareciendo como un espectro.

Las tres se giran y observan las grandes ojeras que delatan a una mujer que no ha dormido en toda la noche y que probablemente ha

llorado mucho en silencio.

—¿Y eso por qué, Tere? —pregunta Amelia—. Parece que fue alguien importante para ti y nunca la has mencionado.

—Porque hablar de ella duele mucho, Amelia —dice sin mirarla mientras abre la nevera y saca la leche para servirse un vaso frío.

—¿Qué pasó? —pregunta Paula sujetándose la barbilla con las manos.

Teresa suspira, desde que la vio anoche, tiene el cuerpo extraño y un nudo de nervios en el pecho que la tiene demasiado inquieta. Los sentimientos enterrados ahora la desbordan y le cuesta gestionar eso que siente y que no puede canalizar hacia ningún sitio porque la mujer a la que pertenecen, ahora la odia con todas sus fuerzas.

De nuevo se ha quedado absorta y se da cuenta porque todas la miran en silencio, hasta que Amelia se levanta y la envuelve en un abrazo antes de darle un beso en la mejilla.

—Anda, siéntate, yo te lo sirvo.

Derrotada, Teresa se deja caer en uno de los taburetes rojos a juego con las puertas de los armarios de su cocina recién reformada.

—La familia de Anabel era muy conservadora. Su padre era muy estricto, a pesar de que los tiempos de los matrimonios concertados empezaban a quedar atrás, el cabeza de familia seguía creyendo firmemente en que lo mejor para su hija era lo que él decidiera para ella. Nadie en aquella casa se atrevía a toserle, ya sabéis cómo eran ese tipo de personas, lo anuladas que tenían a las mujeres o el miedo que podían llegar a infundir. Aquel hombre ejercía tal terror psicológico sobre su familia que nadie se planteaba llevarle la contraria jamás.

Teresa lo explica con la mirada perdida en las conversaciones con Anabel, cuando ella le explicaba bañada en lágrimas que no quería casarse, que estaba enamorada de ella y que jamás sería feliz al lado de aquel hombre.

—Nuestra relación comenzó de una manera explosiva e inesperada, no la vimos venir, cuando nos dimos cuenta estábamos escondidas dentro de un caserío abandonado, besándonos como si al día siguiente el mundo fuera a terminarse. Los días pasaban y estábamos tan obnubiladas una con la otra que no podíamos pensar en otra cosa que no fuera vernos y comernos a besos, bueno, y otras cosas.

Teresa sonríe con nostalgia y todas sonríen con ella.

—Sabíamos que el tiempo corría en nuestra contra y que tarde o temprano aquello nos estallaría en la cara. Ella no solo estaba a punto de casarse, es que estaba liada con una mujer, algo escandaloso en aquella época. Las dos lo teníamos claro, pero era como si ninguna quisiera verlo porque en el momento que hablásemos del problema,

deberíamos afrontarlo y tomar una decisión rápida que a partir de entonces solo nos complicaría la vida.

—¿Una decisión como huir juntas? —pregunta Amelia.

—Sí. Eso mismo, pero nos necesitábamos tanto que quisimos disfrutar aquel amorío casi enfermizo un poco más, hasta que nos pillaron y lo último que supe de Anabel era que se había casado y su familia se había marchado del pueblo. Jamás volví a verla ni a saber de ella. Hasta ayer.

—Madre de Dios —dice Paula horrorizada.

—¿Y qué ha sido de su vida? —pregunta Isi mirando a Amelia—. ¿Tú no sabes nada a través de Marta?

La dueña del Melis niega con la cabeza.

—Yo de Marta lo único que sé es que comparte piso con Vanesa, que su padre está muerto y que la madre vive sola en un piso de alquiler, pero desconozco desde cuándo.

—No importa, el lunes hemos quedado y me lo contará, aunque eso es lo de menos —dice Teresa abatida—, aquí el drama es que he acabado con las opciones de recuperar al amor de mi vida.

—Tú no sabías que Marta era su hija, Tere —dice Amelia tratando de animarla.

—Eso no importa —gruñe Teresa rabiosa, con los ojos encharcados en lágrimas—, la cuestión es que lo es y ahora Anabel no puede ni mirarme, ¿sabes cómo me siento?

—No, no lo sé —Amelia vuelve a abrazarla y la aprieta con fuerza sin saber cómo consolar a su amiga, ojalá se le ocurriese una manera, pero es una de las situaciones más complicadas a las que se ha enfrentado como consejera.

Amelia siempre intuyó de algún modo en su interior, que ese coqueteo entre Teresa y Marta solo podía traer problemas, lo que no se esperaba es que fueran de estas magnitudes.

Capítulo 29

Es lunes, y después de tres largas horas recorriendo las calles con la máquina limpiadora, Isi por fin ha parado para desayunar. Hace frío y el día está tan gris como el fin de semana que ha tenido su amiga Teresa. Isi no puede quitárselo de la cabeza, se le quedó muy mal cuerpo tras enterarse de la historia de su amiga. Jamás se imaginó que detrás de esa fachada de mujer alegre y puro reflejo de lo que es una cuarentona desbocada, se escondiera una historia triste que además se ha complicado por su lío con Marta.

Isi lo piensa y se estremece, ella no es de las que cree en las casualidades, pero si esto no lo es, que venga alguien y se lo explique. Se adentra en el parque y observa con recelo el estanque. A simple vista no ve a ningún pato, pero ella sabe que esos cabrones traicioneros están por ahí, escondidos en alguna parte, al acecho, esperando a que ella se confíe para asaltarla y robarle el bocadillo.

—Con el hambre que tengo —musita para ella muy digna y gira hacia la izquierda.

Se dirige hacia la zona de paseo, a esas horas casi desierta, y escoge uno de los bancos, solo que, en lugar de sentarse como lo haría una persona normal, ella se sube y se sienta en el respaldo. Ahí se siente a salvo, está segura de que, aunque alguno de esos salvajes tan molestos logre llegar hasta ella, no podrá subir al banco ni robarle su preciado bocadillo.

Saca su botella de agua y la deja junto a su pie derecho. Después desenvuelve el bocadillo de jamón cuyo olor la hace salivar y da el primer bocado mientras comprueba el grupo de cuarentonas desbocadas. Su móvil lleva más de media hora sin parar de emitir notificaciones y sabe que son sus amigas en plena conversación mañanera.

Mientras come, Isi va leyendo. Al principio son los típicos saludos hasta que aparece el de Toñi y entonces todas le preguntan cómo le fue con la granjera. La farmacéutica, siempre parca en palabras y con sus típicas explicaciones cortantes, explica que han pasado el fin de semana juntas y que incluso ha visitado la granja. Isi tiene que leer esa parte dos veces porque no termina de creerlo. Sus amigas tampoco y exigen que les dé más detalles. Entonces hay un par de audios de Toñi, donde narra con espanto un encontronazo con una mierda de vaca del tamaño de un pastel y otro en el que explica cómo Alejandra daba de comer a las gallinas mientras pisoteaba mierda como quien pisa la

arena de la playa.

Isi no puede parar de reírse imaginando la cara de pasmo de su amiga presenciando la escena. Después sigue leyendo comentarios y viendo los iconos de mierdas, gallinas y pasteles que Teresa le envía para mofarse. Los siguientes cincuenta mensajes son de choteo y risas, pero después hay otro audio de Toñi donde explica que el domingo también estuvieron juntas, que llevó a Alejandra a comer al japonés que tanto le gusta, que después fueron al teatro y antes de llevarla de vuelta a su granja, la llevó a la farmacia para enseñarle el lugar donde trabaja.

Eso último deja a Isi pasmada, porque en todo el tiempo que hace que se conocen, ella todavía no ha visto la trastienda de la farmacia de su amiga, por lo que entiende que Alejandra debe haber calado hondo en el corazón de la gruñona de Toñi.

—¿Te tengo que denunciar también por vandalismo?

Isi da tal bote por el susto que con el pie golpea su botella de agua y esta acaba desparramada por encima del banco.

—¡Cielo santo! —dice con la mano en el pecho y el corazón desbocado.

Frente a ella, y con cara de desconcierto porque no esperaba asustarla, se encuentra Maite, la agente de la Policía Local, solo que esta vez, va vestida de calle. Isi la mira y mientras se pregunta de dónde ha salido, guarda su teléfono en el bolsillo y recoge la botella.

—¿Ahora me acosas? —pregunta nerviosa por su presencia.

—Solo quería asegurarme de que eres tú la que no acosas a los patos otra vez, pero ya veo que si no haces una cosa haces otra. ¿Es que no puedes sentarte como una persona normal?

Maite le señala los pies sobre el asiento del banco e Isi le devuelve una mirada enfurruñada.

—Tengo que protegerme de esas bestias —dice en su defensa.

La policía hace una mueca para aguantarse la risa y señala la botella.

—Siento lo del agua, no quería asustarte.

—Da igual, ahora la relleno en la fuente, para una cosa que da gratis este ayuntamiento, hay que aprovecharla.

—En realidad es una fuente para perros —aclara Maite ante la cara de estupefacción de Isi.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes? —pregunta con los ojos muy abiertos.

Maite no tiene claro si Isi le está tomando el pelo o simplemente es así de inocente, pero desde que el jueves por la tarde la vio en aquel bar de ambiente, su curiosidad hacia ella aumentó de una manera inquietante.

—Anda vente, te invito a un café y te pago una botella de agua

antes de que te metas en la boca las babas de los perros de media ciudad.

Isi está nerviosa. Maite le resulta una mujer indescifrable, a veces borde, otras estúpida, ahora amable y simpática. No la entiende en absoluto, pero es evidente que debe ser un poco masoca, porque la policía le llama mucho la atención.

—No puedo, estoy trabajando —titubea Isi rascándose la cabeza.

—¿No tienes un tiempo para desayunar?

—Sí.

Isi mira su reloj, todavía le quedan diez minutos.

—Tienes razón, pero tendrá que ser rápido.

En realidad, Isi sabe que no pasa nada si se toma algo más de tiempo, nadie la controla y ella jamás se ha cogido ni un minuto más de la cuenta, al contrario, lo normal es que reanude su trabajo sin completar su tiempo de descanso, así que se levanta y camina junto a Maite hasta la cafetería de la esquina, donde sabe que hacen unos capuchinos deliciosos.

—¿Me dices ahora qué haces aquí? —pregunta la limpiadora una vez están sentadas y les han tomado nota.

Isi no suele ser tan directa, pero no es estúpida y sabe que el encuentro con Maite no es casual.

—Te vi el jueves en aquel bar —confiesa Maite un tanto abochornada.

Cada vez está más tensa y nota el calor subirle por el rostro hasta sofocarle las mejillas con un ardor muy incómodo que se expande hasta sus orejas.

—Sí, yo también te vi —dice Isi mirándola extrañada.

Maite coge una servilleta y comienza a desmenuzarla en pequeños trozos sin atreverse a levantar la mirada. La mujer atrevida, cortante y borde que Isi conoce, ha desaparecido para dejar ante ella a otra completamente distinta, una vulnerable con una expresión que Isi ha visto muchas veces a lo largo de su vida.

—¿Te gustan las mujeres, Maite?

La policía alza la mirada y su boca se abre sin saber qué contestar.

—No lo sé —dice finalmente.

Isi solo la mira con tranquilidad, tratando de transmitirle calma, de que se sienta cómoda con ella y que se abra. La camarera deja los cafés y las dos mujeres se miran, Isi sigue sin abrir la boca y el silencio incomoda tanto a Maite, que siente la necesidad de llenarlo.

—Hace mucho tiempo que dudo —explica finalmente soltando un largo suspiro que parece liberarla—. Las mujeres siempre me han llamado la atención en exceso, de eso he sido consciente en todo momento, pero de ahí a sentir el impulso de querer estar con una siempre ha ido un trecho, o una línea que yo misma he trazado, no lo

sé —dice turbada.

—Se llama negación, Maite, y es más habitual de lo que te piensas.

—¿A ti te ha pasado? —la pregunta de Maite es expectante, como si encontrar a alguien que haya renegado de sí misma sea primordial para hacerla sentir mejor.

—¿A mí? —Isi sonríe y cabecea negando con rotundidad—. No, jamás. En cuanto me di cuenta me divorcié de mi marido y no he vuelto a estar con un hombre.

—¿Estabas casada? —se sorprende Maite.

Isi asiente.

—Me divorcié hace diez años, pero sí. ¿Y tú?

—No, jamás me he visto capaz de dar el paso, pero siempre he estado con hombres.

—¿Y qué te pasa ahora?

—Que no puedo más. Por más que lo intento los repelo. Es como si hubiera una balanza y de repente todo el peso estuviera en el lado de las mujeres, pero estoy muy confusa, no sé, ¿y si no me gusta?

—No lo sabrás hasta que no lo pruebes —Isi sonríe, de repente siente una ternura infinita hacia Maite, tan abrupta y borde con el uniforme y tan vulnerable cuando se quita la máscara de mujer dura y despiadada—. ¿Desde cuándo te sientes así de agobiada? —pregunta mirando el reloj que cuelga en la pared de detrás de la barra con disimulo, le quedan dos minutos, aunque ha decidido tomarse otros cinco.

—Hace unos meses, pero mi entorno es completamente hetero, por no hablar de que mis amigas están todas casadas o en pareja. Había pensado ir a uno de esos bares como ese en el que tú estabas, pero sola me da apuro.

—Entiendo, ¿quieres ir conmigo?

Maite la mira y asiente muerta de vergüenza, se guarda para ella que el verdadero detonante de su ansiedad por estar con una mujer comenzó el día que la conoció a ella, concretamente en el momento que se la volvió a encontrar en el parque. Fue una sensación muy extraña. Cuando vio a Isi la primera vez y tuvo unas palabras con ella por lo de la moto, la mujer simplemente le cayó bien, nada más. Pero al volver a verla aquella mañana protestando y acusando a los patos de robarle, sintió algo extraño, una atracción que no había sentido antes por nadie y la certeza de que ese impulso que la empuja hacia las mujeres es mucho más que simple curiosidad. Sabe que no está enamorada ni mucho menos, pero Isi es la primera mujer a la que siente deseos de besar.

—Pues este jueves te vienes a las rondas, allí podrás conocer a un montón de mujeres en una tarde.

—Yo no quiero conocer a un montón, Isi, quiero conocerte a ti,

quiero decir…

Maite se pone nerviosa e Isi arquea las cejas. La policía le atrae mucho, pero sabe que Maite está en pleno proceso de descubrimiento y prefiere ser su amiga y no complicarse.

—No pasa nada si también conoces a otras mujeres, Maite, creo que te irá bien.

—No me estás entendiendo, Isidora —de repente Maite parece haber recuperado la seguridad, pero que la llame Isidora es algo que no va a consentir.

—Como vuelvas a llamarme así te vas tú sola a dar vueltas por el ambiente.

Maite arquea las cejas y alza las manos.

—Perdona, no sabía que no te gustaba tu nombre. A mí me parece muy sexy, *Isidora*.

En esta ocasión, Maite mastica cada letra al pronunciarlo y lo hace de un modo que provoca un escalofrío que recorre toda la columna de Isi, a la que, por primera vez, no le importa escuchar su nombre completo.

—¿Por qué dices que no te estoy entendiendo? —pregunta Isi tratando de salir de la turbación en la que se encuentra.

—Porque creo que tú y yo podríamos tener algo… ¿Cómo decirlo? —La policía mira al techo buscando la palabra adecuada—, algo desenfadado —declara finalmente.

—¿Desenfadado?

—Pasarlo bien juntas. Ser amigas y si surge algo pues…

Maite vuelve a perder la seguridad en ese punto, Isi la pone lo suficiente como para querer iniciar un tonteo con ella y ver hasta dónde llega.

—¿Te refieres a una especie de aventura en la que no haya compromiso?

La policía asiente, Isi no sale de su asombro.

—Solo si tú quieres, por supuesto. Seríamos amigas con derecho a roce por así decirlo, y quién sabe si algún día…

Maite se encoge de hombros y las dos se miran. Ninguna piensa en ese momento en nada a largo plazo, a Isi la idea le parece buena, sobre todo porque no la ha propuesto ella. ¿Qué malo tiene un poco de sexo con una mujer que la pone a cien y que le resulta muy atractiva?

—De acuerdo —dice y le extiende la mano por encima de la mesa volviendo a mirar el reloj, se está pasando diez minutos—, pero con una condición.

—¿Cuál? —Maite le estrecha la mano y no la suelta mientras escucha lo que tiene que decir.

—Si te sientes incómoda en algún momento o no te apetece seguir,

me lo tienes que decir de inmediato.

—Por supuesto.

Las dos se sueltan y se levantan. Maite paga los cafés y salen a la calle, donde se intercambian los números de teléfono y quedan en que se llamarán, aunque ninguna concreta quién ni cuándo.

—Bueno, entonces me voy y te dejo que sigas trabajando, intenta no romper nada, ¿de acuerdo? —bromea Maite.

—Qué graciosa —dice Isi entornando los ojos.

Se quedan quietas sin saber cómo despedirse. Maite espera que Isi, que tiene mucha más experiencia que ella, sea la que se mueva en primer lugar, pero la limpiadora decide que lo mejor es dejar que sea Maite la que lleve las riendas de ese extraño y excitante pacto, así que se queda quieta y hace un mohín con los labios dejándole claro que no piensa hacer nada.

La policía titubea un instante, pero se arma de valor y decide que hará lo que tantas ganas tiene; besarla. Así que se despiden con ardiente beso en los labios que hace que Isi eche de menos tener la escoba en la mano para que le sirva de apoyo y que Maite olvide la dirección por la que debe marcharse.

Capítulo 30

Son casi las cinco de la tarde cuando el timbre de Teresa suena. Se levanta del sofá como una exhalación, lleva más de dos horas ahí sentada, tratando de no pensar, entretenida con una revista de crucigramas de la que apenas ha logrado encontrar cuatro palabras en una sopa de letras.

Cuando va a abrir, se da cuenta de que está temblando y de que al mismo tiempo tiene un calor incómodo que le moja las axilas y le provoca escalofríos como si tuviera fiebre. Abre la puerta y se encuentra con la mirada torva y al mismo tiempo huidiza de Anabel.

—Hola —saluda la madre de Marta en tono seco.

Anabel nota que le cuesta respirar, no es lo mismo ver a Teresa en un ambiente oscuro y rodeado de gente que tenerla delante a plena luz del día y en su casa, a solas, las dos juntas, como tantas veces ansiaron en el pasado. De repente recuerda ese montón de conversaciones en las que fantaseaban con tener su propia casa, una en la que no tener que esconderse para expresar todo lo que sentían. Siente un estallido de ansiedad en el centro del pecho y se queda paralizada en el sitio sin saber si su corazón podrá resistir un encuentro como ese.

—Pasa, anda, que hace frío.

La voz de Teresa es débil y muy acorde a su estado de ánimo, casi por los suelos. Anabel se queda junto a la puerta, cohibida por un lado y rabiosa por el otro. Es algo que no puede controlar, una parte de ella quiere abrazarla, la otra estrangularla por acabar con todas sus opciones. Teresa traga saliva como si pudiera leer en su mirada todo lo que piensa, Anabel siempre fue muy expresiva, no necesitaba hablar para que Teresa la entendiera. Ahora lo único que encuentra detrás de su mirada es una negrura que le provoca escalofríos porque al mismo tiempo se reflejan atisbos de ese amor profundo que siempre ha sentido hacia Teresa.

—Siéntate donde tú quieras —Teresa le señala el sofá y también el sillón que hay de frente junto a la ventana.

Anabel duda, una parte de ella necesita estar cerca de Teresa, la otra muy lejos, así que se queda en el sofá, pero en el rincón más alejado.

—¿Qué quieres tomar? Tengo refrescos, cerveza y agua.

—¿Tienes café? No he dormido mucho —la corta Anabel.

—Claro, por supuesto.

Teresa coge la cafetera italiana que se hace cada día y sirve un par de tazas.

—¿Leche?

—No, solo está bien.

La anfitriona lo dispone todo en una bandeja y reza para que las manos no le tiemblen mucho y esta llegue de una pieza hasta la mesa de centro.

—Toma, ponte el azúcar que quieras.

Teresa, que ha notado que Anabel no la quiere cerca, deja un espacio entre las dos y se sienta.

—¿Por casualidad tienes sacarina? Soy diabética.

Teresa siente unas repentinas ganas de llorar que hacen que el labio inferior le tiemble cuando niega con la cabeza ante Anabel. Sabe que no tiene la culpa por no tener sacarina, pero bastante mal se siente con ella como para encima no poder complacerla con un simple café.

—No, lo siento —titubea con la voz estrangulada.

—No pasa nada, solo también me gusta —miente Anabel que, aunque quiere odiarla, se da cuenta de que no puede.

El silencio lo envuelve todo con absoluta incomodidad. Anabel se centra en dar pequeños sorbos a su café, mientras que Teresa aprovecha para beberse un vaso de agua que la ayude a tranquilizarse.

—¿Cuándo has vuelto a la ciudad, Anabel? —pregunta Teresa finalmente.

Su tono es prudente, al igual que su actitud desde que ha llegado. Teresa no quiere hacer nada que la haga sentir incómoda, al menos no más de lo que ya ha hecho, que no es poco.

—Volvimos hace cuatro años, un año después de que mi marido falleciese.

—¿El mismo con el que te casaste cuando…?

—Sí, el mismo, ya sabes, los matrimonios son para toda la vida —contesta con desidia.

—No me digas que tú también crees en esas gilipolleces, Anabel —se tensa Teresa.

—¿Qué más da lo que yo crea? Eso nunca ha importado en mi familia.

Las palabras salen masticadas de su boca con rabia antes de que desvíe la mirada hacia la ventana y se pierda en ella.

—¿Has sido feliz? —pregunta Teresa aterrorizada ante la respuesta.

Anabel se gira hacia ella y la mira impactada. Sus ojos se desbordan y rápidamente se pasa la mano por ellos tratando de contener el torrente que se le viene encima. Nadie hasta ahora, se ha interesado nunca por semejante cuestión. Su vida siempre ha sido

manejada y dirigida por otros, y ella ha claudicado aceptando que ese era su destino, tal y como siempre le repetía su madre. Anabel se muerde la piel seca de un dedo y no para hasta que se la arranca.

—Anabel…

—Ahora estoy bien —dice en un susurro que estremece a Teresa—. Vivo sola, el apartamento es muy pequeño y tiene poca luz, pero para mí es suficiente, y Marta está muy bien con su amiga.

Cuando le sale el nombre de su hija mira de reojo a Teresa sin poder evitarlo. Quiere ver su reacción, el efecto que le provoca, pero la cincuentona apenas puede respirar mientras se imagina a Anabel sola en ese cuchitril del que habla.

—¿Qué hay de ti? ¿Te has casado? —se interesa la madre de Marta tratando de apartar la atención de ella, demasiado sobrepasada por la situación.

—Una vez, con una mujer —aclara Teresa—, pero no salió bien.

—¿Qué pasó?

—Que no eras tú, Anabel.

La madre de Marta se gira hacia ella de manera abrupta, no quiere que Teresa la toree ni le tome el pelo, pero la que fue la única persona por la que ha suspirado de verdad, no ha sido más sincera en toda su vida.

—Ya ves, la vida es injusta —responde Anabel apartando la mirada.

Observa su café, se ha quedado frío en la taza, aun así, se lo bebe para que su sabor amargo la distraiga.

—¿A qué te dedicas?

Teresa tiene una repentina necesidad de saberlo todo de ella, pero debe ir con cuidado y hacer solo preguntas que le haría a cualquier amiga a la que hace tiempo que no ve.

—Entre semana limpio casas por las mañanas, el fin de semana trabajo de camarera en un hotel al mediodía.

La mirada de asombro de Teresa deja en el aire un montón de preguntas que Anabel decide responder, mejor hablar de eso que del verdadero problema que la ha llevado ahí.

—Mi marido era un vicioso que se lo gastaba todo en el juego, así que cuando murió, no nos dejó nada que no fueran deudas. Vivíamos en una casa prestada por uno de sus tíos, pero al morir su padre, Marta no quería seguir en el pueblo, ansiaba vivir en la ciudad y yo quería darle la vida que me negaron a mí. Toda mi vida he sido una mujer de casa, mi marido era demasiado orgulloso como para permitirme trabajar, por lo que no sé hacer nada que no sea limpiar y cocinar —dice con una sonrisa de amargura—. Así que acepté el primer trabajo que encontré y nos vinimos aquí. Con lo que gano y la poca pensión de viudedad que me queda, me apaño para pagar el

alquiler y ayudar a Marta con los estudios. No necesito más.

Anabel se levanta y se queda de pie junto a la ventana. Lo único que echa de menos de vivir en el pueblo, son las vistas y el silencio. Por las noches todavía le cuesta conciliar el sueño debido a que sus vecinos son bastante escandalosos y la zona en la que vive algo conflictiva.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —pregunta mirando a Teresa de soslayo.

—Ahora a vivir de las rentas, antes era agente inmobiliaria.

Anabel se gira hacia ella con curiosidad.

—Heredé este bloque de pisos hace dos años —explica Teresa abriendo ambas manos mientras hace una mueca con los labios.

No se siente cómoda, mientras que a ella la vida le ha sonreído, a Anabel no ha hecho más que darle bofetadas.

—Tiene ocho apartamentos, así que alquilé siete, vendí mi piso y me mudé a este.

—Una mujer de negocios —sonríe complacida Anabel, alegrándose por ella.

Teresa también se pone en pie, quiere acercarse, tiene una necesidad imperiosa de abrazarla, de decirle que ahora está a salvo, que todo está bien y que ya no le va a pasar nada más, pero no puede, porque Anabel la mira con recelo, deseando que lo haga y al mismo tiempo levantando un muro entre las dos.

—¿Te duele la cara?

Teresa tarda en entender a qué se refiere y se lleva la mano a la mejilla donde la abofeteó en un gesto inconsciente, lo hace como si fuera una caricia, y después niega con la cabeza.

—No.

—Pues qué suerte, a mí me sigue picando la mano.

Las dos estallan en una risa nerviosa que, en lugar de contribuir a relajarlas, las pone más tensas.

—Anabel, sobre lo de Marta…

—¡Cállate! —pide su madre de manera abrupta.

—No puedo callarme —estalla Teresa sobrepasada—. No tenía ni idea, Anabel, ¿crees que me habría acostado con ella de haberlo sabido?

Anabel se lleva las manos a los oídos y cierra los ojos con fuerza, no quiere escucharla, o peor, no quiere imaginarlo. Teresa se acerca y le coge ambas manos por las muñecas provocando un forcejeo en el que las dos lloran, gritan y se dicen cosas horribles.

—No significó nada, te lo juro —logra vocalizar Teresa sin soltarla.

—Ahora va por ahí como una perra desbocada, y todo es por tu culpa —reprocha su madre sin parar de llorar.

Teresa se detiene y la suelta llevándose las manos a la cabeza.

—Yo solo me acosté con ella, Anabel… Yo… Madre mía, es que no sé por qué tenemos que hablar de esto, ¿no puedes aparcarlo?

—¿Aparcarlo? ¡Te has follado a mi hija, Teresa!

—¡También follé contigo, Anabel! Sin saber que unos años después ibas a tener una hija que me seduciría…

—¿La culpas a ella?

Teresa se calla de inmediato y baja la cabeza dejándose caer en el sofá. No puede más, lo que siente la desborda y la impotencia de no conseguir que Anabel entienda que para ella Marta no ha significado nada, sumada al terror de ver que un calentón le va a costar volver a perderla, le provocan una náusea repentina que hace que salga corriendo hacia el baño y termine vomitando lo poco que ha comido en todo el día.

Sin fuerzas, con un dolor de cabeza punzante y muy mal cuerpo, se queda arrodillada junto al váter con la espalda apoyada en los azulejos de la pared de enfrente, desmadejada. Anabel está en la puerta, sumida en un llanto histérico que no puede detener, pero preocupada por Teresa. Se deja caer y se sienta apoyando la espalda en la pared del pasillo, observando el cuerpo desvalido y derrotado de Teresa, que tiene la mirada clavada en la cisterna y parece estar muy lejos de allí.

Las dos mujeres se pasan allí algo más de una hora. El llanto de Anabel ha ido disminuyendo, pasando por hipidos angustiosos hasta que su cuerpo ha quedado allí igual de abatido que el de Teresa, agotado. Ambas se han sumido en un extraño letargo, en una calma tensa y un silencio tan absoluto que solo se veía alterado cuando una de las dos suspiraba de manera prolongada tratando de calmarse. La primera en moverse es Anabel cuando se da cuenta de que Teresa se está quedando adormecida. Se levanta despacio, con el cuerpo entumecido por el frío y los músculos doloridos. Se estira y se abraza el cuerpo. Sabe que en casa de Teresa no hace frío, que el frío lo han cogido ellas sentadas en el suelo.

Se acerca despacio, con la cabeza a punto de explotarle y la nariz escocida. Al pasar por delante del espejo se mira y prefiere apartar la mirada para no encontrarse con esa mujer cansada, ojerosa y triste que le devuelve su imagen reflejada.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta de pie frente a Teresa.

La cincuentona alza la mirada con torpeza y suspira mirándose las manos. A Anabel le recuerda a una niña pequeña y la emoción vuelve a subirle por el pecho haciendo que se lleve una mano a la boca hasta que puede controlarla.

—Estoy bien —dice Teresa moviendo los hombros con una mueca de dolor.

—Pues levanta de ahí, te vas a quedar helada y yo tengo que marcharme.

Teresa alza la mirada y le dedica una sonrisa triste.

—Ve, yo estoy bien.

—No me voy a ir dejándote ahí, Teresa.

—¿Crees que estaré mejor en otro sitio? —ahora son los ojos de Teresa los que están encharcados y Anabel la que siente que su corazón se resquebraja.

—Por favor —suplica—, al menos estarás más caliente.

—Estoy bien, Anabel, vete tranquila, cuando esté lista me daré una ducha para entrar en calor.

Teresa baja la mirada para dar por concluida la conversación, si no puede tener a Anabel, prefiere no mirarla ni estar cerca de ella. Eso le duele mucho más que estar en el suelo medio congelada.

—Como quieras.

Anabel se marcha y cuando Teresa escucha la puerta de su casa cerrarse, estalla en un llanto silencioso, tan doloroso que está segura de que acabará partiéndole el pecho por la mitad.

Capítulo 31

Anabel camina de vuelta a su edificio completamente despistada. No puede decir que tiene la mente en otras cosas, solo la tiene en una, sus pensamientos se han quedado en el apartamento con Teresa. No puede pensar en nada que no sea ella, ni en el dolor que le produce el estado en el que la ha dejado. En un momento determinado a mitad de camino, se detiene en seco en medio de la calle y decide que se vuelve, que necesita abrazarla, que ni Teresa ni ella tienen la culpa de lo que les ha pasado y que se merecen ser felices de una vez por todas. Pero Anabel se queda quieta durante varios minutos, indecisa, sabiendo que hay algo que la frena y que si se presenta en casa de Teresa, solo le hará más daño con su actitud cortante y acusadora que no puede evitar.

Se gira de nuevo y pone dirección a su edificio sintiendo un agotamiento extremo. El frío le ha calado hasta los huesos y ni siquiera el abrigo y el paseo la están haciendo entrar en calor. Solo piensa en llegar a su casa, darse una ducha caliente como ha dicho Teresa, prepararse una taza de caldo y meterse en la cama. Quizá solo necesita tiempo, asimilar lo que ha pasado, aceptarlo y entender que fue un encuentro entre dos mujeres sin ningún otro interés que no fuera el de pasar el rato. Se frustra y resopla, y así llega a la puerta de su casa, donde descubre que su día agotador no ha terminado, porque su hija Marta está dentro esperándola en el salón.

Desde el viernes no se han visto ni han hablado. Su hija ha trabajado por las noches y ella por el día, pero era de esperar que se pasara para pedirle explicaciones por su comportamiento de la otra noche.

—Hola, hija —dice quitándose el abrigo.

Marta la mira fijamente, observando el gesto demacrado de su madre y los claros signos de sus ojos después de haber llorado.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada, un mal día. ¿Tú, cómo estás?

Anabel se deja caer en uno de los dos únicos sillones del salón. Marta ha encendido el brasero cuando ha llegado, por lo que se cubre con la falda de la mesa y enseguida nota como el calor la reconforta.

—¿No piensas contarme lo que pasa? —pregunta su hija con expresión desconcertada.

Marta no ha dormido mucho estos dos días dando vueltas al asunto, comentándolo con Vanesa y llegando a la conclusión de que

debe pedir disculpas a Teresa en nombre de su madre. Ahora solo debe encontrar el momento, pero antes quiere que su progenitora le dé una explicación.

Anabel la mira largamente y cabecea sin saber cómo empezar. ¿Cómo se le explica a una hija algo así cuando jamás le ha hablado de esa mujer a la que tanto quiso y quiere? Ni a ella ni a nadie, porque siempre ha estado convencida de que sus sentimientos no importan.

—Te pasaste tres pueblos, mamá —dice Marta al ver que su madre no habla—. ¿Piensas pegar a todas mis amantes? Porque vas a tener trabajo —añade con desdén.

Anabel se estremece solo de pensarlo.

—No, claro que no, Marta.

—¿Y por qué a ella sí?

—Porque a Teresa la conozco, hija.

Ya lo ha dicho, acaba de encender la mecha y pronto estallará la bomba.

—¿La conoces? ¿De qué?

La cara de sorpresa de Marta es difícil de disimular.

—De hace muchos años, tú no habías nacido todavía.

—Joder, ¿y te acuerdas de ella?

Anabel esboza una sonrisa y asiente con cansancio, claro que se acuerda.

—Ella no me dijo que te conocía.

—Porque Teresa no sabía que eras mi hija.

—¿Y de qué os conocéis?

A Anabel está a punto de darle un infarto, al menos así es como se siente ella, con los latidos tan disparados que se está mareando igual que la otra noche.

—Tuvimos una aventura antes de que yo me casara con tu padre.

A Marta deja de llegarle el aire a los pulmones.

—¿Qué?

Su madre se recuesta en el sillón y la mira, de nuevo conteniendo las ganas de llorar.

—Mamá, ¿qué dices? ¿En serio tuviste un lío con Teresa? —pregunta Marta, estupefacta.

—Sí.

—Joder, joder —dice recogiéndose la melena como si fuera a hacerse una cola para después dejarla caer sobre sus hombros—. ¿Y cómo fue ese lío? Quiero decir, la abofeteaste… Mierda, mamá…

Marta se levanta y clava la mirada en su madre, que de nuevo tiene un torrente resbalando por la cara, aunque esta vez no es un llanto histérico y agónico como el que ha tenido en casa de Teresa.

—¿Me traes agua? —pide entre sollozos—, si sigo así voy a deshidratarme.

Su hija obedece y aparece con la jarra y dos vasos, ella también necesita beber para digerir la noticia.

—Necesito que me lo cuentes todo —dice Marta sentándose esta vez sobre las piernas de su madre como hacía cuando era pequeña.

Anabel traga saliva y le relata a su hija toda su historia con Teresa hasta que las descubrieron y se vio obligada a contraer matrimonio con un hombre al que no quería. Marta siempre ha sabido que el de sus padres fue un matrimonio pactado, pero jamás supo que su madre estaba loca de amor por otra persona cuando llegó el momento, ni que ha vivido toda su vida resignada pensando que esa era su obligación.

—Lo siento mucho, mamá —Marta se abraza a ella y también llora.

Siente rabia y culpa, la primera por no haberse dado cuenta de lo infeliz que era su madre, la segunda por haberse interpuesto entre ella y la única persona a la que quiere.

—Deberías abofetearme a mí —dice entre sollozos.

—Tú no tienes la culpa, Marta.

—Teresa tampoco —declara su hija.

—Ya lo sé —admite Anabel—, pero me vi sobrepasada, no esperaba volver a verla y cuando vi que era ella, yo qué sé, no supe reaccionar.

—¿Y ahora qué? ¿Has hablado con ella?

Anabel asiente y le explica que viene de su casa.

—Escucha, mamá —Marta se arrodilla a un lado del sillón cogiendo las manos de su madre, que la mira agotada—. Yo sé que para ti que eres un poco carca y chapada a la antigua, esto es un poco raro.

Anabel se ríe y su hija se contagia, las dos entre sollozos.

—Pero ignora lo que pasó entre Teresa y yo porque te juro que no fue nada ni significó una mierda para ninguna.

—¿Quieres hablar bien? —pide su madre con voz cansina, Marta le parece incorregible.

—No, no quiero —ladra su hija—. Teresa se ha acostado con muchas mujeres, pasa el rato y a otra cosa, yo solo soy una más, igual que ella para mí. No dejes que eso se interponga entre vosotras. Es una putada, pero si lo hubiéramos sabido…

—Ya lo sé, Marta, pero ahora mismo la cabeza me va a explotar, son demasiadas cosas. Quiero descansar, hija.

Anabel da un beso a Marta en la cabeza y se levanta dispuesta a irse a la ducha que tanto necesita.

—Teresa es buena mujer, mamá, y tú te mereces ser feliz de una puta vez —dice Marta a su espalda antes de salir por la puerta.

Anabel se queda clavada en el sitio y asiente, sabe que ambas cosas son ciertas, pero ahora solo quiere dormir.

Capítulo 32

Es miércoles y Verónica está agobiada después de unos días muy intensos de trabajo y reuniones con un cliente que, aunque sabe que le va a aportar grandes beneficios, ella no soporta por ser uno de esos empresarios ricos con aires de grandeza que creen estar por encima de la ley y de todos los demás. A la abogada le asquea el modo que ese hombre tiene de mirarla, así como su manera casi fraternal de hablarle, como si le estuviera haciendo un favor acudiendo a ella cuando los dos saben que el favor se lo hace ella aceptando llevar su caso.

Cuando por fin lo despide y se queda sola en el despacho, son más de las cinco de la tarde, pero ella se siente como si fueran las diez de la noche y se hubiera pasado todo el día en pie y sin haber probado bocado. Ese hombre le absorbe la energía cada vez que entra en su despacho, la deja seca, sin fuerza y con un mal humor que no se explica.

Verónica suelta un suspiro desganado y se dirige hacia el ventanal que hay justo detrás de su mesa. Abre las dos hojas de par en par a pesar de que hace frío y deja que el aire puro entre en la estancia y la libere del mal ambiente que ese hombre deja cada vez que la visita. Sale al diminuto balcón de apenas medio metro de profundidad por un metro de ancho situado en la primera planta del edificio. La abogada apoya los brazos en la baranda y mira hacia su izquierda donde en la acera de enfrente, a unos cuantos metros, está el Melis.

Todavía recuerda el primer día que se mudó a su despacho hace unas pocas semanas. Estaba recién pintado y el olor la mareaba, así que abrió y salió a tomar el aire como lo está haciendo ahora y esa fue la primera vez que vio a Amelia. La dueña del Melis estaba en la puerta del bar hablando por teléfono mientras apartaba de manera distraída alguna colilla que alguien había tirado delante de su entrada. Verónica se quedó hipnotizada, todavía sigue sin comprender qué fue exactamente lo que la enganchó de aquella manera puesto que ella no es una mujer de las que se fija solo en el envoltorio. Para que alguien llame la atención de la abogada, ella necesita ver también en el interior, pero por algún motivo, eso no fue necesario con ella.

Muchas veces piensa que quizá fue su actitud humilde, aquella manera de moverse tan delicada, la forma de sonreír a los vecinos que la saludaban o esa milésima de segundo en la que sus miradas se cruzaron cuando Amelia alzó la vista. Verónica está convencida de

que no pudo verla porque ella tenía el sol a su derecha y a Amelia le daba en plena cara, pero la abogada se quedó prendada con su mirada hasta que la dueña del Melis colgó y se metió dentro del bar. Verónica entonces no sabía quién era ni cómo se llamaba, pero no le costó descubrir aquella misma tarde que debía ser la dueña del local, ya que estaba cerrado al público cuando ella se marchó hacia su casa y la mujer estaba en la barra colocando botellas en la estantería.

A partir de esa tarde, Verónica se asomaba al balcón cada día siempre que podía. Unos días tenía suerte y otros no, a veces Amelia hablaba por teléfono como el primer día, otras simplemente la veía llegar o marcharse. Pensó muchas veces en entrar a tomarse algo, pero entonces el Melis solo abría por las noches y la idea de presentarse sola le parecía un poco absurda y desesperada, hasta que una tarde la vio colgar un cartel en la puerta antes de marcharse y no pudo resistirse a bajar y leer lo que ponía. Fue entonces cuando descubrió que se harían las rondas de citas los jueves por la tarde, y ahí donde encontró la excusa perfecta para acercarse un poco más a ella.

Pensando en eso sonríe y se da la vuelta dispuesta a volver al interior, pero justo cuando lo está haciendo, ve llegar a Amelia, y en medio de un impulso irrefrenable, llama su atención con un silbido tan potente que se giran casi todos los transeúntes de la calle.

Amelia alza la mirada y como si Verónica tuviera un efecto hipnótico, la ve de inmediato haciéndole señas desde un balcón. El corazón se le desboca como un potro y su sonrisa se ensancha mientras se pone la mano en la frente a modo de visera. La abogada le dijo que trabajaba cerca, aunque no se imaginaba que fuese tanto. Verónica le hace un gesto con la mano indicando con ansia que se acerque. Amelia camina divertida y se sitúa debajo del balcón.

—¿Vas a lanzarme una trenza para que suba? —bromea la dueña del Melis.

Verónica esboza una sonrisa burlona y saca medio cuerpo como si quisiera lanzarse sobre ella.

—Yo soy más práctica, te abro —dice la abogada desapareciendo del balcón.

Amelia no tiene tiempo de pensar, se acerca a la puerta y enseguida suena un chasquido que indica que está abierta. Nerviosa e impaciente por verla, empuja y sube por la escalera hasta encontrarse a Verónica esperando en el rellano del primer piso junto a una puerta abierta.

—¿Necesita una abogada? Hoy estoy de rebajas.

Amelia se ríe cuando Verónica se hace a un lado y le flanquea el paso para que entre. Cuando lo hace, la abogada cierra la puerta y echa la llave con dos vueltas.

—¿Me estás secuestrando?

—La dejo puesta, puedes irte cuando quieras —Verónica señala las llaves en la puerta y mira fijamente a Amelia, que comienza a deshacerse poco a poco.

La dueña del Melis deja la bolsa que llevaba sobre una de las sillas de la mesa redonda que hay en el rincón, donde Verónica suele hacer reuniones.

—¿Tenías mucho lío? —pregunta la abogada mirando la bolsa.

—No, tranquila, solo llevaba algunas cajas de té y otras infusiones, que se me están acabando, pero las puedo dejar más tarde. ¿Tú estás ocupada?

Verónica hace un movimiento negativo con la cabeza mientras mira a Amelia como si se la quisiera comer con la mirada.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice Amelia, notando un cosquilleo en la entrepierna que hace que cada vez le cueste más respirar.

—Todas las que quieras —la abogada se acerca lentamente y se detiene a un par de pasos.

Amelia recula, hasta que su trasero se encuentra con el borde de la mesa y se aferra a ella con las manos, confusa, sin saber si está cruzando una línea.

—¿Y bien? —el tono seductor de Verónica la termina de convencer.

—¿Te masturbaste la otra noche? —pregunta sofocada.

La abogada esboza media sonrisa y se muerde los labios antes de contestar.

—Por supuesto, me corrí dos veces.

—Madre mía —Amelia no puede ni mirarla de lo excitada que se siente en ese momento.

—¿Te puedo preguntar algo yo?

Amelia asiente ruborizada, pensando que le preguntará lo mismo, pero es mucho peor.

—¿Te desnudarías para mí?

—¿Cómo dices?

—Ya me has escuchado, Amelia —su voz cortante y ronca pone a la dueña del Melis como una moto.

—¿Aquí? —pregunta con la voz rasposa.

—Justo ahí, donde estás. Quiero que te lo quites todo, puedo subir la calefacción si quieres.

—No, no —dice Amelia, que siente que la piel le abrasa.

Carraspea y se aparta el pelo de los hombros, después, y muy despacio mientras siente la mirada de Verónica atravesando su cuerpo, se va quitando cada prenda lentamente. Nunca se ha desnudado de ese modo para nadie y por un instante siente algo de pudor, pero poco a poco se le va pasando y lo que al principio le parece algo que la

cohíbe, comienza a parecerle el juego más erótico en el que ha participado.

Verónica ni siquiera pestañea, solo se centra en respirar y en perseguir con la mirada cada centímetro de piel que queda libre conforme Amelia arrastra prendas hasta que se queda completamente desnuda frente a ella.

—Dios mío, eres perfecta —dice mordiéndose el labio con tanta tensión que se hace sangre.

Amelia nota el abdomen temblando de deseo, se muere de ganas de que Verónica se acerque y la toque, pero al mismo tiempo le gusta estar así, su excitación es cegadora y siente un placer desconocido del que no quiere deshacerse tan pronto. Verónica se acerca y sin tocarla, coge dos sillas y coloca una a cada lado de Amelia, después vuelve a retirarse y se dirige a por la suya, más cómoda y con ruedas, para sentarse frente a ella.

—Siéntate en la mesa, despacio —ordena con la mirada clavada en su pubis.

Amelia ni siquiera nota el frío de la madera en sus nalgas, simplemente se impulsa levemente hasta que su culo queda justo encima de la tabla.

—Y ahora pon un pie en cada silla.

La sacudida de excitación tensa todo el cuerpo de Amelia cuando comprueba que ambas sillas están colocadas estratégicamente a cada lado de su cuerpo, de modo que cuando suba los pies, sus piernas quedarán completamente abiertas y su intimidad expuesta. Eso no la frena, al contrario, con una lentitud que marea a Verónica, sube primero el pie derecho y después el izquierdo, posteriormente se apoya con ambas manos en la mesa y todo su cuerpo queda ofrecido para que la abogada haga lo que le plazca.

Verónica se acerca con la silla y cuando está justo delante se levanta, se quita la americana y se comienza a desabrochar la camisa al mismo tiempo que su lengua comienza a pasarse por el torso desnudo de Amelia, que gime estremecida de placer.

La abogada se quita la camisa y la deja sobre la mesa, las dos mujeres se miran un momento como dos animales enfermos de deseo y se besan furiosas. Las manos de Verónica se ciñen a la cintura de Amelia unos instantes, apoderándose de ella para saciar en ese beso su ansiedad y después descender por su cuerpo hasta los pezones, sorbiendo primero uno y después el otro para seguir bajando. Amelia echa la cabeza hacia atrás, ofrecida, temblando como una hoja cuando Verónica se sienta en la silla, se aferra con las manos a sus muslos y comienza a beber de su humedad tan despacio, que Amelia tiene que suplicar.

—Verónica, por favor… —la dueña del Melis le pone una mano en

la cabeza y la aprieta entre sus piernas exigiendo una intensidad que solo llega cuando Verónica lo decide.

Juega con ella llevándola al límite con la lengua y después con los dedos, hasta que finalmente vuelve a penetrarla con fuerza y a sorber con los labios al mismo tiempo que su lengua se mueve frenética sobre ese punto que Amelia ya tiene tan inflamado que solo puede aguantar ese ritmo unos segundos, antes de sentir como el burbujeo que le nace desde el vientre, se le expande como una explosión que viene acompañada de varias ondas expansivas que tensan su cuerpo hasta provocarle un orgasmo de esos con los que ella y sus amigas muchas veces sueñan, los que describen como orgasmos de ojos blancos y dedos engarrotados.

Capítulo 33

Hoy es un jueves muy diferente a los últimos. Es la tarde de la ronda de citas y Teresa está en su casa vestida con el pijama que no se ha quitado en todo el día mientras piensa en cuánto ha cambiado todo en ese grupo de cuarentonas desbocadas y solteras. Hace tres semanas todas estaban allí, expectantes, deseando conocer a esa mujer que lo cambiara todo en su mundo, aunque Teresa no imaginaba que pasaría tan rápido y ahora recuerda todo aquello y le parece que han pasado años.

Mirando a la nada, piensa en Paula, la primera de ellas en caer y la única que ha formalizado su relación con Carmen. A pesar del poco tiempo, ellas dos sí que van completamente en serio y a su amiga los ojos le hacen chiribitas cuando habla de la que ya es oficialmente su novia.

Después piensa en Toñi y por primera vez en días se le escapa la risa. Su amiga asegura que solo está conociendo a la granjera, pero todas tienen claro que Toñi jamás se acercaría a alguien que se mueve entre cerdos y gallinas si no estuviera comenzando a sentir algo muy fuerte. Amelia dice que hay que dejar que se dé cuenta ella sola y no agobiarla, y Teresa está de acuerdo.

La cincuentona mira el reloj, las rondas están a punto de comenzar y sabe que la única que está allí, además de Amelia acompañada de Verónica, es Isi con su amiga Maite y ese rollo raro que les ha contado que tienen. Teresa todavía no ha entendido muy bien el audio que ha enviado Isi al grupo para explicarlo, estaba nerviosa y hablaba muy deprisa y eufórica, pero ya tendrán tiempo de interrogarla. Lo que sí está claro, es que si Isi está cómoda con ese tipo de acuerdo con la policía, todas la apoyan. Paula y Carmen han confirmado que no asistirán más los jueves y Toñi ha ido a casa de Alejandra, así que cuando suena el timbre de su casa, Teresa no consigue imaginarse cuál de ellas puede haber cambiado sus planes para sacarla de allí, puesto que han estado insistiéndole todo el día en que tenía que mover el culo para que le diera el aire.

Se levanta desganada y se mira las pintas. Ni cuarentona, ni cincuentona, está tan demacrada por la tristeza y la dejadez, que parece que le han caído diez años encima y podría pasar por sesentona perfectamente. Le da igual, hace días que todo ha dejado de importarle, y con ese ánimo abre la puerta y se encuentra a Marta al otro lado.

—Marta, vete de aquí —espeta de inmediato sin atreverse a mirarla a la cara.

Es la última persona a la que esperaba ver y de repente siente pánico, o vértigo, no lo tiene claro. Lleva días sin salir de su casa con la esperanza de que Anabel recapacite y vuelva a verla cuando esté más calmada, y si le da por volver ahora y encuentra ahí a su hija, Teresa no quiere ni imaginarse lo que pensará de ambas.

—No —zanja la camarera—. Estás horrible, Tere —dice compungida.

Marta no espera a que Teresa la invite a pasar porque sabe que no va a hacerlo, así que entra y Teresa cierra la puerta rendida.

—¿A qué has venido?

—Solo quería saber cómo estabas.

Marta la mira desolada. Aprecia a Teresa y jamás se imaginó que un calentón tuviera las consecuencias que está teniendo.

—Sobreviviré, tú no te preocupes. ¿Has hablado con tu madre? —pregunta precavida.

—Sí, lo sé todo —Marta hace una mueca con los labios y baja la mirada—. Lo siento mucho, Tere, si yo lo hubiera sabido…

—No te agobies, Marta, que tú no tienes la culpa.

—Pero tú tampoco, Tere, ni mi madre, no sé por qué le cuesta tanto entenderlo —dice Marta frustrada.

—Porque tu madre tiene otra mentalidad más conservadora. Se ha criado y ha vivido así, entre gente que ha dirigido su vida y le ha inculcado que su obligación como mujer era casarse con el hombre elegido por su padre que sabía lo que le convenía mejor que ella, sin tener en cuenta sus sentimientos —Teresa habla con rabia, con ira, sin mirar a Marta ni a nada en concreto—. Le grabaron a fuego que el sitio de la mujer era su casa y su cometido complacer a su marido y cuidar a su hija.

—Pero eso ya no pasaba en vuestra época —se exaspera Marta.

—Sí que pasaba, Martita, no como veinte años atrás, pero seguía pasando. Quedaban muchas familias que seguían conservando esos valores, y la de tu abuelo era una de ellas. Es probable que tu madre, por mucho que me quisiera entonces, en el fondo sintiera rechazo por lo que estábamos haciendo porque a ella no hacían más que decirle que eso era un pecado, que gente como nosotras éramos depravadas, desviadas que habían abandonado el camino correcto y todas esas mierdas.

—Pero ahora es diferente, ha cambiado —dice Marta—. No le importa que yo esté con mujeres.

—No, pero sí que hayas estado conmigo. Eso para ella debe ser como una bomba a punto de explotarle en la cabeza, Marta. Ha vivido una vida que no es la suya, al lado de un hombre al que no quiere solo

porque le han dicho que debía hacerlo, y ahora que por fin es libre, ¿qué ha hecho? Me dijo que tu padre falleció hace cinco años, ¿ha estado con alguien en ese tiempo?

—No —niega Marta.

—Claro que no. Está aterrada, Martita. Sus sentimientos solo van en una dirección de la que la apartaron de manera abrupta, y ahora que yo me cruzo en su camino, resulta que he tenido un rollo con su hija, eso para ella debe ser una especie de pecado mortal.

Marta se ríe con amargura.

—Me niego a creer que sigue pensando así y es tan cerrada de miras. Los tiempos han cambiado y, aunque le cueste verlo, ella también. Está sufriendo, Teresa, sufre como nunca la he visto. Y tú también, solo hay que verte.

La camarera la señala y Teresa se mira el pijama, después suelta un largo suspiro.

—¿Y qué quieres que haga? Ahora mismo me mira y ve a un monstruo.

—Eso no es verdad, a mí en realidad, me parecéis dos idiotas. Estáis las dos en casa llorando la una por la otra y, sinceramente, no lo entiendo. Después vais por ahí dando consejos, diciendo que la edad da experiencia y todas esas mierdas —Marta se ha exaltado y Teresa la mira sorprendida—. Aplicaos el cuento y dad ejemplo. Tú sabes de sobra que lo nuestro fue una gilipollez, haz que lo entienda de una puta vez, Tere, cuando quieres eres muy convincente.

Marta localiza un bloc de notas sobre el mueble y se levanta para cogerlo. Después se sienta al lado de Teresa y arranca la primera hoja para escribir.

—Esta es la dirección de mi madre, está en casa y te aseguro que no va a salir. Ahora date una ducha, vístete en condiciones y ve a verla de una vez.

La camarera deja la dirección frente a Teresa con un manotazo autoritario que sobresalta a la cincuentona. Después le da un beso en la mejilla y se marcha sin decir nada más.

—Joder con la niña —dice Teresa con la mirada fija en el papel.

Lee la dirección y la memoriza, después se levanta y se va directa al baño.

Capítulo 34

Cuando Teresa se planta frente al portal de Anabel está más nerviosa que la primera vez que se decidió a besarla. Se habían colado en un caserío abandonado y Anabel se había sentado sobre una vieja mesa de piedra situada en el centro de una estancia cuyo techo había desaparecido hacía tiempo. El sol se colaba con fuerza y Teresa, que estaba de pie frente a ella, llevaba rato tiesa como un palo, con los puños apretados y el corazón desbocado mientras buscaba el valor para hacerlo. Estaba cagada de miedo, sabía que entre las dos había algo y ya habían intercambiado demasiados roces y miradas que de inocentes tenían muy poco, pero aquello era escalar a otro nivel, si besaba a Anabel no había vuelta atrás, y tampoco estaba muy segura de que ella estuviera preparada. Pero Teresa no podía más, llevaba conteniéndose demasiado tiempo y las ganas le quemaban en la boca y en la punta de los dedos.

Dio un paso y se acercó con cautela observando la reacción de Anabel ante su cercanía, no hizo ni dijo nada, solo la miraba con turbación, acelerada. Teresa dio otro paso y se situó entre sus piernas. Anabel abrió la boca para decir algo y Teresa sintió pánico ante un posible rechazo, pero la mujer a la que tanto deseaba no dijo nada porque no podía, deseaba aquello tanto como ella y se mantuvo inmóvil, expectante, hasta que Teresa concluyó que no podía esperar más y se besaron.

Ahora se siente más o menos igual con el dedo delante del timbre, y en parte eso la hace sentir estúpida.

—Joder, que voy a cumplir los cincuenta —dice hundiendo el dedo en el botón.

Lo deja unos segundos antes de apartarlo, asegurándose de que Anabel lo va a escuchar. Después espera con paciencia y tras un tiempo inexacto porque Teresa tiene la sensación de que el mundo se ha parado desde que ha llegado al portal, Anabel contesta.

—¿Quién es?

—Soy Teresa.

Se hace un silencio sordo donde los oídos de Teresa zumban como si estuviera debajo del agua.

—¿Cómo has conseguido mi dirección?

—Ábreme, Anabel —exige sin dar explicaciones.

De nuevo ese silencio, pero tras otro tiempo indefinible, suena un chasquido en la puerta y se abre. Teresa sube por las escaleras

notando como el pánico se apodera de ella a cada paso, así hasta que llega al rellano de Anabel, donde la recibe envuelta en una bata más fea que la suya y unas ojeras que enmarcan unos ojos enrojecidos y algo hinchados.

—¿Puedo pasar? —pregunta Teresa con la voz temblona.

Toda esa determinación que ha adquirido tras la visita de Marta, se acaba de esfumar tras encontrarse con el rostro derrotado de la madre.

Anabel asiente poco convencida y se aparta para dejarla pasar. Teresa mira a un lado y a otro del pequeño apartamento donde lo primero que nota es el frío. Por la ventana apenas entra luz porque el edificio está en una calle estrecha y el que hay de frente hace sombra sobre el suyo, así que tiene encendida una lámpara de pie. El sitio es deprimente y Teresa comprende de inmediato que un lugar así solo puede contribuir a hundir más a Anabel.

—¿Has hablado con Marta?

Teresa se gira hacia Anabel con cara de circunstancias cuando le pregunta.

—Solo ella ha podido decirte donde vivo —dice la madre mientras sirve dos tazas de café, la suya con sacarina.

—Sí, ha venido a verme hace un rato.

Anabel asiente y lleva las dos tazas a la mesa camilla.

—Siéntate —dice señalando un sillón—, ahí no tendrás frío.

Teresa obedece y las dos mujeres se sientan una al lado de la otra.

—¿Sabes? —dice Teresa dejando su taza sobre la mesa con una repentina irritación—. Me sorprende mucho que Marta sea tan abierta y resuelta teniendo en cuenta el ambiente en el que debe haberse criado.

Anabel la mira boquiabierta, sin saber a qué viene semejante comentario.

—No quiero faltar al respeto a tu difunto marido ni muchísimo menos, pero imagino que debía de tener el mismo tipo de mente cavernícola y machista que tu padre y que, por lo tanto, también habrá educado a Marta de ese modo esclavista y denigrante para la mujer. Y teniendo en cuenta que tú, por muy mal que lo hayas pasado, sigues teniendo esa mentalidad conservadora, pues no sé, veo a Marta y no parece hija tuya.

Teresa ya lo ha dicho, no ha podido contenerse y cuando Anabel esboza una sonrisa entre divertida y orgullosa, se queda desconcertada.

—Eso es porque Marta no es como yo —dice su madre—. Yo he sido sumisa, siempre con el miedo de defraudar a mis padres, a no ser lo que ellos esperaban de mí, y después a mi marido. Pero Marta… —Anabel cabecea y se ríe—. Marta siempre ha sido rebelde y protestaba por todo lo que ella consideraba una injusticia, no tienes ni idea la de

broncas que tenía con su padre, se llevó más de un bofetón, y yo también cuando comencé a defenderla.

—¿Tú? —pregunta Teresa sorprendida.

Anabel sonríe y vuelve a afirmar con la cabeza.

—Ya te he dicho que siempre asumí lo mío, pero cuando vi a mi hija sufrir de esa manera y pelear por lo que ella consideraba que era justo, no pude quedarme de brazos cruzados. Me juré a mí misma que no iba a consentir que nadie hiciera con ella lo que habían hecho conmigo, ni siquiera su padre, así que me puse de su parte a pesar de que la convivencia en mi casa se convirtió en un infierno. Ella había cumplido los dieciocho, quería trabajar para poder largarse de allí y su padre se negaba, así que imagínate. Yo inicié los trámites del divorcio a escondidas, dispuesta a marcharme con ella donde fuera y comenzar de cero, pero entonces él enfermó y en cuestión de semanas murió. De repente ya no teníamos prisa, arreglamos todos los papeles y lo demás ya lo sabes. Así que no, Teresa, ella no es como yo, pero yo tampoco soy esa mujer que tú recuerdas. Sigue quedando mucho de ella en mí, pero la voy dejando atrás poco a poco.

—¿Entonces por qué te cuesta tanto ignorar ese desliz entre Marta y yo?

—Joder, Teresa —cabecea Anabel—, porque es mi hija.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¿Cómo voy a acostarme contigo sabiendo que tú y ella…?

—Escúchame —Teresa la corta y le coge la mano, Anabel siente que se electrocuta—. Por esa regla de tres, Marta debería repeler vernos a ambas, ¿no te parece?

Anabel la mira con cierta turbación.

—A ella no le importa, nena, solo quiere verte feliz. Fue lo que fue, me he acostado con muchas mujeres, Anabel, mujeres que no han significado nada, he pasado el rato con ellas, con unas mejor y con otras peor, pero ratos. Yo quiero estar contigo, y sé que tú quieres estar conmigo. Ahora Marta sabe que tú y yo estuvimos juntas en el pasado, y no le ha entrado urticaria ni se ha puesto enferma porque no le importa, fue sexo entre dos mujeres y punto. Si a ella no le importa, tampoco debería importarte a ti algo que se hizo por puro desconocimiento, leches.

—Ella es más joven que yo.

—Ay, madre —se alarma Teresa—, no me digas que tienes celos de tu hija porque me hago el harakiri aquí mismo, Anabel.

—No estoy celosa de ella, Teresa, no sé por qué he dicho eso. Deben ser estas ganas angustiosas que tengo de abrazarte que no me dejan pensar —reconoce haciendo que el corazón de Teresa deje de latir—, solo necesito tiempo para que esa imagen tuya y de ella se

vaya de mi cabeza, sé que lo hará, pero ahora no puedo acostarme contigo todavía, Tere…

De repente, Anabel estalla en otro tipo de llanto más sereno que el último, uno más necesitado y cargado de impotencia.

—Me muero de ganas de que me abraces, he soñado durante años con encontrarme contigo —dice entre sollozos que contagian a Teresa —, nos imaginaba tumbadas en mi cama, abrazadas entre besos. En ocasiones desnudas —reconoce ruborizada mientras baja la mirada y la clava en la falda de la mesa camilla—, y cuando te tengo delante me tiembla el cuerpo, Teresa.

Anabel le muestra las manos y Teresa se las coge con firmeza.

—Escúchame bien, Anabel.

Los ojos llorosos de la madre de Marta se clavan en ella.

—Podemos hacer todo eso, nena. Podemos abrazarnos, dormir en una cama haciendo la cucharita cada noche sin necesidad de otra cosa. Yo puedo esperar todo el tiempo que tú necesites, y si no consigues que se te olvide nunca, no pasa nada, a mí me basta con tenerte conmigo y que nos queramos.

—¿Sin que tengamos sexo? —pregunta Anabel sorbiéndose los mocos.

—Sin que lo tengamos. Podemos ser compañeras de vida o como coño llamen a eso ahora, pero déjame quererte, Anabel, lo necesito, me ahoga tenerte delante y no poder darte un abrazo.

Anabel decide que no quiere pasar ni un solo segundo con esa quemazón ardiéndole en el pecho y se inclina sobre Teresa fundiéndose en un abrazo fuerte que dura tantos minutos como años llevan sin verse. Las dos cierran los ojos y dejan que esa conexión que siempre ha habido entre ambas les cure ese dolor que se extendía por cada rincón de sus cuerpos desde que volvieron a verse.

Teresa piensa en mil cosas que quiere decirle y proponerle, pero no quiere abrir la boca ni romper ese momento, nota como todos esos años que le han caído encima desaparecen y que por fin, después de tanto tiempo, ha encontrado su sitio. No es en esa casa fría y cochambrosa, si no en los brazos de Anabel, que por primera vez en veintisiete años, siente amor en un abrazo.

Capítulo 35

—Bajaré con mi coche —dice Alejandra con voz autoritaria.

—¿Con esa tartana? Ni hablar, te voy a buscar —replica Toñi al otro lado del teléfono.

La farmacéutica mira el reloj, son las cuatro menos cuarto y ha quedado con sus amigas a las cuatro en casa de Teresa. Sabe que va a llegar tarde como no cuelgue ya la llamada con Alejandra, pero le resulta muy difícil dejar de hablar con ella.

—Si vienes tú, nos quedamos aquí en mi casa.

—¿Con las gallinas?

—Y las mierdas de vaca —le recuerda Alejandra con tono burlón.

Han decidido que pasarán todo el fin de semana juntas, desde esa tarde de viernes cuando Alejandra termine las cuatro cosas que tiene por hacer, hasta el domingo por la noche.

—Pero si ahí no tenemos nada que hacer, aquí puedo llevarte a muchos sitios —protesta la farmacéutica.

—En eso te equivocas —rebate la granjera—. Puedo enseñarte la extensión de todo esto en una ruta a caballo.

—¿Qué? Yo no me subo en uno de esos ni loca.

—¿Por qué no?

—Porque se cagan mientras andan, Ale. ¿Te parece poco?

Alejandra suelta una risotada, si tuviera a Toñi delante, ahora mismo la besaría.

—Se cagan en el suelo, no encima de ti. Anda va, no seas tan renegona, te prometo que te gustará. Después te lo compensaré con una buena tabla de quesos y una botella de vino que tú vas a traer.

—Eso, encima me explotas —resopla Toñi divirtiendo a la granjera.

—No te he dicho dónde nos la vamos a beber.

Toñi se queda paralizada, con las piernas temblando. Ese lado travieso de la mujer apocada de pelo rubio y mejillas sonrojadas casi de forma permanente, la pone malísima.

—¿Dónde? —pregunta sin respirar.

—Delante de la chimenea, desnudas.

—Está bien, y el domingo no salimos de la cama.

—Hecho —promete Alejandra.

—Y te asegurarás de que no nos encontraremos con tu madre o con tu hermano.

—Qué no, tú tranquila.

Toñi sabe que ha caído en las redes de Alejandra, pero una cosa es eso y otra muy distinta conocer a su familia. Es muy pronto para dar ese paso. Primero tienen que conocerse ellas, conocerse muy bien, en su opinión.

Tras despedirse y quedar en que cuando la farmacéutica salga de la reunión con sus amigas se irá directa hacia la granja de Alejandra, Toñi corre a la habitación para preparar un macuto con un par de mudas y todo lo que ella cree que necesita, sin olvidar el repelente para insectos y la pomada contra picaduras por si la agrede algún tipo de bestia parecida a un escorpión. Después corre hacia el garaje, consciente de que llega tarde.

—Anda, he aquí la hija pródiga —bufa Isi cuando Teresa abre la puerta.

—Isidora, no empecemos —dice Toñi dejando su bolso tras besar a la anfitriona—. ¿Cómo estás? —pregunta dirigiéndose a la cincuentona.

—Mejor, la cosa ya no está tan mal con Anabel —comenta sonriente—. Anda, siéntate, que te estamos esperando para no repetir las cosas.

Toñi saluda a todas sus amigas y se sienta entre Isi y Amelia.

—¿Cómo van las cosas en la villa campesina? —pregunta Isi.

—Isi, no provoques y tengamos la fiesta en paz —dice Amelia antes de que Toñi abra la boca para contestar.

—Joder, es que yo pensaba que un buen polvo le quitaría la mala leche, pero mírala, ceñuda como siempre.

—Porque estoy pensando, coño —suelta Toñi.

—¿En qué?

—Alejandra quiere llevarme a montar a caballo mañana. ¿Creéis que debería ponerme alguna vacuna antes? —pregunta preocupada.

Teresa aparece por detrás en ese momento, le deja su taza de café delante y se agacha envolviéndola en un abrazo divertido.

—En todo caso deberían vacunar al caballo antes de que tú te subas —le dice estrujándola—, déjate de preocupaciones absurdas y disfruta con tu granjera, Toñi, que la vida es muy corta.

Todas se ríen, pero también asienten conformes al comentario de Teresa, incluso Toñi, que suspira y le aprieta el brazo con afecto.

—Bueno —dice Paula cuando Teresa ocupa su silla y están las cinco alrededor de la mesa—, como yo soy la única que no tiene nada nuevo que contar, voy a hacer de moderadora. ¿Os parece bien?

Todas asienten.

—Perfecto, empecemos por Isi porque yo con ese audio no entendí una mierda. ¿Qué rollo es ese que tienes con la tal Maite?

—Eso, eso —concuerda Tere, a la que solo le falta aplaudir de

expectación.

La única que lo tiene claro en esa mesa es Toñi, que la llamó por teléfono de inmediato para que se lo aclarase.

—Es simple. Hay atracción entre nosotras, pero Maite se está descubriendo y necesita su espacio, y yo sinceramente no quiero complicarme en una historia así. Después de hablar sobre ello, me propuso tener rollo entre nosotras, algo así como una relación abierta pero más informal todavía.

—Tonteo puro y duro, vamos —le echa una mano Toñi—. Son amigas que se ayudan con los calentones y salen por ahí, pero tienen cero compromiso entre ellas.

—Exacto —confirma Isi.

—¿Y tú quieres eso? —pregunta Amelia extrañada.

—No es lo que buscaba, eso es cierto, pero la verdad es que Maite me pone mucho y el rollo este es muy excitante. Ayer en la ronda de citas nos pasamos toda la hora cruzando miradas mientras hablábamos con otras mujeres, fue todo rarísimo —explica sonriente—, no sentimos celos en absoluto, era una especie de morbo continuo.

—Joder con la mosquita muerta —dice Teresa con las cejas arqueadas.

—Y que lo digas —corrobora Amelia.

—El caso es que cuando las rondas terminaron yo estaba súper…

Isi no puede ni decirlo del apuro que le da, pero Toñi, que no tiene pelos en la lengua, completa la frase por ella.

—¿Cachonda?

—Mucho —confiesa Isi—, era una excitación diferente, como muy animal —dice cada vez más roja—. Y Maite se sentía igual que yo, así que como ninguna salimos de allí con ninguna cita, nos fuimos a mi casa y…

Sus ojos se ponen en blanco y todas se mueren de la risa.

—Pues nada, si las dos estáis de acuerdo y encima os ponéis como motos, bienvenido sea —dice Teresa.

—¿Y tú y Verónica, Amelia? —pregunta Paula.

La dueña del Melis sonríe con cierta timidez y se rasca la nariz.

—No puedo decir mucho.

—No puedo decir mucho —la imita con una burla Teresa—, algo habrá que contar, digo yo.

Amelia no es muy dada a explicar sus escarceos, y mucho menos piensa hablar de ese momento en el despacho o del que tuvieron ayer en su casa, ni el que piensan repetir esta noche.

—Estamos quedando, y me gusta, claro está, pero no pienso dar ni un detalle más —zanja muy digna provocando una risotada general.

—Eso es que te hace cosas muy guarras —deduce Toñi aplaudida por Teresa.

Amelia enrojece hasta que su cara parece el disco de un semáforo y se levanta a por un vaso de agua.

—Vale, dejemos a la pobre Amelia antes de que le dé un pasmo. Te toca, Toñi, a Teresa la dejamos para la última —decide Paula.

—Yo nada, ya lo sabéis. Mañana me subo en un caballo que me dejará las ingles destrozadas.

—Ya se encargará Alejandra de curártelas —dice Isi.

—Más le vale —concuerda Toñi con gesto malicioso.

—Ahora en serio, Toñi —dice Amelia volviendo a la mesa—, se te ve muy bien y Alejandra es un encanto.

—Lo sé, pero vive donde Cristo perdió la alpargata.

—Bueno, una hora tampoco es tanto, podría ser mucho peor —le dice Teresa.

—Supongo.

—Que eso no te agobie ahora, gruñona —dice Isi—, si la cosa sigue funcionando con el tiempo, ya os preocuparéis por cómo resolver ese problema.

—No me agobia, es solo que si estuviera más cerca podría verla cada día —le sale solo, sin pensarlo.

Todas las miradas se clavan en ella sorprendidas.

—Madre mía, te estás pillando pero bien —sonríe Amelia y Toñi encoge los hombros sin negarlo.

—¿No es el turno de Teresa?

Ahora todas se ríen con ganas hasta que se cansan y se centran en la cincuentona, la que más les preocupa.

—Ayer hablamos —dice Teresa sin necesidad de que nadie le pregunte—. Hablamos mucho y de muchas cosas. El tema se ha suavizado, las dos nos abrimos y Anabel solo necesita tiempo para que todo se asiente y su mente no le dé tanta importancia a ese tonteo tan desafortunado entre Marta y yo.

—Es normal —dice Amelia—, también hay que ponerse en su lugar.

—Si yo lo hago, claro que lo hago, pero es todo tan frustrante.

—Lo sé —Amelia estira el brazo y le coge la mano por encima de la mesa—. Entonces, ¿sois amigas al menos?

—Algo más que eso.

Todas la miran con incertidumbre.

—Entre Anabel y yo existe algo demasiado fuerte como para ignorarlo, es muy difícil, os lo aseguro. Estar delante de ella y no poder tocarla es…, no sé explicarlo, es agónico, es como sentir que lo único que necesitas para ser feliz está al alcance de tu mano y no puedes cogerlo.

Toñi siente un escalofrío recorrerle la columna, no sabe por qué le pasa eso, pero de repente se imagina en esa situación con Alejandra,

tenerla delante y no poder besarla, y le falta el aire.

—Qué horrible —dice Paula estremecida, más para sí que para que la oigan.

—Hemos acordado recuperar la relación que nos arrebataron, pero sin sexo. Y os parecerá extraño, pero no me importa, yo ahora mismo lo único que quiero es estar con ella, no necesito un orgasmo para quererla.

Todas la miran en silencio, con el corazón encogido en un puño sin alcanzar a comprender en qué grado de dolor han vivido ambas durante tanto tiempo, ni cuánto debieron amarse para que todo haya perdurado hasta ese punto.

—Pues nos alegramos por ti entonces —dice Paula sonriente.

—Por supuesto —corrobora Toñi.

Amelia e Isi le sonríen y Teresa suelta un bufido de preocupación.

—Estoy pensando en decirle que se venga a vivir conmigo. Ya sé que es pronto y precipitado, pero la necesito tanto…

Teresa muestra sus manos temblorosas como señal de ello.

—Y no soporto la idea de saber que duerme en ese cuchitril de mala muerte cada día.

Ninguna conoce los detalles de la vida de Anabel, pero conocen a Teresa y ven su expresión de desconsuelo.

—Pues díselo, Tere, bastante tiempo os han robado ya —la anima Amelia.

Capítulo 36

Teresa y Anabel se despiertan abrazadas, Anabel delante y Teresa a su espalda, rodeándola con los brazos en una clara cucharita. Ha pasado algo más de una semana y esa tarde de sábado se han despertado en la cama de Teresa después de echarse una siesta cuando Anabel ha llegado del trabajo. Teresa la esperaba con la comida en la mesa y se han tumbado juntas para que descansara un poco.

—Debes tener el brazo dormido —Anabel intenta moverse para liberar el brazo de Teresa que tiene aprisionado bajo el cuerpo.

—No, nena, no te muevas —susurra la cincuentona con ternura.

Teresa, todavía con los ojos medio cerrados tras caer en un sueño profundo que la tiene sorprendida, hunde la cara en su pelo y aspira su aroma. Anabel siente cosquillas y se remueve con una sonrisa en los labios, dándose la vuelta para quedar frente a ella.

—¿Has dormido? —pregunta Teresa depositando un casto beso en su nariz.

—Como una osa.

—Me alegro.

Anabel no se reprime y después de acariciarle la mejilla, deposita un beso igual de suave en sus labios. Teresa le sonríe y acto seguido vuelve a ella una seriedad que pone en alerta a Anabel.

—¿Qué pasa?

Teresa todavía no le ha dicho que quiere que viva con ella. No ha encontrado el momento y tampoco quería agobiarla, pero ya no puede más, y mejor momento que ese sabe que no va a tener ninguno.

—Quiero proponerte una cosa.

—Vale —asiente Anabel con cierta incertidumbre.

—Pero antes quiero que me prometas que no vas a protestar ni a interrumpirme, me dejas hablar, escuchas todo lo que quiero decir y después dices lo que consideres.

—Madre mía, Tere, ahora sí que me preocupas.

Anabel se incorpora y se sienta en la cama, Teresa hace lo mismo.

—No has de preocuparte, solo escucharme.

—Pues habla de una vez.

—Seré directa. Quiero que te vengas a vivir aquí conmigo y dejes ese apartamento horrible en el que vives.

Anabel frunce el ceño.

—No es tan horrible.

—Sí que lo es, y no me interrumpas.

Ahora aprieta los labios en una mueca de fastidio. A Teresa le parece irresistible y tiene ganas de besarla, pero ella nunca lo hace, siempre deja que sea Anabel la que lo haga para asegurarse de que se siente cómoda con todo lo que hacen. Anabel lo nota, siempre lo percibe en la mirada intensa de Teresa, en su mandíbula apretada y su gesto tenso cuando se contiene, y agradece tanto que se sacrifique así por ella, que la recompensa con otro beso.

—¿Y esto? —Teresa se sorprende y emociona de igual manera.

A veces su cuerpo la traiciona y los ojos se le encharcan de forma repentina, sin venir a cuento. Anabel le pasa los pulgares por debajo de los ojos y recoge el agua que está a punto de saltar de ellos.

—Me apetecía —dice y le sonríe—. Ahora termina de hablar de una vez.

—Está bien. Quiero que te vengas aquí, y también que dejes el trabajo —Anabel arquea las cejas, pero Teresa no se detiene—. Este apartamento está pagado y sabes que vivo de las rentas muy cómodamente, tú tienes la paga de viudedad, por lo que no vivirías por la cara, tendrías para tus propios gastos. Nos han robado tres décadas, Anabel, pero tenemos la oportunidad de vivir lo que nos queda con intensidad, al máximo. Viajemos, salgamos por ahí y hagamos todo lo que nos plazca.

—Nunca he salido de España —musita Anabel, turbada.

—Pues vamos donde tú quieras. Venga, dime que sí.

—No sé —Anabel duda—. Allí Marta tiene su habitación por si un día tiene que volver.

—Déjate de chuminadas, Anabel. Aquí hay dos vacías, si algún día Marta necesita una, esta también es su casa.

—¿No te importa?

—¿Cómo me va a importar? No solo es tu hija, es que la conozco y la aprecio, no por lo que pasó, sino por la cara que le planta a la vida. Los tiene muy bien puestos.

—Sí —sonríe su madre orgullosa.

—Además, me da a mí que con esa carrera que está estudiando la vamos a tener que ayudar bastante porque, o entra en un cuerpo policial o lo va a tener muy complicado para encontrar trabajo.

—Lo sé, y se lo dije, pero es lo que ella quiere, a ver cuando acabe qué decide.

—Bueno, ya nos preocuparemos de eso cuando toque, el caso es que si la necesita, esta casa será más suya que nuestra, porque tú y yo estaremos de picos pardos por ahí.

A Anabel le entra una risa nerviosa y se tapa la cara con las manos.

—Con una condición —dice tras unos segundos.

—La que tú quieras, nena.

—Yo cocino y friego.

—Y una mierda.

La respuesta de Teresa es rotunda.

—Es lo único que sé hacer, Tere.

—Las tareas de la casa las haremos entre las dos como debe ser, y no hay más que hablar. Tú no eres esclava de nadie, coño.

—Pero es que me gusta hacerlo…

—Porque no has probado otras cosas. Siempre decías que querías aprender a tocar el piano, ¿recuerdas?

—Sí —Anabel sonríe con nostalgia.

—Pues te apuntas a clases de piano, y de lo que te dé la gana. Ya va siendo hora de que comiences a disfrutar de la vida. Ahora por favor, di que sí.

La cara de súplica de Teresa es difícil de ignorar, y Anabel, por encima de cualquier cosa, lo que desea es estar junto a ella. Tiene claro que su hija hará su vida junto a la persona que sea y que ya no la necesita como antes. Teresa tiene razón, debe comenzar a vivir su vida, y quiere hacerlo con ella.

—De acuerdo, me mudo contigo y nuestro primer viaje será a Portugal, al Algarve ese. ¿Has estado?

—No, nena —miente Teresa con una amplia sonrisa antes de abrazarla.

Epílogo

Tres meses más tarde

—¿Dónde leches está eso? —Teresa mira apurada el reloj del coche mientras conduce.

Anabel, sentada en el asiento del copiloto, frunce el ceño y entorna los ojos mirando el navegador.

—Pues según esto, deberías desviarte a la derecha ya mismo.

—¿Ya mismo? ¿Cuándo es ya mismo?

—Te lo acabas de pasar.

Teresa clava los frenos en mitad de esa pista de tierra y se gira hacia Anabel, que la mira horrorizada por la maniobra.

—¿Estás loca? ¿Y si llega a venir alguien?

—¿Aquí? —Teresa abre ambos brazos y lo abarca todo, están solas en medio de esa pista forestal donde todavía no se han cruzado con un solo vehículo.

—Bueno, tampoco te desesperes, amor —dice Anabel con una tranquilidad que pone los pelos de punta a la que considera su mujer aunque no estén casadas.

—Vamos a ver, nena —dice Teresa mirando el navegador—, si este cacharro dice que tengo que girar, lo lógico es que me avises un poco antes y no cuando me he saltado la salida, ¿entiendes?

—Qué sí, qué sí, solo me he despistado un poco, es que este sitio es muy bonito.

Anabel no puede apartar la vista del extenso paraje, con bosque por un lado e interminables prados por el otro. Teresa expulsa el aire lentamente y trata de tranquilizarse. No hace ni dos horas que se han bajado de un avión después de pasar una semana en Tenerife. De ahí han cogido el coche y conducen con el tiempo justo para llegar a esa barbacoa organizada desde hace dos semanas por sus amigas en la granja de Alejandra. Sabe que no puede faltar, y tampoco quiere, últimamente se ven muy poco y este encuentro se ha convertido en algo sagrado para ella. Anabel nota su nerviosismo y se inclina sobre el asiento para pasarle un brazo por detrás de los hombros.

—Tienes razón, perdona —dice y le da un beso en la mejilla que después pasa a sus labios cuando Teresa se gira hacia ella—. Venga, da marcha atrás y gira por ahí, un par de kilómetros y ya estamos.

Unos minutos después, llegan a la enorme cancela donde

encuentran la puerta abierta para entrar con el coche. Toñi les ha dado instrucciones claras de hacia dónde dirigirse con el vehículo y poco después, llegan a la que es la casa de Alejandra encontrando con alivio los coches de sus amigas.

—Por fin —dice Teresa.

—Vamos, están en la parte trasera —anuncia Anabel.

El sol de finales de agosto brilla con intensidad y las dos notan el sofoco golpearlas con fuerza cuando se bajan del vehículo. Caminan por el lateral y, antes de llegar a la zona de la barbacoa, Teresa ya escucha las risas.

—Anda, ya era hora —dice Toñi en cuanto repara en ellas.

Todas van mojadas de pies a cabeza, Alejandra no tiene piscina, pero tiene una manguera con la que se han divertido mientras bebían cerveza y hacían tiempo hasta la hora de la comida. Teresa abraza a todas sus amigas y después a las parejas de estas.

—Sabía yo que tú venías para quedarte —le dice a Verónica cuando se dan un abrazo.

Entre todos esos saludos, se escucha una especie de gruñido y todas guardan silencio extrañadas. Toñi frunce el ceño y se queda boquiabierta cuando ve una de las vacas pasando por el lado opuesto de la casa.

—Joder, Ale, se te ha escapado otra de las gordas —dice llamando su atención.

Alejandra, que se encuentra dando la vuelta a la carne en la barbacoa, se gira y mira al animal sin darle mayor importancia.

—Ya se irá, cariño, solo está de paso.

—¿De paso?

Teresa y las demás hace rato que se ríen de su cara de espanto.

—¿Cómo que de paso? ¿Y si le da por cagarse y hacer un pastel como la mesa de grande?

La vaca sigue caminando como si allí no hubiera nueve mujeres haciendo alboroto.

—En el garaje hay una pala, lo recoges —la respuesta de Alejandra es tan contundente que Toñi se queda paralizada.

—¿Que lo recoja? ¿Yo? —pregunta horrorizada.

Alejandra le pasa las pinzas con las que daba la vuelta a la carne a Carmen y camina hasta Toñi aguantándose la risa.

—Serás perra, seguro que la has dejado suelta a propósito.

—Sabes que yo nunca te haría eso —le susurra y le da una palmada en el trasero cuando pasa por su lado.

Alejandra hace un par de palmadas a la vaca y la orienta hacia el otro lado hasta que se desvía y desaparece por donde ha venido.

—Venga, todas a la mesa —anuncia Carmen a pleno pulmón.

Las copas de vino se llenan y la carne recién hecha se reparte

mientras las amigas se ríen y hacen chistes sobre Toñi, que no termina de acostumbrarse a convivir con los animales.

—Bueno, a ver —dice Teresa—, ponednos al día sobre vuestras vidas, que últimamente andamos más perdidas que el barco del arroz —dice dándole un achuchón a Anabel.

—Y que lo jures —gruñe Toñi sirviéndose ensalada—, desde que os ha dado por viajar, no se os ve el pelo.

Teresa hace una mueca sabiendo que es cierto, y se promete a sí misma que tiene que buscar más tiempo para reunirse con sus amigas.

—Empecemos por Isi, ¿dónde está Maite? Pensaba que vendría.

—Tiene una comida familiar —responde tranquila su amiga.

—¿Y vosotras seguís igual? Con ese rollo liberal.

—En realidad lo hemos definido un poco más, ahora somos una pareja abierta.

A Anabel las cejas casi se le salen de la cara y todas se ríen ante su expresión espontánea.

—Nos va genial —aclara Isi—, nunca pensé que algo así me gustaría, pero me pone muchísimo, a veces incluso compartimos pareja, deberíais probarlo.

—No, gracias —alza la mano Teresa—. Siguiente —dice haciendo que todas se rían.

Sus ojos se clavan en Paula, que sonríe y le muestra un anillo.

—No me digas que os habéis casado —se alarma Teresa.

—No, boba, solo nos hemos prometido, pero lo haremos dentro de algunos meses, así que haced el favor de estar aquí.

—Sí, claro.

Teresa y Anabel se levantan para darles la enhorabuena a sus amigas. Anabel vuelve a su asiento, pero Teresa, con su desparpajo, se deja caer sobre las piernas de Amelia.

—¿Y vosotras?

—Pues mira —dice Verónica—, yo estoy intentando que se venga a vivir conmigo, pero está claro que a esta mujer no le gusto lo suficiente. Y eso que le estoy ofreciendo un apartamento muy cerca del bar y otro en la playa —dice la abogada clavando una mirada divertida sobre Amelia.

Teresa también la mira y la dueña del Melis suelta un resoplido.

—No le hagáis ni caso a esta dramática, yo no le he dicho que no.

—Pero tampoco has dicho que sí —interviene Verónica ante la mirada expectante de las demás.

—¿Y eso por qué, Amelia? —pregunta Teresa para chincharla—, con lo mona y lo lista que es la muchacha.

—Eso digo yo —concuerda Verónica sacando de quicio a Amelia, que aparta a Teresa y tira de la abogada para sentarla sobre sus piernas.

Verónica se abraza a su cuello con una sonrisa divertida y Amelia le da un beso en los labios que resuena con un intenso chasquido que estremece a la abogada.

—Me iré contigo si me prometes que no te llevarás el trabajo a casa.

La abogada se yergue con gesto sorprendido.

—¿Qué? ¿Crees que no me despierto muchas de las noches que me quedo en tu casa y te veo con el portátil sobre las piernas?

—Uy, uy, pillada la abogada —se mofa Teresa mientras vuelve a su asiento.

—No seas mala —la reprende Anabel.

Verónica hace una mueca al sentirse descubierta y se abraza con más fuerza al cuello de Amelia.

—Entonces es eso, ¿por qué no me lo has dicho antes?

Amelia encoge los hombros y Verónica cabecea con desesperación.

—Joder, a veces te estrangularía.

—Estrangúlala en la cama, por lo menos la muerte será más placentera —suelta Toñi como si nada.

—Madre de Dios, no entiendo que te quejes de los animales, estás con tus semejantes —dice Isi divertida.

—Y hablando de la más burra, ¿tú, qué, Antonia? —pregunta Teresa.

Toñi mira a Alejandra y las dos se sonríen.

—Por ahora seguimos igual, nos vemos algún día entre semana y el fin de semana yo me vengo aquí, con ella y con las gallinas —añade con una mueca.

—Eres muy gruñona —Alejandra la estrecha entre sus brazos y tras darle un beso y hacerle cosquillas, las dos estallan en una carcajada.

Teresa mira a sus amigas y coge la mano de Anabel por debajo de la mesa. Después se miran entre ellas y sonríen. Pronto será su cumpleaños, llegará a los cincuenta y sin duda quiere celebrarlo con todas ellas, ya no se imagina una vida donde ese grupo de cuarentonas desbocadas no esté presente. Anabel lo sabe, y por eso, con la complicidad de todas ellas, le está organizando una fiesta sorpresa que celebrarán en su casa sin que falte un solo detalle.